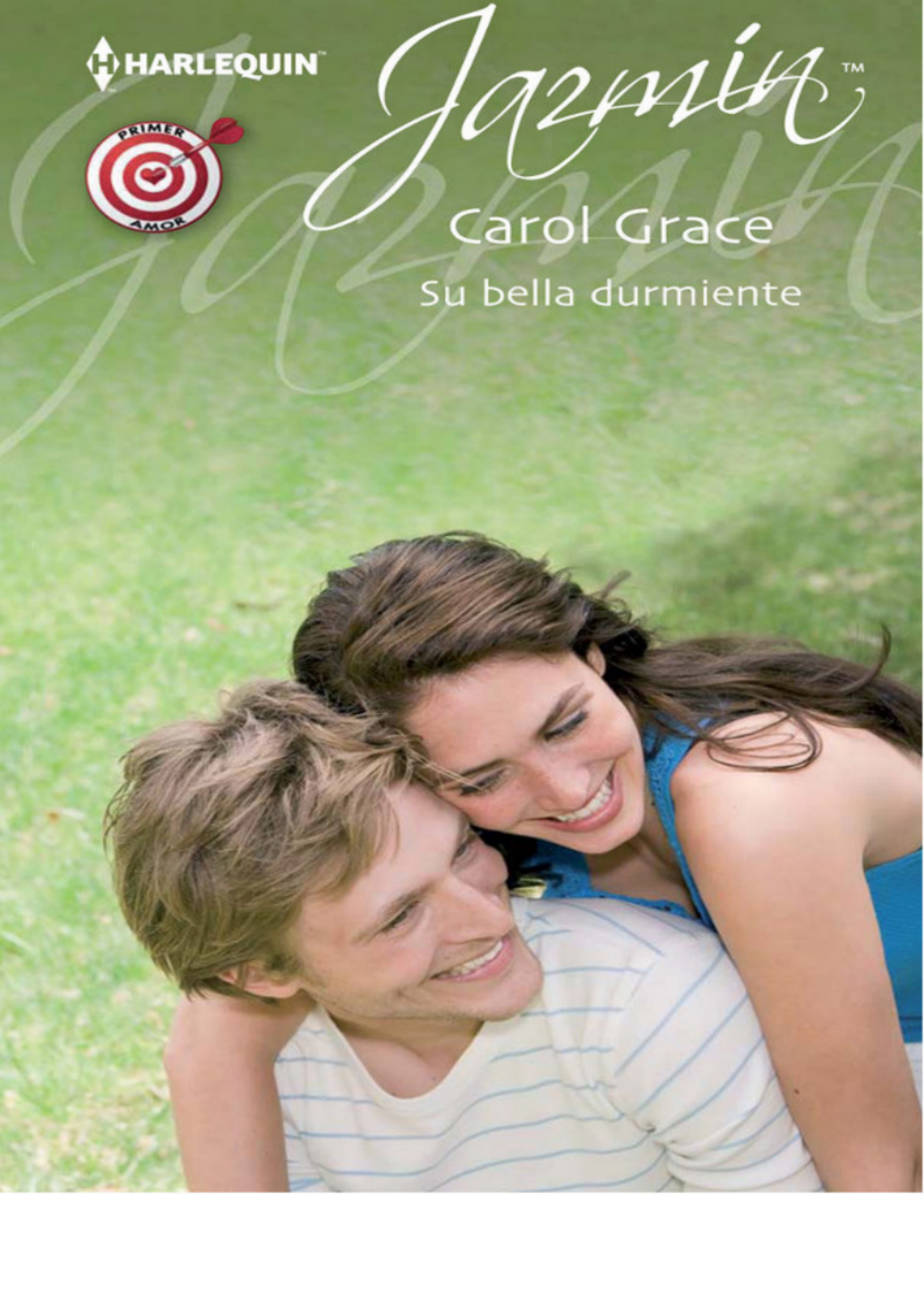


HARLEQUIN
Jazmín
PRIMER
AMOR
Carol Grace
Su bella durmiente


Su Bella Durmiente Carol Grace



03 Serie Novias de cuentos de hadas

Argumento

Una noche, Max Monroe vio de pronto a una mujer caminando por su jardín… ¡completamente dormida! Max era perfectamente consciente de que, aunque rico, no se parecía en nada al príncipe azul, pero aun así se preguntaba qué pasaría si intentaba despertar a aquella bella durmiente con un beso… Sarah Jennings, a pesar de haber crecido bajo la férrea protección de sus padres, soñaba con ser el tipo de mujer capaz de atraer a un hombre cosmopolita y sofisticado como Max. Pero entonces descubrió que a Max no le asustaba su inocencia; de hecho, parecía que aquel duro solitario estaba deseando enseñarle a vivir la vida como ella quisiera…

Sarah deseaba algo más de la vida… y él iba a ayudarla a conseguirlo

PRÓLOGO

Max Monroe, que estaba en su patio en mitad de la noche, vio una misteriosa figura vestida de blanco, junto a la valla. Apagó el puro y se acercó. Ahí estaba ella bajo los árboles. Y de pronto desapareció. Max meneó la cabeza sin comprender. ¿Era real o un producto de su imaginación? Había bebido vino durante la cena, pero no lo bastante para provocarle alucinaciones. Se le erizó el vello de la nuca y sintió una brisa fresca en los brazos. ¿Quién… o qué era aquella figura?

Desde luego, no era su vecina Mary; la señora menuda de pelo blanco que vivía en la casa de al lado estaba de viaje, en un crucero por el Caribe. Mary le había dicho que su sobrina le cuidaría la casa y, por cierto, le había pedido si podía pasarse alguna que otra vez a verla. Max se lo debía porque la anciana había sido muy amable con él nada más llegar a la casa.

Según le había dicho Mary, su sobrina, Sarah, era demasiado tranquila, tímida y estudiosa. Lo más probable era que se pasara la mayoría del tiempo metida en la casa. Al parecer, Sarah necesitaba que la animaran a salir. No era en absoluto el tipo de mujer que a Max le apetecía conocer, pero tampoco podía negarse.

Deseoso de hacer amigos en el barrio y de agradecer la generosidad que había demostrado su vecina, Max había prometido ir a ver a Sarah, pero dudaba mucho que pudiese hacerla salir de su burbuja si realmente era tan tímida como decía su tía. Esa misma tarde había visto un coche aparcado en la puerta, un Volkswagen escarabajo, y había decidido pasarse a visitarla, pero por mucho que había llamado a la puerta, nadie había contestado. Max no entendía por qué no había abierto si era evidente que estaba dentro. Nadie podía ser tan tímido. Pero bueno, el caso era que él lo había intentado y, por tanto, había cumplido su promesa.

Bebió un poco de la taza de café que tenía en la mano mientras esperaba que la visión volviese a aparecer. Claro que quizá no hubiera visto nada en realidad. Entretanto, observó el cuidado jardín de su nueva casa iluminado por la luz de la luna. Aquello era más que una casa, era todo un símbolo. La pobreza de la infancia, los tristes apartamentos en los que había vivido habían quedado definitivamente atrás, en el pasado. Aquel lugar era todo suyo y al día siguiente iba a celebrar allí su primera fiesta.

Ahí estaba de nuevo, aquel revoloteo blanco que brillaba a la luz de la luna. Esa vez descubriría quién era. Dejó la taza de café y se acercó lentamente por el césped para poder verla más de cerca.

Allí, bajo los enormes eucaliptos y a sólo unos metros de él. estaba una mujer vestida con un camisón blanco. La brisa le había despeinado el oscuro cabello y le movía el camisón, lo que le daba una imagen etérea. Bajo la fina tela, Max podía distinguir el perfil de sus pechos y de sus caderas. Su cuerpo reaccionó como si hubiera recibido una inyección de adrenalina.

Aquella visión era esbelta y sus curvas eran perfectas. No se movió ni un milímetro al ver que ella se acercaba y se agachaba a recoger unas semillas de eucalipto. ¿Quién era aquella fantasmagórica criatura?

-Hola -dijo Max.

Ella murmuró algo y levantó la vista como si él no estuviera allí. No podía ser la sobrina de Mary, ¿no? Claro que quizá fuera sonámbula y ni siquiera supiera que había salido de la casa. Afortunadamente, había una valla alrededor de la piscina.

Max había visto una fotografía de la sobrina de su vecina y aquella mujer no se parecía a ella en absoluto. La imagen que había visto era la de una chica muy seria que posaba junto a sus compañeros de universidad, ataviada con la toga y el birrete de la graduación. La criatura que tenía delante era todo lo opuesto a la joven de gafas de la fotografía; era tan misteriosa y romántica que Max no podía apartar la vista de ella.

La agarró del brazo, ella frunció el ceño y se apartó, pero Max no se dejó desanimar. La agarró con firmeza y se la llevó amablemente hacia la casa de Mary. Ella apretaba las semillas del árbol en una mano, pero sin resistirse. Max murmuraba palabras con las que pretendía tranquilizarla, pero no parecía que ella lo oyese siquiera.

La llevó hasta la casa y, una vez allí, al piso de arriba, donde encontró un dormitorio con la cama deshecha; como si alguien hubiese estado acostado allí dando vueltas sin cesar.

-¿Es aquí? -preguntó más a sí mismo que a ella.

Ella no respondió, ni Max esperaba que lo hiciera, pero se fue directa a la cama, dejó las semillas en la mesilla, se acostó y cerró los ojos.

Max se quedó allí de pie sin saber qué hacer. No sabía si los sonámbulos se despertaban más de una vez en la misma noche; en tal caso, quizá debiera cerrarle la puerta o quedarse vigilando en el piso de abajo. Miró su rostro de piel pálida, el cabello extendido sobre la almohada y se quedó completamente maravillado. No tenía ningún sentido. ¿Cómo era posible que la mujer tímida e introvertida de la que le había hablado Mary se hubiese convertido en un ser tan cautivador?

Debía marcharse, cerrar la puerta y volver al día siguiente a ver qué tal estaba.

Sin embargo se quedó allí, preguntándose si podría despertarla como un beso como en el cuento de *La bella durmiente.* Claro que si despertaba y lo veía allí, podría asustarse y golpearlo con el jarrón de flores que tenía en la cómoda. ¿Qué tenía que perder? Lo peor que podía pasarle era recibir un golpe y tener que dar una explicación algo incómoda, pero a Max nunca le había dado miedo el riesgo, así que se inclinó sobre ella y la besó suavemente en los labios. Unos labios suaves y carnosos. Tremendamente tentadores.

En lugar de darle otro beso, que era lo que realmente deseaba, decidió no tentar demasiado a la suerte y se alejó. Ella no despertó. No se sobresaltó. Pero sonrió. Sólo eso, una deliciosa sonrisa.

¿Estaría soñando? ¿O acaso era él el que soñaba? ¿Sabría ella lo que acababa de pasar? ¿Lo recordaría por la mañana? ¿Debía decírselo él? ¿Se había vuelto loco? La arropó bien y, al hacerlo, le rozó el hombro.

Al día siguiente tendría que decirle a la bella durmiente que tenía un problema porque quizá no lo supiese aún. Claro que, si seguía apareciendo en su casa en mitad de la noche, también él tendría un buen problema.

Max no tenía la menor intención de tener relación alguna con ninguna mujer, por muy bella y misteriosa que fuera. Y especialmente si se trataba de la sobrina de Mary. Le provocaría demasiadas complicaciones. Pero no había nada de malo en hacerle una visita como vecino; al fin y al cabo, eso era lo que le había pedido su tía.

Pero de camino hacia la puerta de la casa se dio cuenta de que no podía engañarse. Había algo en aquella mujer que lo intrigaba, que le hacía desear averiguar cómo era realmente y qué la llevaba a levantarse a media noche, meterse en su jardín y recoger semillas de eucalipto estando completamente dormida. Quizá fuera sólo su belleza física lo que lo atraía, pero lo cierto era que había conocido a muchas mujeres hermosas y las había mantenido a distancia, al menos sentimentalmente. Él no solía perseguir a las mujeres, pues creía que no merecía la pena el esfuerzo y, cuando ellas lo perseguían a él, no tardaba en poner fin a la relación. Seguramente sería eso lo que haría también con aquélla, si las cosas llegaban tan lejos. Lo cual no era probable porque a la mañana siguiente el misterio habría desaparecido. Esa noche había aparecido en su jardín, pero al día siguiente descubriría que era una mujer como todas las demás y todo habría acabado.

CAPITULO 1

Al dia siguiente a las ocho de la mañana, Sarah se desperto sobresaltada por un fuerte ruido. Se sentó en la cama y parpadeó varias veces. Había soñado que estaba paseando por un bosque a la luz de la luna, vestida con un largo vestido blanco, perdida y sola hasta que se encontró con un hombre entre los árboles. Aquel hombre misterioso la agarró de la mano y la adentró aún más en el bosque, una vez allí… la besó. Fue un beso increíble que la hizo estremecer. Deseó besarlo ella a él, pero antes de que pudiera hacerlo, él se marchó. Había desaparecido dejando atrás tan sólo el recuerdo de su rostro enigmático y el sabor de su boca, a vino, humo de puro y café.

Le sorprendía ser capaz de notar sabores en un sueño. Era la primera vez que le pasaba, igual que era la primera vez que despertaba con el corazón acelerado y un millón de escalofríos por todo el cuerpo. Pero no sólo eso, los labios aún le temblaban con una extraña sensación de decepción, desorientación y un deseo insatisfecho. ¿Dónde estaba? ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué le estaba pasando?

Lo mejor de todo aquello era que al menos no había tenido un ataque de asma en mitad de la noche. De hecho, hacía bastante tiempo que no sufría ninguno, pero aún recordaba lo horrible que era no poder respirar y tener que correr al baño en busca del inhalador que siempre tenía a mano, incluso ahora.

El sol entraba con fuerza en aquella habitación de paredes amarillas que no le resultaba familiar y el aire que entraba por la ventana olía a rosas y no a humo de coche, que era a lo que ella estaba acostumbrada. Con la mala mano que tenía para las plantas podía estar segura de que las rosas no eran suyas. En la esquina del dormitorio había un armario de líneas clásicas que tampoco era suyo.

Y entonces lo recordó todo. No estaba en el diminuto apartamento en el que vivía en el ajetreado San Francisco, estaba cuidándole la casa a su tía Mary, en Portolla Valley, una zona residencial unos treinta kilómetros al sur de San Francisco. ¿Y ese ruido? ¡Era el vecino cortando el roble centenario de su tía! Mary la había avisado de que aquel hombre podría aprovechar su ausencia para atacar al viejo árbol sólo porque daba sombra a la piscina de su casa. Pero no lo conseguiría mientras Sarah estuviera allí.

Se levantó de la cama, se quitó el camisón de algodón y se puso unos pantalones cómodos, una vieja camiseta y sus enormes gafas y se apresuró a salir de la casa.

-¿Qué demonios cree que está haciendo? -gritó Sarah desde su lado de la valla, pero estaba perdiendo el tiempo porque él no podía verla ni oírla.

Pero ella a él sí lo veía. Todo un hombre de más de metro ochenta, fuerte y desnudo de cintura para arriba.

Sarah parpadeó y volvió a mirarlo fijamente. Era él. El hombre del sueño. Meneó la cabeza. No, no podía ser porque el hombre del sueño vivía en un bosque, amaba los árboles y jamás cortaría un roble centenario como aquél. Él no la oía, pero ella sí oía a aquel asesino de árboles. Ella y todo el barrio.

Por fin apagó la motosierra, se secó el sudor de la frente y miró al otro lado de la valla que separaba las dos casas.

-Hola -dijo con una sonrisa resplandeciente con la que seguramente cautivaba a todas las mujeres que se cruzaban en su camino... Y conseguía que olvidaran que estaba haciendo algo que no debía. Pero con ella no iba a conseguirlo-, ¿La he despertado?

-A mí y todo Portolla Valley, sí.

Pero no pareció captar el mensaje, se limitó a dejar la motosierra en el suelo para después volver a mirarla detenidamente.

-¿Ha dormido bien? -le preguntó como si se tratara de algo importante, como si estuviera impaciente por oír la respuesta.

¿Qué le importaba si había dormido bien o no, a no ser que tuviera algo que ver con el ruido que estaba haciendo? En cualquier caso, resultaba un poco extra- fio que se lo preguntara a una completa desconocida. Sarah llegó a la conclusión de que sólo intentaba cambiar de tema.

-¿Qué cree que está haciendo? -volvió a preguntarle.

-Podando el árbol -respondió él apoyando las manos en la valla- Antes de que él me pode a mí. Tiene muchas ramas secas y no quiero que caigan en mi jardín o en el suyo. Soy nuevo aquí -alargó el brazo por encima de la valla para tenderle la mano-. Creo que no nos conocemos. ¿O sí? -la miró fijamente como si no estuviera seguro.

Ella sí lo estaba. Claro que no se conocían; no se habían visto nunca, en ninguna parte. Excepto quizá en su sueño. Si hubiera sucedido en la vida real, Sarah lo recordaría porque no conocía hombres tan guapos muy a menudo. Cuando lo hacía, se volvía tímida e incapaz de hablar. Pero aquel día, no, porque tenía algo que decir.

-No, no nos conocemos.

-Max Monroe -se presentó.

Sarah le estrechó la mano con cautela mientras intentaba no mirar las gotas de sudor que caían sobre su pecho musculoso. ¿Qué haría para estar en tan buena forma? ¿Sería atleta profesional? Quizá fuera al gimnasio con frecuencia o tuviera un entrenador personal. Algo que también ella podría hacer si el ejercicio no le provocara ataques de asma. Qué más daba. Hacía todo lo que estaba en su mano para mantenerse en forma yendo a pie a trabajar.

No recordaba qué le había contado su tía de aquel hombre; lo cierto era que no la había estado escuchando, pero ahora deseaba haberlo hecho para estar preparada y poder clasificarlo de algún modo. Lo colocaría en alguna categoría, pues eso era lo que acostumbraba a hacer en su trabajo.

-Usted debe de ser la sobrina de Mary. Su tía me habló de usted -dijo él.

Sarah estaba en desventaja. Aquel hombre debía de saberlo todo de ella y ella, nada de él. No pudo evitar preguntarse qué le habría contado su tía. ¿Que era una empollona? ¿Que carecía por completo de vida social? ¿Que trabajaba demasiado y que necesitaba un buen descanso además de ropa nueva y cambiar de actitud? ¿Sería por eso por lo que la miraba como si tratara de analizarla, como si fuera un ser de otro mundo?

-¿Y le dijo también que ese árbol que está haciendo pedazos es suyo? -le preguntó Sarah.

-En realidad es de los dos y yo me ofrecí a podarlo para que no suponga un peligro para ninguna de las dos casas.

-Sin embargo mi tía está más preocupada por el árbol que por la casa. Una casa siempre se puede arreglar, pero un árbol como ése… -miró a las enormes ramas que se extendían sobre sus cabezas y sintió un ligero mareo.

Seguramente era por haber dormido en una cama desconocida y haberse despertado tan bruscamente. Había trabajado mucho para terminar un proyecto porque, después de tantos problemas médicos, Sarah intentaba huir de la presión de las fechas de entrega haciendo el trabajo cuanto antes. Nada más verla, su tía le había dicho que estaba muy pálida y que esperaba que descansara mientras le cuidaba la casa. Pero con aquel vecino, no iba a resultarle muy fácil.

Sarah había estado muy ocupada intentando estudiar todo tipo de detalles sobre la fiebre del oro para la siguiente reunión de la Sociedad Histórica de California. El tema le apasionaba, pero la inminente llegada de la primavera y del calor la había tenido algo distraída.

Quizá le sería más fácil concentrarse allí, lejos de la oficina. Eso

esperaba, porque ya había dicho a todo el mundo que esa semana trabajaría desde casa de su tía. A su jefa no le había hecho ninguna gracia. En realidad Trudy llevaba de mal humor más de seis meses; su actitud taciturna nada tenía que ver con la confianza que había demostrado sentir siempre hacia Sarah, a quien normalmente la unía una estrecha camaradería. Aun así, había accedido a que, al menos durante una semana, Sarah trabajara desde casa. Claro que Sarah no se había tomado ni un día de vacaciones en los últimos tres años.

Sarah no necesitaba tiempo libre por mucho que pensara todo el mundo. Quizá ahora estuviese un poco mareada, pero se debía únicamente al cambio de aires. Había pasado de la ciudad al campo, del asfalto a la hierba y de los edificios a los árboles. Hablando de árboles, tenía que concentrarse en defender aquél.

Apoyó la mano en la valla para darse fuerza y, al hacerlo, le rozó el brazo a él. Sintió una especie de descarga eléctrica, pero a juzgar por la expresión de su hermoso rostro, Max no sintió nada. Tenía que controlar las reacciones de su cuerpo, así que apartó la mano y respiró hondo.

-Sólo para que lo sepa, este árbol lleva aquí muchos más años que cualquiera de los edificios de la zona -consiguió habitaban estas tierras y quizá decir por fin-. Estaba aquí cuando los indios Ohlone bailaron a su alrededor para celebrar la llegada de la

primavera, con el cuerpo pintado y el largo cabello recogido y teñido,

Fijó la mirada en el vacío y la imagen apareció de inmediato en su mente; casi podía oír el sonido de los tambores. Su entusiasmo la había convertido en una de las mayores expertas en la historia de California. Si eso la convertía en un bicho raro, no le importaba.

-¿De verdad? -preguntó él enarcando una ceja y esbozando una sonrisa-. Es curioso que lo mencione, porque eso es precisamente lo que sucederá aquí esta tarde.

-¿Una ceremonia india? -dijo ella con los ojos abiertos de par en par. Eso sí sería interesante.

-No sé si india, pero desde luego habrá baile y seguramente pueda ver cabellos largos y teñidos. Vendrá, ¿verdad?

-¿Venir? -repitió Sarah, que no entendía de qué demonios estaba hablando.

-A la fiesta que voy a celebrar esta tarde en la piscina. Esta casa es ideal para celebrar fiestas. Entre otras cosas, mi trabajo consiste en

atender a mis clientes y procurar que se diviertan, así como buscar nuevos clientes. Tenía miedo de que el ruido molestara a su tía, pero cuando supe que se iba de vacaciones pensé que era un buen momento y, ahora que está usted aquí, no tengo por qué preocuparme. La espero a las cuatro.

-Eh… no sé. Normalmente trabajo los fines de semana -explicó Sarah.

No tenía el menor interés en acudir a una fiesta llena de desconocidos medio desnudos. No había ido allí para que la obligaran a meterse en una situación social tan incómoda. Hacía ya mucho tiempo que había descubierto que debía evitar todo aquello que le creara ansiedad sin importarle que los demás la creyeran una persona antisocial. Tenía exactamente la vida que quería. Además, tenía mucho trabajo que hacer.

-¿Trabajar en un día como éste? -le preguntó él mirando al cielo azul-. Hace trescientos años los indios Ohlone no se habrían puesto a trabajar teniendo la oportunidad de pasarlo bien, ¿no cree?

-Puede ser -admitió ella-. Lo cierto era que aprovechaban cualquier ocasión para bailar y cantar, pero yo no soy india.

-Pero sabe mucho de ellos -dijo él rascándose la barbilla.

-Más me vale. La historia de California es mi trabajo -«y mi vida», pensó Sarah.

-Eso he oído -dijo al tiempo que se inclinaba sobre la valla y la observaba detenidamente.

Sarah no pudo evitar pensar lo extraño que era. Nunca había conocido a nadie que tuviera los ojos grises. Ojos grises, mandíbula ancha y hombros fuertes y bronceados. Una gran combinación. Volvió a cortársele la respiración y tuvo que tomar aire. Estaba bien. No tenía pitidos ni le faltaba el aire, sólo estaba algo nerviosa. Resultaba ridículo para toda una historiadora de veinticinco años. Tenía que controlarse y recordar el motivo por el que estaba allí.

-En cuanto al árbol… -volvió al tema.

-Es una hermosura y no debe preocuparse por él, jamás haría nada que lo pusiera en peligro. Sobre todo ahora que sé que ha sobrevivido trescientos años. Debería verlo desde aquí.

-No es necesario, lo que veo desde aquí es más que suficiente. Sobre la fiesta… no cuente conmigo. Quiero decir que…

-Puedes venir en cualquier momento -dijo él, tuteándola, como si no hubiera oído lo que acababa de decir ella-. El grupo de música empezará a tocar a eso de las cuatro.

-Sería absurdo venir a una fiesta en una piscina, porque no nado.

-¿Porque no sabes o porque no te gusta? -preguntó él frunciendo el

ceño con sorpresa.

-Ambas cosas -quizá así consiguiera librarse de él. No tenía por qué explicarle por qué no nadaba, ni corría, ni montaba en bicicleta. Lo único que deseaba era impedir que siguiera cortando el árbol; no quería socializar con él ni acudir a ningún tipo de fiesta. Tenía mucho trabajo por hacer.

-No te preocupes. No es obligatorio bañarse. La verdad es que la mayoría de las mujeres que conozco no querrán mojarse el pelo. Lo único que tienes que hacer es charlar un poco con el resto de invitados. Supongo que sí que charlarás, ¿verdad?

Estaba tan cerca de ella que Sarah podía ver las pequeñas arrugas que tenía alrededor de los ojos de tanto sonreír y la ligera sombra de barba en el mentón.

-No lo sé -dijo Sarah dando un paso hacia atrás-. Lo que sí sé es que no lo haré hoy. A riesgo de parecer un disco rayado, tengo que trabajar.

-Pero hoy es sábado -insistió él-. No me digas que tienes que trabajar todo el día.

-Espera un momento. Has dicho que hacer que tus clientes se diviertan es parte de tu trabajo, así que tú también estarás trabajando, ¿no es cierto?

El vecino levantó la mano en un gesto de derrota.

-Touché.

-A mí me encanta mi trabajo -dijo ella al tiempo que se daba media vuelta para marcharse. Cada vez se sentía más inquieta, pero quizá sólo fuera porque aún no había tomado café.

-Eso es lo que siempre dice tu tía de ti.

Claro, pensó Sarah. Seguramente se lo había contado todo sobre ella. Quizá le hubiera dicho incluso que no le iría mal ir a una fiesta con un montón de desconocidos que la ayudarían a ampliar sus horizontes. Era curioso que todo el mundo creyera saber lo que era mejor para ella. Eso era también lo que hacían sus padres, que llevaban toda la vida protegiéndola, dándole consejos y llamándola a diario para ver qué tal estaba a pesar de que hacía ya tiempo que se había marchado de casa y tenía su propia vida.

Sarah quería mucho a su tía, pero le habría gustado que se diera cuenta de que estaba perfectamente tal y como estaba.

-¿Te dijo también que estoy aquí para vigilarte? -le preguntó volviéndose a mirarlo.

-Pues no podrás hacerlo si te quedas en casa. Será mejor que vengas a la fiesta si no quieres que vaya yo a buscarte -añadió con una sonrisa que consiguió tensarla aún más.

-Lo pensaré -dijo Sarah antes de volverse de nuevo hacia la casa. Esa vez continuó caminando sin volver la vista atrás. Pero aun estando ya dentro de la casa, no pudo quitarse de la cabeza la imagen de aquel torso desnudo, aquella mirada irónica y aquella sonrisa.

Desde luego, era un verdadero bombón de hombre. No recordaba habérselo oído mencionar a su tía, claro que si lo hubiera hecho, no habría cambiado nada. No había babeado por él, se había limitado a ponerlo en su sitio con respecto al árbol. Con un poco de suerte, no tendría que volver a verlo en toda la semana y desde luego no tenía la menor intención de acudir a la fiesta. Lo único que quería era pasar una tarde tranquila, inmersa en otro siglo.

Max se quedó junto a la valla, rascándose la barbilla con gesto ausente y observando cómo Sarah se alejaba. Era ella. La bella durmiente. Aunque no parecia tan bella escondida detrás de aquellas horribles gafas y bajo aquella enorme camiseta. Por un momento había sentido el deseo de contarle lo sucedido la noche anterior y, aunque había decidido mantener la boca cerrada, tarde o temprano tendría que decírselo.

De lo que no había la menor duda era de que era una mujer fuera de lo común, incluso al margen de que fuera sonámbula. Una mujer feúcha durante el día, pero que por las noches se convertía en una verdadera belleza. Aunque no era para nada su tipo de mujer. Lo que no sabía era cuál era su tipo últimamente porque llevaba casi dos años sin tener novia y tampoco deseaba tenerla.

Sabía por experiencia que el matrimonio más perfecto podía irse al garete y destrozarle la vida no sólo a la pareja que lo formaba sino a todos los que se encontraban a su alrededor. Eso era lo que había ocurrido con el matrimonio de sus padres y era algo que no le deseaba a nadie.

Cualquiera que se dedicara a lo que él sentiría reparos ante cualquier relación seria. Por supuesto que había abogados matrimonialistas casados, pero la mayoría se habían casado más de una vez. ¿Quién quería complicarse la vida de un modo semejante? Tener que pasar la pensión alimenticia, luchar por la custodia de los hijos… No, todo eso no era para él. Ya tenía suficiente con lo que veía en el trabajo, no quería vivirlo también en su vida personal.

Por eso huía de las relaciones serias. No tenía nada en contra de las aventuras breves y de pasarlo bien, siempre y cuando ambas partes

estuviesen de acuerdo en no ir más allá ni hacerse falsas ilusiones. Pero, con

todo lo que había visto en los tribunales, tantos hogares y corazones rotos, había llegado a la conclusión de que el matrimonio no era para él.

Así pues, su tiempo era sólo suyo. Sólo él tomaba las decisiones que afectaban a su vida, sin lágrimas, sin peleas, sin noches en vela. Era un tipo con suerte.

CAPÍTULO 2

MAX sabía perfectamente lo que era trabajar en sábado y domingo. Se había metido con Sarah por ello, pero ella había dado en el clavo al acusarlo de ir a trabajar también durante la fiesta. Su oficio le resultaba muy desafiante y por ello no le importaba trabajar los fines de semana; no había llegado donde estaba siendo un perezoso y, si quería conservar su posición en lo más alto de la profesión, tendría que trabajar más que nadie.

Cuando algún cliente acudía a él en busca de ayuda, Max siempre estaba allí. Había invitado a aquella fiesta a todas las personas a las que había representado durante los últimos años. Algunos de ellos eran también buenos amigos, otros sólo clientes. Algunos se habían vuelto a casar, otros seguían solteros y otros estaban a punto de estarlo.

Ahora que se paraba a pensarlo, ni siquiera sabía muy bien por qué se había molestado en invitar a Sarah. No tenía nada que ver con el resto de asistentes y seguramente no se lo pasaría bien, así que era una suerte que no fuera a acudir. Lo había hecho porque Mary le había dado a entender, de un modo no demasiado sutil, que su sobrina necesitaba salir más y, después de lo sucedido la noche anterior, había creído que debía cuidar de ella. También se sentía culpable por haberla despertado, pues sabía que necesitaba descansar después de haber pasado parte de la noche paseando por su jardín.

Se preguntaba si Sarah recordaba lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Recordaría el beso? No, claro que no. Si lo hubiera recordado, le habría dicho algo o se le habría notado en algo, en una mirada, en una sonrisa. Era increíble lo diferente que parecía a la mujer que había descubierto paseando por su jardín en camisón. Sin embargo, había algo de aquella hermosa criatura en el modo en que se movía y en su mirada. Algo que había podido ver sólo un instante, pero que después había vuelto a desaparecer. Resultaba frustrante que hubiera durado nada más que un momento para después esfumarse.

Hasta esa mañana no se había dado cuenta de que el árbol daba sombra a la piscina y había querido arreglarlo antes de las fiestas. Le preocupaban los clientes que habían quedado insatisfechos con los acuerdos a los que se había llegado en sus divorcios y no culpaban sólo a sus ex cónyuges, también culpaban a Max. Era muy duro trabajar para gente que había fracasado en una de las aventuras más importantes de la vida y a veces llegaba a ser deprimente, pero alguien tenía que hacerlo. Además, aquel trabajo le había permitido llevar la vida que quería y con la que había soñado en otro tiempo.

Aunque había que admitir que mantener dicho nivel de vida implicaba una enorme presión. La de aquella tarde era la fiesta anual con la que agradecía la fidelidad de sus clientes y servía también para hacer relaciones públicas y establecer nuevos contactos. Lo cierto era que no necesitaba la presencia de una mujer que, claramente, destacaría del resto de invitados.

Ninguna de esas personas la había visto en mitad de la noche, ni sabía el aspecto que tenía en camisón. Se le aceleraba el pulso con sólo recordarlo. Lamentaba haberla invitado porque la verdad era que no quería que asistiese a su fiesta. De todas maneras, lo más probable era que no fuera, así que no había por qué preocuparse.

La llamada de la empresa que se iba a encargar del catering de la fiesta lo apartó de sus pensamientos. Querían saber con qué facilidades contaban en la casa y Max les informó de todo lo que había en la cocina: horno, microondas, congelador con espacio libre…

El problema surgió cuando llegaron por la tarde y descubrieron que el horno no era tan grande como les había hecho creer la descripción de Max. Lo cierto era que en el mes que llevaba en aquella casa no había utilizado la cocina ni una sola vez y probablemente nunca la utilizaría, porque solía comer fuera o pedir que le llevaran algo. Por tanto, la cocina era para él territorio desconocido.

Mientras los encargados del catering organizaban las mesas en el amplio patio, ponían en marcha la barbacoa e invadían la cocina con todo tipo de comida, Max salió al jardín y echó un vistazo al otro lado de la valla. No había ni rastro de su vecina; seguramente estaría dentro, enterrada bajo un montón de libros de Historia. Mejor así. Jamás encajaría en la fiesta, Max lo sabía y probablemente ella también.

Nada más verla esa mañana se había dado cuenta de que era tal y como había imaginado por el modo en que la había descrito su tía y todo lo contrario a la exótica criatura de la noche anterior. Pero al quedarse frente a ella un rato había llegado a percibir la dualidad de su personalidad y lo cambiante de su aspecto. No había podido evitar preguntarse si aquellos episodios de sonambulismo se repetirían todas las noches. ¿Acaso esperaba encontrarla en su jardín cada noche? No, por supuesto que no. Y menos ahora que sabía quién era. Pero, ¿y si salía de la casa y se encaminaba hacia otro lugar? ¿Y si salía a la calle? Eso sería muy peligroso. Tendría que decírselo. Claro que quizá ella ya lo supiese.

También se preguntaba si él era tal y como ella lo habría esperado. Aunque quizá su tía ni siquiera se hubiese molestado en hablarle de él salvo para decirle que vigilara el árbol. Qué más daba. Si guardaba la motosierra, no volvería a verla a menos que caminara de nuevo

dormida o… No, estaba completamente seguro de que no acudiría a la fiesta. ¿Por qué habría de hacerlo? No conocía a nadie allí, ni siquiera a él. Él a ella, sin embargo, la conocía mucho mejor.
Una camarera de la empresa de catering se acercó a él.
-Señor Monroe, son casi las cuatro y necesitamos otro horno.
-Lo siento mucho, pero me temo que eso es todo lo que tenemos.
La muchacha miró al otro lado de la valla.
-¿Y si utilizásemos el horno de su vecina, la señora Jenkins? Hace un tiempo le organizamos una fiesta. Es una señora encantadora, seguro que no le importa.
-No, no le importaría, pero la señora Jenkins no está -está su sobrina cuidándole la casa

-dijo Max-. Iré a preguntarle.

Le abrió la puerta de atrás vestida con unos pantalones cortos y la misma camiseta de por la mañana. Era obvio que no tenía intención de ir a ninguna fiesta. A Max no le sorprendió ver que llevaba un enorme libro en la mano y sus ojos parecían los de un buho tras los cristales de las gafas.

-¿Sí? -preguntó desdeñosamente, como si acabara de abrirle la puerta a un charlatán que fuera a intentar venderle algo.

-Hola. ¿Te acuerdas de mí? Soy el vecino de al lado -dijo él alegremente, pero no esperó a obtener respuesta-. Siento molestarte, pero resulta que ha surgido un problema en la fiesta. El caso es que los de la empresa de catering necesitan otro horno. No tardarán mucho, sólo tienen que hornear unos… La verdad es que no sé muy bien lo que es, pero les vendría muy bien poder utilizar tu horno. A menos que lo estés utilizando tú.

-No, no lo estoy usando. Supongo que no hay ningún problema -dijo sin demasiada seguridad.

-Estupendo. Les diré que vengan. Gracias -alargó el brazo y le estrechó la mano en la que no llevaba el libro-. Tienes las manos frías -le dijo-. Deberías salir al sol.

-No puedo, tengo que…

-Trabajar, lo sé, pero no puedes quedarte metida en casa en un día como éste. Es un crimen. Espero que te pases por la fiesta. Seguro que puedes tomarte un descanso de unos minutos, ¿no es así?

-Puede ser -sus palabras sonaron a firme negativa.

Max se encogió de hombros y se dijo a sí mismo que se olvidara de ello… y de ella. Le había dejado perfectamente claro que no quería tener nada que ver con su fiesta.

Una hora después, toda la comida estaba lista y humeante gracias al horno de Sarah. El grupo tocaba música mexicana y el barman preparaba margaritas sin cesar. Sus invitados eran guapos ricos, llenos de ambición y dinero. Muchos de ellos estaban especialmente desesperados por encontrar alguien nuevo con quien compartir sus vidas, a pesar de los fracasos del pasado. Todos parecían estar pasándolo bien. A Max a veces le preocupaba ver dicha desesperación en sus rostros, hasta el punto de que le daban ganas de decirles: «Tranquilos. Hay cosas peores que estar solo. Ser soltero tiene sus ventajas. No tengáis prisa por volver a casaros».

Pero sabía que ninguno le haría caso. ¿Qué sabía del matrimonio el abogado que los había ayudado a divorciarse? Sabía mucho del divorcio, pero no del matrimonio. ¿Acaso era él un ejemplo de las bondades de la soltería? Max creía que sí, pero seguramente ellos no opinarían lo mismo.

Se abrió paso entre la multitud, pero entre conversación y conversación no pudo evitar mirar hacia el otro lado de la valla y preguntarse si su vecina oiría la música o si por el contrario estaría tan concentrada que nada la perturbaba.

Se dijo a sí mismo que debía olvidarse de ella. Al fin y al cabo, no era en absoluto el tipo de mujer que a él le gustaba, por mucho que la noche anterior hubiera parecido una criatura sacada de un cuento de hadas. No, aquella mujer malhumorada no era su tipo ni tampoco su responsabilidad. Ni siquiera era su vecina. Seguramente habría tenido más éxito de haber invitado a la fiesta a su tía. No le importaba acompañar a su sobrina de vuelta a la cama si volvía a encontrarla deambulando por ahí, pero durante el día se mantendría alejado de ella.

Pero cuando un rato después la vio aparecer en la fiesta, a Max estuvo a punto de caérsele la copa de la mano. La saludó de lejos y le hizo un gesto para que se acercara, pues tenía miedo de que cambiara de opinión al ver el tipo de gente que estaba invitada a la fiesta. Max meneó la cabeza ligeramente al verla vestida con un sencillo vestido azul abrochado hasta el cuello y unos zapatos planos. Aquella mujer no dejaba de sorprenderlo.

Era completamente diferente al resto de los presentes. Parecía que hubiera pasado por allí camino de la oficina. Quizá no debería haberse quitado los pantalones cortos; así habría desentonado un poco menos. El resto de mujeres llevaban estrechos tops sin mangas o camisetas diminutas y cortísimos pantalones.

Sarah parecía tan insegura como si acabara de meterse en la jaula de un león. Al ver que él la había visto, apareció en su rostro un gesto

de agobio que daba a entender que acababa de darse cuenta de que no podía escapar. Max no recordaba haber ejercido tal efecto en ninguna otra mujer. ¿Por qué lo detestaba de ese modo?

Max fue hacia la valla con una sonrisa para abrirle la puerta y animarla a entrar. Ella también sonrió, pero con evidente esfuerzo.

-Muchas gracias por dejarnos utilizar tu horno. No sé qué habríamos hecho sin ti.

-No hay de qué -dijo ella.

-Vamos, nadie va a morderte.

-¿Éstos son tus amigos? -le preguntó ella cuando por fin se atrevió a dar un paso adelante.

Max notó que olía a flores, lo que quería decir que la fiesta le importaba lo suficiente como para ponerse perfume y cepillarse bien el pelo, que le caía sobre los hombros con un brillo casi destellante. También se había quitado las gafas, por lo que se parecía más a la bella durmiente de la noche anterior. No la conocía mucho, pero tenía la sensación de que debía de suponer un gran esfuerzo acudir a una fiesta llena de desconocidos. Su tía se habría alegrado de verla allí.

-A la mayoría los conozco por trabajo.

-¿A qué te dedicas?

-Soy abogado matrimonialista.

-Qué triste. ¿Entonces toda esta gente está divorciada?

-Algunos se han vuelto a casar.

Ella echó un vistazo alrededor del patio.

-Debe de ser deprimente enfrentarse cada día a los fracasos de la raza humana.

Max sintió un escalofrío al oír aquello, porque tenía parte de verdad. Pero seguía estando orgulloso de su éxito.

-Yo no lo veo de ese modo -aseguró sin alterarse. Al fin y al cabo, no era él el que rompía los hogares de sus clientes. Hacía todo lo que podía por ellos y no le gustaba que ella creyera que se aprovechaba de sus desgracias-. Yo más bien creo que los ayudo a salir de ese fracaso. ¿Alguna vez has estado casada?

Ellanegócon la cabeza.

-¿Y tú?

-No.

-No me extraña.

-¿Por mi corte de pelo, por los ojos inyectados en sangre o porque tengo las piernas torcidas? -bromeó Max.

La vio sonrojarse, pero lo observó de arriba abajo como si tratara de decidir qué lo había llevado realmente a no casarse nunca.

-Lo que quería decir es que comprendo que no sientas demasiadas

ganas de casarte si te pasas el día llevando divorcios y viendo tanta gente amargada por culpa del matrimonio. Yo en tu lugar, también huiría de ello.
-¿Y tú por qué no te has casado?
-Pues… supongo que no he conocido a la persona idónea -dijo mirando hacia otro lado.

-Dime una cosa, ¿te parece que esta gente está amargada? -quizá fuera así, pero desde luego lo ocultaban muy bien.

Se oían risas por todas partes. Un grupo estaba jugando a lanzarse una pelota de playa de un extremo a otro de la piscina, otros bebían sus cócteles e incluso había varias parejas besándose y abrazándose en las hamacas.

-No, supongo que no. La verdad es que parecen contentos y me imagino que es gracias a ti, que los sacaste de una situación difícil.

-Así es como yo lo veo, si no…

Sarah lo miró fijamente, como si estuviese impaciente por oír el final de la frase, como si realmente quisiera saber lo que opinaba.

-Si no, no podría dormir por las noches.

Ella volvió a apartar la mirada y entre sus ojos azules apareció una arruga. ¿Había despertado algún recuerdo en ella al hablar de dormir? ¿Recordaba lo sucedido?

-Bueno -dijo entonces moviendo la mano como para borrar cualquier preocupación-. No quiero monopolizar al anfitrión de la fiesta.

Aquello hizo que Max se diera cuenta de que llevaba un buen rato hablando sólo con ella y sin fijarse siquiera en lo que sucedía a su espalda, en la fiesta. Aunque no creía que nadie fuera a echarlo de menos.

-Debería volver con el resto de invitados -dijo mirando a su espalda y comprobando que todo el mundo estaba entretenido-. Ven, te presentaré a alguna gente.
-Puedo presentarme sola.
Max la miró rápidamente.

-De acuerdo -dijo a pesar de que no la imaginaba acercándose a unos desconocidos; lo más probable era que se quedara en algún rincón para poder escabullirse y volver a casa cuando nadie la viera.

El sonido del teléfono móvil lo apartó de ella, pues tuvo que ir a darle indicaciones a un invitado que no encontraba la casa. Mientras

hablaba por teléfono, Max no pudo apartar la mirada de Sarah, a la que observaba a través del ventanal del salón. Estaba junto a la piscina hablando con un antiguo compañero de la facultad cuyo divorcio había llevado hasta hacía menos de un mes.

Tuvo que admitir que, con aquel vestido y la piel tan pálida, parecía una delicada rosa inglesa en medio de un jardín tropical. Era refrescantemente diferente al resto de mujeres.

De pronto se oyó un grito y el ruido de alguien al caer al agua. Max salió corriendo hacia la piscina. Allí estaba Sarah, agitando los brazos en el lado más profundo al tiempo que se hundía en el agua.

-¡Que alguien llame a una ambulancia! -gritó Max justo antes de tirarse al agua para salvarla.

CAPÍTULO 3

SARAH había oído muchas veces que cuando uno estaba a punto de morir veía pasar toda su vida ante sus ojos; sin embargo, lo único en lo que ella podía pensar mientras se hundía en el agua era que debería haberse puesto una ropa interior más bonita que esas sencillas braguitas de algodón blanco y ese sujetador deportivo. Era una completa tontería, pues el forense no se fijaría en algo así, pero el vecino quizá sí.

Y entonces pensó en sus padres, que le dirían: «¿Cómo se te ocurrió acercarte a una piscina sabiendo lo que podía pasar?».

Después de eso todo se quedó negro.

Lo siguiente que notó fue que la sacaban del agua y la tumbaban sobre unas baldosas. Intentó respirar, pero no hacía más que toser y echar agua por la boca. Buscó su inhalador con la mano, pero no lo encontró. Lo había dejado en casa. Max estaba junto a ella, lo veía borroso, pero podía distinguir su ceño fruncido.

También oía gritos.

-¿Qué ha pasado?

-¿Quién es?

-¿Dónde está la ambulancia?

-¿Está viva?

-Hazle el boca a boca.

El corazón le latió a un ritmo desmesurado hasta que se dio cuenta de que no era un ataque de asma. Le costaba respirar y estaba asustada, pero sabía que no necesitaba un inhalador ni que le hicieran el boca a boca. Sólo necesitaba unos segundos para echar toda el agua que se le había metido en los pulmones. Estaba orgullosa de sí misma por no haberse dejado llevar por el pánico.

Alguien le dio unas palmaditas en la espalda que le hicieron escupirle una buena cantidad de agua en la cara a Max, pero él no se inmutó. Con los ojos borrosos, Sarah miró a su alrededor, a la decena de rostros que la observaban con gesto asustado. Deseó poder tranquilizarlos y decirles que estaba bien, pero no podía hablar. Aunque lo que más deseaba en aquel momento era esfumarse de allí, desaparecer por arte de magia. No debería haber ido a aquella fiesta. Odiaba ser el centro de atención.

Le acudió a la cabeza el recuerdo de sus compañeros de colegio mirándola en pleno ataque de asma. Sabía que tenía el vestido completamente pegado al cuerpo y el pelo a la cara. La humillación era casi peor que el hecho de haber estado a punto de ahogarse.

-¿Qué ha pasado? -preguntó por fin.

-Te caíste a la piscina -dijo una voz de hombre procedente de algún lugar a su espalda-. Lo siento mucho. No me di cuenta de que estabas ahí. ¿Te encuentras bien? Sarah asintió.

-Estoy bien. Pero creo que… -intentó levantarse, pero no pudo, así que apoyó la cara en las rodillas para que nadie viera que tenía los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de alivio y de vergüenza. No podía moverse ni hablar. Habría deseado que todo el mundo se fuera de allí y la dejara recuperarse sola.

Fue Max el que la ayudó a levantarse agarrándola de los brazos.

-Voy a llevarla a su casa. Es aquí al lado. Mandad allí a la ambulancia en cuanto llegue.

-No hace falta… -no necesitaba que la acompañara a casa, ni tampoco una ambulancia, sólo unos minutos para recuperar las fuerzas. Intentó parecer tranquila, pero la tos se lo impidió.

Max la llevó a casa en brazos mientras ella apoyaba el rostro en su pecho. Quería decirle que podía ir andando, pero era como si no tuviera fuerzas para hablar, así que se limitó a relajarse en sus brazos. Se sentía tan pequeña y al mismo tiempo tan ridiculamente segura en sus fuertes brazos… Era una sensación muy difícil de asimilar para una mujer que se enorgullecía de una independencia que tanto esfuerzo le había costado alcanzar.

Le daba miedo admitir lo agradable que era sentir que alguien cuidaba de ella. Por otra parte, odiaba la idea de depender de otra persona.

Le sorprendió que, nada más entrar en la casa de su tía, Max subiera las escaleras y fuera directo a su dormitorio, como si supiera perfectamente dónde iba. Una vez allí, intentó desabrocharle el vestido.

-Puedo hacerlo yo -farfulló ella, pero lo cierto era que le temblaban las manos y tenía los dedos muy torpes-, Déjalo -insistió.

-No puedo dejarte con el vestido empapado -murmuró él.

Y no lo hizo. La sentó al borde de la cama y siguió desabrochándole el vestido hasta poder quitárselo. En cuanto la hubo dejado en ropa interior, Sarah se escabulló bajo las sábanas para ocultar su cuerpo demasiado delgado y su aburrida lencería antes de que Max pudiera ver más de lo que ya había visto.

Era horrible. Cerró los ojos con la esperanza de que él se marchara, pero por supuesto, no fue así. Se quedó de pie junto a la puerta, observándola y goteando agua sobre la alfombra. ¿Había sido él el que la había sacado de la piscina?

Antes de que pudiera preguntárselo aparecieron dos enfermeras que se acercaron a ella y la destaparon para poder reconocerla. Sarah

habría querido acurrucarse y fingir que estaba muerta. No sabía dónde estaba Max, pero esperaba que hubiese salido de la habitación por consideración a su evidente timidez. Pero, ¿qué importaba? Ya la había visto prácticamente desnuda.

Los enfermeros le tomaron el pulso y la presión sanguínea, también le examinaron la boca y escucharon el latido de su corazón y el funcionamiento de los pulmones. Mientras, Sarah no paraba de repetir que estaba bien. Le tomaron la temperatura, por lo que seguramente pensaron que podría tener fiebre, pero en realidad su cuerpo ardía de vergüenza.

Odiaba que la trataran como si estuviese enferma porque le recordaba a cuando era niña, a los ataques de asma, los viajes al hospital y el inhalador siempre en la mochila del colegio, por si acaso. Creía haber dejado atrás todo eso. Siempre y cuando no hiciese ningún esfuerzo excesivo, podía llevar una vida normal. Pero parecía que tendría que limitarse a estudiar Historia y no aventurarse a acudir a fiestas.

Pero peor aún que la tratasen como a una enferma era que se comportasen como si no estuviese ahí. Los enfermeros discutían su situación y la posibilidad de recetarle algún medicamento, todo ello como si ella estuviese en coma.

-Perdonen. Estoy consciente -les dijo Sarah-. Estoy bien. Sólo tengo asma, pero está controlado.

Ambos enfermeros se volvieron a mirarla con sorpresa. Tomaron algunas notas y por fin, después de una eternidad, se marcharon de allí. Sarah se quitó la ropa interior debajo de las sábanas pues también estaba empapada, después le lanzó una dura mirada al hombre que seguía allí, a los pies de su cama. ¿Qué hacía ahí todavía? Se sentía humillada e increíblemente cansada, pero estaba bien.

-¿Qué tal te encuentras? -le preguntó Max frunciendo el ceño con preocupación.

-Bien, gracias -«ahora vete».

-No sé qué ha pasado, pero…

-Me caí al agua, eso es todo. Al menos eso fue lo que dijo ese hombre. Fue culpa mía, no estaba mirando y estaba demasiado cerca de la piscina. No hay de qué preocuparse. No me he ahogado gracias a ti. No sé cómo agradecértelo. Me has salvado la vida.

-No ha sido nada. Pero deberías aprender a nadar.

-O alejarme de las piscinas.

-Yo podría enseñarte.

-Eres muy amable, pero…

-Empezaremos mañana.

Max apenas se había recuperado aún del susto; le temblaban las

manos y el corazón le latía desbordado, pero la culpa de eso podía tenerla el haber visto a Sarah en ropa interior. Entendió el mensaje que ella le mandó al cerrar los ojos y señalar después a la puerta.

Era evidente que quería estar sola, así que Max salió de la habitación sin preguntarle si quería que le buscase el camisón, el mismo camisón blanco de la noche anterior. No le habría importado volver a verla con él.

Quizá si se ponía el camisón recordara lo sucedido la noche anterior y él podría decirle que tenía un problema. También habría querido preguntarle cómo era que una chica californiana no sabía nadar. ¿Sería sólo por culpa del asma? No podía ser, había muchos atletas asmáticos. Por supuesto que era un problema, pero nada insalvable. Iba a resultarle muy difícil encontrar una excusa para no aprender a nadar ahora que vivía junto a una piscina. Max deseaba enseñarle, más aún sabiendo que cabía la posibilidad de que se presentase en su casa en medio de la noche completamente dormida. La piscina estaba rodeada por una valla, pero el peligro seguía estando ahí. Debía enseñarle a nadar, quisiera o no.

Cuando volvió a la fiesta comprobó que el ambiente había cambiado. Los invitados parecían más serios y, aunque el grupo seguía tocando, ya nadie bailaba. Tampoco había nadie jugando en la piscina. Era como si todo el mundo se hubiese quedado inmóvil hasta que Max volvió y les aseguró que su vecina estaba perfectamente y que nadie había tenido la culpa de lo ocurrido.

La fiesta no tardó mucho en llegar a su fin. Aún quedaban cócteles y comida, pero la gente empezó a marcharse poco después de que él volviera de casa de Sarah, como si sólo se hubiesen quedado a oír el parte de la accidentada.

Max no podía dejar de pensar en Sarah. Parecía tan vulnerable, tan frágil y, sin embargo, al llegar a su habitación había tenido las fuerzas necesarias para echarlo de allí sin miramientos. Era una mujer valiente. Era increíble que se hubiese recuperado tan rápido del susto de caer al agua sin saber nadar. Claro que quizá no se hubiese recuperado realmente; tendría que volver más tarde a comprobar que estaba bien.

Pero cuando llamó a su puerta una hora más tarde no obtuvo respuesta. Max abrió la puerta y subió al piso de arriba. Se quedó en la puerta del dormitorio y la observó. Estaba tumbada de lado y respiraba con normalidad. Él soltó un suspiro de alivio.

Estaba anocheciendo, pero aún había luz suficiente para ver que tenía el rostro sonrojado. Se quedó allí unos minutos. La habitación olía a eucalipto. Claro, eran las semillas que había recogido del suelo la noche anterior. ¿Acaso no se había dado cuenta ella del olor? ¿Cómo

pensaría que habían llegado allí aquellas semillas de eucalipto?
El sonido del teléfono lo sobresaltó.
Bajó las escaleras corriendo y contestó en la cocina. Quizá fuera su tía.
-Quería hablar con Sarah -dijo una mujer.
-Pues está… ¿quiere dejarle algún mensaje?
-¿Con quién hablo?
-Con un vecino.
-Ya. Pues dígale que la ha llamado su madre, sólo quería comprobar que está bien.
-Está muy bien.
-¿Dónde está?
-Aquí, pero está dormida.
-¿Dormida? Si sólo son las ocho.
-Si es algo urgente, puedo despertarla.
-No es necesario. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Max sonrió. Su hija estaba dormida y contestaba al teléfono un hombre al que no conocía, era lógico que estuviese preocupada.
-Max -dijo él-. Vivo en la casa de al lado. Le diré que ha llamado.
-Gracias.

Después de colgar le escribió una nota a Sarah y se la dejó sobre la mesa de la cocina. Después volvió a casa y se sentó en el patio a fumarse un puro y pensar. Si ella volvía a salir dormida, Max quería estar allí.

CAPÍTULO 4

El timbre del teléfono hizo que Sarah se despertara sobresaltada por segundo día consecutivo. Esa vez supo inmediatamente dónde estaba, lo que no sabía era quién podría estar llamándola a las siete de la mañana un domingo. Se sentía un poco atontada y completamente desnuda bajo las sábanas, algo que le era muy poco familiar. Entonces lo recordó todo. La piscina, el accidente, el agua, la fiesta, Max. Se subió bien la sábana hasta el cuello antes de responder al teléfono.

-Sarah, ¿ha pasado algo? -le preguntó su madre.

«No, sólo he estado a punto de ahogarme, eso es todo». Sarah podía imaginar cómo reaccionaría su madre al oír algo semejante.

-No, claro que no. ¿Por qué me llamas tan temprano? -sabía que no estaba siendo muy amable, pero no podía evitarlo.

Sus padres llevaban demasiado tiempo protegiéndola de un modo excesivo y Sarah ya no podía soportarlo más. Era una mujer adulta e independiente. Había llegado el momento de poner punto final a aquella situación.

-Te llamé anoche, pero me contestó un hombre un poco raro que me dijo que estabas durmiendo.

-Es cierto, estaba durmiendo. Me fui pronto a la cama -¿qué hombre raro le había contestado? Max, sin duda. Pero, ¿por qué había contestado al teléfono?

-El hombre con el que hablaste no es nadie que tú conozcas. Sólo era el vecino de la tía Mary, que había venido a hacerme una visita.

-¿Estás segura de que estás bien? Siempre te levantas muy temprano.

-Ahora tengo que dejarte, mamá -buscó una excusa para colgar. Finalmente decidió no ocultarle la verdad a su madre-. Hoy tengo clase de natación y tengo cosas que hacer.

-¿Natación? -repitió su madre, tan alarmada como Sarah había previsto-. Tú no sabes nadar, es demasiado peligroso.

-Precisamente porque no sé nadar, ya es hora de que aprenda. Ha

llegado el momento de arriesgarme.

-Pero, Sarah…

Las señales de alarma estallaron en su cabeza. Los recuerdos del pasado. La voz de su madre.
«No puedes nadar».
«No debes correr».
«No salgas».
«Quédate en casa».
«No eres como los otros niños, tú eres diferente».
Sarah respiró hondo antes de responder:

-Hace meses, no, años que no tengo un ataque. Estoy bien y es hora de que haga algunos cambios en mi vida -nada drástico, por supuesto. Sólo una clase de natación.

La imagen de su profesor voluntario apareció en su mente. El hombre de los ojos grises y el cuerpo perfecto. Con sólo imaginárselo en la piscina junto a ella se le secaba la boca. Agarró el vaso de agua que tenía en la mesilla con mano temblorosa.

Quizá no lo hubiera dicho en serio, quizá sólo lo hubiera dicho porque le preocupaba que fuera a demandarlo por su negligencia. Quizá… ya estaba bien de quizás. La preocupación de su madre había servido para que tomara una decisión. Tenía más de veinticinco años y tenía el asma controlada. Por supuesto que nunca sería como los demás, pero al menos podría acercarse un poco más.

Sus padres seguían preocupándose por ella, pero tanta preocupación hacía que Sarah sintiese claustrofobia y eso a su vez hacía que se sintiese culpable. Sabía que la querían con todo su corazón, pero ya era muy mayor para que siguieran protegiéndola tanto. Iba a acudir a esa clase de natación. Quizá no aprendiese a nadar, pero desde luego iba a intentarlo.

-Tengo que irme, mamá. Tengo que comprarme un bañador -colgó rápidamente antes de que su madre pudiese protestar siquiera.

Al volver a casa con el bañador, un pareo y la pedicura recién hecha, Sarah no supo muy bien qué debía hacer a continuación. ¿Debía ponerse el bañador y presentarse en casa de Max? ¿Asomarse a la valla para ver dónde estaba? ¿O volver al trabajo y esperar a que él volviese a ofrecérselo?

Mientras lo pensaba, se puso el bañador y fue a mirarse al espejo de la habitación de su tía. La imagen que vio frente a sí hizo que frunciera el ceño. No debería haberse dejado convencer por la dependienta para comprarse un modelo tan escotado. Ella no era como las invitadas de la fiesta del día anterior, no tenía la piel bronceada por el sol. Estaba

demasiado flaca y pálida. Razón de más para salir al sol cuanto antes e intentar tomar un poco de color.

Sin darse tiempo a sí misma para cambiar de opinión, se puso el albornoz, se sirvió un vaso de limonada bien fría y salió al jardín con su libro sobre los rancheros de California y un gorro de paja de su tía.

Miró al otro lado de la valla; todo parecía muy tranquilo en casa de Max. No se oía nada ni se veía ningún movimiento. Por algún motivo, Sarah se sintió decepcionada. La idea era salir al sol e intentar broncearse un poco, pero quizá no volviera a verlo. Nunca más.

Quizá se ofreciera a ayudar a todas las mujeres que conocía, en una especie de acto reflejo. En realidad no sabía nada de su guapísimo vecino excepto que era abogado. Por mucho que él dijera, debía de ser muy duro enfrentarse día tras día a los fracasos sentimentales de sus clientes y sin duda debía de causar algún efecto en él. Por otra parte, debía de ser muy bueno en su trabajo para que le permitiera vivir donde vivía. Quizá eso fuera lo único que le importaba. El dinero.

Sarah se estiró bajo el cálido sol y se miró las uñas de los pies, de un rojo brillante. Aún no comprendía qué la había llevado a hacer algo tan impropio de ella como pintarse las uñas de los pies de un color tan llamativo. Después leyó algunas páginas sobre Secundino Robles, un californiano del siglo xix que había sido una especie de don Juan de la época. Pero empezaron a pesarle los párpados. Cerró el libro.

Cuando despertó se dio cuenta de que había tenido otro sueño romántico, tenía la piel sensible y la boca seca. Pero no sólo eso, tenía la extraña sensación de haber tenido un encuentro íntimo con el vaquero del sueño.

Lo más sorprendente era que se parecía un poco al vecino de al lado, también tenía los ojos grises y los hombros anchos. Se llevó la mano al corazón para comprobar que realmente le latía tan fuerte como le parecía. Sí. Era ridículo. No había sido más que un sueño. Los hombres así no existían en el mundo actual o, si existían, ella desde luego no había conocido ninguno.

Una vez más se sintió desorientada, como si no estuviese en el lugar que le correspondía sino perdida en otro siglo en el que los valientes vaqueros iban armados con trabucos y cortejaban a las mujeres, que flirteaban con ellos sin la menor timidez y sin importarles que sus padres no lo aprobaran.

No era la primera vez que soñaba con el pasado; le sucedía sobre todo cuando estaba inmersa en algún proyecto. Pero nunca antes había tenido ningún sueño erótico, ni había sentido que sus sueños fueran tan reales. Ni los hombres que aparecían en ellos.

Meneó la cabeza para intentar apartar aquella imagen de su mente.

No era ninguna damisela enamorada de un caballero, sino una historiadora del siglo veintiuno que se pasaba la mayor parte del tiempo en otro mundo.

Aquel día había hecho otra cosa completamente inusual en ella: se había echado una siesta. Ella jamás se quedaba dormida en mitad del día. Claro que tampoco solía caerse a ninguna piscina. Nunca la habían rescatado ni la había cortejado ningún audaz vaquero.

Sin embargo, el día anterior su valiente vecino la había salvado de ahogarse. Eso sí era real.

Pero eso había sido el día anterior, porque ahora no había ni rastro de él. Sarah bostezó y se levantó de la hamaca. Seguía sin verse la menor actividad en la casa de al lado, así que llegó a la conclusión de que Max no había tenido la verdadera intención de ayudarla. Se había comprado aquel bañador para nada. De pronto se sintió vacía y con frío. Lo que necesitaba era un té, no una clase de natación.

Así pues, se apretó bien el cinturón del albornoz y se dirigió hacia la casa. Le pesaban los pies incluso yendo descalza. Tenía que volver a la realidad. Aquel hombre estaba completamente fuera de su alcance y ella no sabía desenvolverse en ese tipo de juegos. Además, la gente que había visto el día anterior en su fiesta no era el tipo de personas que deseaba conocer.

Justo antes de llegar a la puerta se volvió un instante a mirar a la casa de al lado. Allí estaba él, apoyado en la valla de madera con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios con la que parecía dar a entender que llevaba observándola un buen rato. Sarah se detuvo en seco y lo miró fijamente.

-Hola, bella durmiente -le dijo Max-, ¿Dónde has estado? Ven, es hora de empezar la clase.

-¿Cuánto… cuánto tiempo llevas ahí? -preguntó ella apretándose aún más el albornoz.

-No mucho. No he dicho nada porque no quería despertarte -abrió la puerta y se quedó esperando.

Otra vez llevaba el torso desnudo y estaba increíblemente guapo cubierto tan sólo por el bañador. Sarah tragó saliva y miró hacia otro lado.

¿Qué podía hacer? ¿Seguir su instinto y esconderse en casa de su tía? ¿Poner una excusa, decirle que había cambiado de opinión? Lo que desde luego no podía hacer era decirle la verdad, que tenía miedo; no tanto del agua como de él, de estar en sus brazos en medio del agua y

de que la viera moverse torpemente y tratando de respirar angustiada como había hecho el día anterior.

Él la había visto sin ropa, sabía que era incapaz de nadar, pero no se hacía a la idea de lo torpe que era para cualquier actividad física. ¿Debía dejar que descubriera lo diferente que era a todos los invitados a su fiesta, con sus músculos y sus bronceados perfectos? ¿O lo lejos que estaba su mundo del de todos ellos? Seguramente era obvio.

Estaba exagerando. No era más que una clase de natación, sólo eso. Podía hacerlo y, en caso de no poder, siempre podía marcharse. Él sólo lo estaba haciendo para ser amable, o por hacerle un favor a la tía Mary, pero no tardaría en rendirse y retirar el ofrecimiento en cuanto viera lo desastre que era, lo absolutamente descoordinada. Entonces la dejaría volver a su mundo, al mundo del pasado y de los libros.

Sarah forzó una sonrisa y caminó hacia la puerta. Al pasar a su lado sintió el suave aroma de su loción de afeitado. Una vez junto a la piscina, se quitó el albornoz con toda naturalidad, como si llevara haciéndolo toda la vida, y se sentó al borde del agua. Después se volvió a mirarlo, dispuesta a acabar con ello cuanto antes. Había estado a punto de ahogarse y no podía permitir que volviese a ocurrirle nada semejante.

-¿Nunca has intentado aprender a nadar? -le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

-Bueno, yo tampoco he intentado nunca enseñar a nadie.

Era el momento perfecto para levantarse, darle las gracias y decirle que no era necesario que lo hiciera tampoco ahora. Pero antes de que pudiera mover ni un músculo o decir una palabra, Max se había lanzado al agua y había ido hasta ella. Le tendió las manos con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes. Sarah sintió un escalofrío. No podía aprender a nadar y menos con un profesor que era tan guapo como el mismísimo George Clooney.

-¿Tienes frío? Vamos, aquí dentro hace menos frío -le dijo él agarrándole suavemente las manos.

Sarah se dejó llevar hacia el lado más profundo, hasta que el agua le llegaba por los hombros. Max trató de tranquilizarla con una sonrisa, pero ella se apretó aún más fuerte a él. A pesar de estar más cubierta de agua de lo que había estado en su vida, Sarah se sintió increíblemente segura junto a él. Hasta que le pidió que metiera la cabeza dentro del agua y el corazón empezó a latirle como si fuera a salírsele del pecho.

Necesitó tres intentos para conseguir mantener la cabeza sumergida durante más de un segundo y abrir los ojos debajo del agua. Él también metió la cabeza y la miró sonriendo. Incluso con la imagen distorsionada por el agua seguía siendo tremendamente guapo. Le hizo

una mueca y, al echarse a reír, Sarah empezó a toser. Max la agarró de inmediato y la llevó al lado más bajo.

-¿Estás bien? -le preguntó él.

-Claro -aseguró ella pensando que aquélla era la segunda vez que aquel hombre la alejaba del peligro.

La segunda vez que hacía que se sintiera protegida y a salvo. Esa vez no tenía excusa para echarle los brazos alrededor del cuello y apoyar el rostro en su pecho y, sin embargo, deseaba hacerlo. Habría mentido si no lo admitiera al menos ante sí misma.

-Lo has hecho muy bien -le dijo al tiempo que dejaba que se separara de él-. Tienes un talento natural.

-Soy una cobarde.

-De eso nada. Después de lo que te pasó ayer, la mayoría de la gente no se atrevería a acercarse al agua. ¿De verdad que nunca habías intentado aprender?

Sarah se pasó la mano por el cabello mojado.

-Con tantos halagos puedes conseguir lo que quieras. Si lo he hecho bien, ha sido gracias a ti. ¿De verdad nunca antes habías dado una clase de natación?

Max negó con la cabeza y ella se dio media vuelta para marcharse. Había superado la prueba de meterse en el agua y no ahogarse. Era más que suficiente para un solo día.

-Gracias.

-Espera un momento. Si acabamos de empezar…

Sarah suspiró con resignación. Debería haber imaginado que no sería tan fácil escapar. Cuando quiso darse cuenta estaba flotando boca arriba tumbada sobre sus brazos y apoyada en su cuerpo. Tenía miedo de que la soltara, pero aún le daba más miedo que le gustara sentirse rodeada por sus brazos. La excitación de notar que estaba flotando en el agua se unía a la de sentir su cuerpo tan cerca.

-Relájate -le dijo él.

-Es fácil decirlo -murmuró.

¿Cómo iba a relajarse sabiendo que tenía una mano en sus nalgas y la otra cerca del pecho? Era demasiado íntimo, demasiado aterrador.

Entonces Max le pidió que se diera la vuelta y metiera la cara en el agua sin dejar de flotar.

-No puedo -dijo ella moviendo la cabeza para mirarlo.

-Está bien -respondió al tiempo que la ayudaba a volver a la posición vertical con gran suavidad-. Creo que está bien para la primera clase. Has progresado mucho.
-¿Qué? O esperas muy poco de mí, o se te da muy bien animar a tus alumnos. Max se echó a reír.
-Te espero mañana para la segunda clase.
-¿Mañana? -le preguntó, alarmada-, ¿Tan pronto? ¿Es que no tienes que trabajar?
-Si yo puedo hacer un hueco en mi agenda, también podrás tú -aseguró él.
-Está bien -respondió Sarah con resignación mientras salía de la piscina-, Gracias otra vez.

-Espera -le dijo, aún desde el centro de la piscina-, Anoche te llamó tu madre. ¿Viste el mensaje?

-Volvió a llamarme esta mañana. Habría preferido que no contestaras. Ahora se muere de curiosidad por saber quién eres.

-¿Qué le has dicho? -le preguntó con una picara sonrisa.

-La verdad, que eres el vecino de mi tía. No quería contarle lo del… accidente, así que te agradecería que tú tampoco se lo contaras a nadie. No quiero que se preocupen.

-Se sentirían mejor si supieran que estás aprendiendo a nadar.
-Así debería ser, pero no. Tú no conoces a mis padres -añadió farfullando-. Preocuparse por mí es su principal pasatiempo -llegó a la puerta que comunicaba ambos jardines-. Bueno, muchas gracias -¿cuántas veces le había dado las gracias ya? ¿Por qué no podía limitarse a marcharse sin volverse a mirarlo todo el tiempo? Estaba fascinada.
Fascinada por la perfección de su cuerpo, por eso no podía dejar de mirarlo como si estuviera ante una estatua griega. El problema era que se trataba de un hombre de verdad, no de una estatua. Igual que ella era una mujer de verdad, una mujer que aún podía sentir sus manos sobre el cuerpo.
-Hasta mañana -dijo él.

CAPÍTULO 5

MAX la observó mientras se alejaba hacia la casa de su tía. Tenía un cuerpo pequeño y esbelto. Lo había visto la noche anterior, pero no había aprovechado la situación para observarla estando tan nerviosa. Ahora, sin embargo, sí se detuvo a mirar sus piernas esbeltas y su pequeño trasero; de hecho, se quedó admirando la imagen hasta que desapareció de su vista.

Dios, había tenido intención de contarle que la había visto caminar sonámbula. No podía seguir así, era peligroso. Quizá ella ya lo supiese, o quizá no. En cualquier caso, Max no podría estar tranquilo hasta estar seguro de que ella lo sabía y que iba a hacer algo al respecto. No sabía exactamente qué esperaba que hiciera. ¿Cerrar las puertas con llave? ¿Instalar una alarma? ¿Dormir con algún amigo? Se preguntaba si tendría algún amigo con el que pudiera dormir. Sarah no era el ideal de mujer para muchos hombres; con su aspecto de lectora empedernida durante el día y de mujer misteriosa por la noche. Pero había que admitir que era valiente.

Por fin salió de la piscina con la idea de darse una ducha y comer algo. Había sobrado comida suficiente de la fiesta como para hacer un pequeño festín. Era la excusa perfecta para volver a ver a Sarah: invitarla a cenar. Pero, ¿por qué necesitaba una excusa y, sobre todo, por qué quería volver a verla tan pronto? Prefirió no pararse a pensar la respuesta a ambas preguntas. Por suerte, se iría en menos de una semana. Entre tanto, ¿qué había de malo en conocerla un poco más? Después no volvería a verla nunca más.

Quizá prefiriera estar sola, pensó Max una hora después mientras llamaba a su puerta, cargado con una bolsa llena de comida de la fiesta y una botella de vino. Quizá hubiera salido, o estuviera harta de él y fingía no estar en casa.

El caso fue que finalmente acudió a abrir, vestida con una enorme camisa y unos pantalones sin forma alguna, el pelo recogido en una coleta y los ojos escondidos tras las enormes gafas de montura metálica.

-Ah -dijo ella al verlo-, eres tú.

-¿Esperabas a otra persona?

-No, pero…

-No sabías que los vecinos de las zonas residenciales fueran tan amables, ¿verdad? Primero ataco a tu árbol, después te molesto con mi fiesta y además te obligo a venir a mi piscina. Escucha, no pretendo molestarte, es que tenía muchas sobras de la fiesta y se me ha ocurrido

que, si no tienes nada preparado, quizá te apeteciera comer un poco de salmón a la plancha con espárragos y champiñones. No creo que ayer te diera tiempo a comer nada en la fiesta.
Sarah se quedó en el umbral de la puerta con gesto nervioso.
-No, tienes razón, pero…

No parecía que tuviese la menor intención de invitarlo a entrar, así que Max le tendió la bolsa y le dijo:
-Ten, pruébalo si quieres.
-¿Quieres pasar? -le preguntó por fin.
-Pensé que no ibas a pedírmelo nunca.

Lo había conseguido y tenía ganas de levantar el puño para celebrar la victoria, como si realmente fuese una proeza haber logrado poder ofrecerle una cena deliciosa y gratuita. Desde luego, era la mujer más rara que había conocido en toda su vida y Max no tenía la menor idea de qué estaba haciendo allí.

Nunca le había costado tanto esfuerzo poder cenar con nadie. No estaba acostumbrado a que las mujeres reaccionaran así con él; normalmente era él el que se echaba atrás y huía de la situación. ¿Sería eso por lo que estaba allí? ¿Porque Sarah era una especie de desafío? Le había dejado muy claro que no tenía demasiado interés en volver a verlo y, por algún motivo, eso le molestaba.

Estaba pensando que sería una lástima tener que comerse todas aquellas exquisiteces solo cuando la vio empezar a sacar las tarteras de la bolsa. Unos segundos después, mientras servía los platos, Sarah levantó la cara para mirarlo.

-¿Qué te contó mi tía de mí? -le preguntó con la nariz arrugada como si estuviese preparándose para lo peor.

Tenía una nariz muy bonita, pero lo sería aún más si se quitase esas horribles gafas y esa ropa enorme que se empeñaba en llevar. Sabía con certeza que no tenía nada feo que esconder, pues la había visto prácticamente desnuda. Tenía unas piernas esbeltas y unos pechos pequeños pero perfectos que había tenido el placer de admirar durante la clase de natación. Se moría de ganas de tener otra oportunidad de verla, y eso que la conocía desde hacía sólo dos días.
Max respiró hondo. Tenía que decírselo. Tenía que decírselo.
-Te diré mejor lo que no me contó -respondió por fin.

Sarah agarró la botella de vino que había llevado él y clavó el abrebotellas en el corcho como si su vida dependiera de ello. Como si no quisiera oír lo que él tenía que decirle. ¿Acaso sospechaba algo? Sin embargo no dijo nada, ni siquiera lo miró.
-Eres sonámbula -anunció Max.
Sarah dejó la botella sobre la mesa y se llevó la mano a la boca.
-No. No puedo creerlo.

-Pues es cierto. Antes de anoche apareciste en mi jardín en camisón. Estabas dormida.

Sus mejillas adquirieron un color casi púrpura. Parecía tan afectada que Max se preguntó si habría sido buena idea decírselo.

-Qué vergüenza. Pensé que ya lo había superado.

-¿Entonces ya te había pasado antes?

-Cuando era niña. Por si despertarme en medio de la noche sin poder respirar no hubiera sido suficiente. Incluso cuando respiraba con normalidad y no tenía ataques de asma, a veces me levantaba por la noche y me ponía a organizar mis muñecas. Cuando me despertaba por la mañana no recordaba nada y pensaba que se habían movido solas. Creo que cuando era pequeña no salí nunca de la casa, a mis padres les habría dado un ataque. Siendo adulta me ha ocurrido unas cuantas veces; normalmente cuando me encuentro en un lugar nuevo o estoy en una situación de presión. Y… ¿qué hice? ¿Dónde fui? -le preguntó con evidente preocupación.

-Estabas deambulando por mi jardín, detrás de la casa. Después volviste aquí con un poco de ayuda por mi parte.

-¿Tú me trajiste a casa? ¿Por qué no me lo dijiste?

-Había oído que es peligroso despertar a un sonámbulo.

-Pero, ¿por qué no me lo dijiste ayer?

-Esperaba encontrar el momento adecuado para hacerlo. De todas maneras, anoche me quedé observando tu casa por si acaso, pero no saliste.

-No sé qué decir -murmuró mordiéndose el labio inferior-. Me has salvado dos veces en dos días.

-Ha sido un placer -respondió él al tiempo que le servía una copa de vino-. Por cierto, mientras dormías recogiste unas semillas de eucalipto del suelo.

Sarah asintió en silencio y después frunció el ceño.

-Están en mi mesilla -dijo después de pensarlo durante unos segundos-. Me preguntaba cómo habrían llegado allí. Me encanta el olor. El aceite se utiliza para elaborar medicinas y la madera también es muy útil. El árbol vino de Australia. La primera vez que se menciona un eucalipto en California es en un artículo de un tal W. C. Walker, que tenía un vivero en San Francisco y plantó semillas de eucalipto. Eso debió de ser en el año 1850 o quizá… -entonces se quedó callada y esbozó una tímida sonrisa-. Supongo que no te interesan tanto los eucaliptos. Lo siento, me dejo llevar.

-Haces que parezca muy interesante.

-Eso espero, porque a mí me lo parece, pero la mayoría de la gente no opina lo mismo y a veces se me olvida que no todo el mundo comparte mi fascinación por la Historia. Algunos opinan que es una obsesión, pero lo cierto es que el pasado esconde historias maravillosas. No sé cuándo parar, así que no me dejes que empiece.
-¿Por qué no?
-Porque a veces me pongo a hablar y no me callo hasta que todo el mundo se ha quedado dormido por mi culpa -se detuvo un segundo para tomar un sorbo de vino-. Bueno, volviendo a mi sonambulismo. No es cierto que sea peligroso despertar a un sonámbulo, es un mito. Así que si vuelvo a hacerlo, si vuelves a verme recogiendo semillas del suelo en mitad de la noche o haciendo cualquier otra cosa, despiértame por favor.
-No te preocupes, que lo haré. ¿Cómo prefieres que lo haga?
-Agítame un poco o lo que se te ocurra.

-¿Lo que se me ocurra? -repitió él con una sonrisa en los labios-. ¿Como despierta el príncipe a la bella durmiente? -preguntó con fingida inocencia. Le gustaba verla sonrojarse y observarla cuando la pillaba desprevenida.

-Pues no lo sé -se volvió a mirarlo-. Por si acaso, esta noche dormiré en la invitación de invitados del piso de abajo y cerraré la puerta con cerrojo para que no tengas que preocuparte. De todas maneras, ahora que ya estoy acostumbrada a la casa, no volverá a pasarme. No quiero que te sientas responsable y te pases las noches vigilándome -añadió riéndose como si fuera una idea ridicula.

-La puerta de la piscina siempre está cerrada con llave, por si eso te preocupa -dijo él, al que la idea no le parecía tan disparatada-. Y yo soy un animal nocturno, así que, si vienes, te veré y te despertaré. Ojalá recordara cómo lo hacía el príncipe -insistió mirándola fijamente.

Ella evitó su mirada concentrándose en servir la mesa. Quizá recordara que la había besado aquella noche. Aunque en ningún momento habían mencionado la palabra «beso», Max no podía dejar de mirarle los labios.

-Gracias por ayudarme -le dijo sin levantar la mirada de la mesa-. Y gracias por traer todo esto. Tiene un aspecto estupendo.

Parecía estar concentrada en poner la mesa, pero había algo diferente en su mirada, como si su mente estuviese muy lejos.

-Escucha -le dijo Max poniéndole la mano en el brazo con la esperanza de hacerla volver al presente-. Espero haber hecho lo que debía al decírtelo. No pretendía hacerte preocupar sin motivo.

-¿Sin motivo? -lo miró con ceño fruncido-. Estaba deambulando por tu jardín en mitad de la noche. Me metí en una propiedad ajena. ¿Y si

no hubieras estado allí para traerme a casa? ¿Y si me hubiese metido en otra casa?

-Pero no lo hiciste y, por lo que dices, lo más probable es que no vuelva a pasar.

La vio asentir, pero no parecía del todo convencida. Max se alegró de ver cómo poco después se sentaba frente a él y empezaba a comer. En cuanto a él, le gustó cenar acompañado para variar. Normalmente cenaba delante de la televisión y no echaba de menos a nadie, pues nunca se sentía solo. Sin embargo, esa vez le resultó agradable estar con alguien. Muy agradable. La observaba cuando ella no lo miraba y se fijó en que parecía disfrutar de la comida. Sólo por eso, se alegró de haber ido a verla aquella noche.

-Qué bien -dijo ella como si también estuviera sorprendida de lo agradable que era cenar con alguien-. No me había dado cuenta de que tenía hambre. Espero que ayer no te estropeara la fiesta -añadió entonces mirándolo a los ojos con evidente sinceridad.

Max se fijó en que se había quitado las gafas y que sus ojos parecían enormes y muy expresivos. El cambio era fascinante. No podía apartar la mirada de ella.

-Le diste un poco de emoción, eso es todo. Pero no fue culpa tuya, sino mía, por dejar que mis invitados perdieran el control. Todos se alegraron mucho de saber que estabas bien. Porque estás bien, ¿verdad?

-Sí, completamente recuperada. Lo único que me ocurre es que me está costando un poco concentrarme, pero eso no tiene nada que ver con que me cayera a la piscina. Pensé que me vendría bien alejarme de la oficina, pero no me di cuenta de lo diferente que es todo aquí; empiezo a preguntarme si voy a conseguir trabajar algo.

-¿Sería mucho problema si te tomaras la semana libre y no hicieras nada excepto aprender a nadar?

-Me temo que sí. Tengo varios proyectos por terminar. La gente con la que trabajo espera mucho de mí; mi jefa es estupenda y no puedo defraudarla, sobre todo ahora que está teniendo tantos problemas personales. Además, estamos en plena campaña para recaudar fondos para la Sociedad Histórica -hizo una pausa-. ¿Crees que podría aprender a nadar en sólo una semana?

Max se echó a reír.

-Bueno, puede que no pudieras participar en las Olimpiadas, pero con mis magníficos métodos de enseñanza, seguro que conseguimos al menos que no corras peligro en el agua.

Sarah sonrió y después asintió. Realmente parecía un buen tipo,

además de guapo. Había tenido el detalle de llevarle la cena y no se había limitado a dejársela en la puerta, sino que se había quedado a disfrutarla con ella. Sarah debía admitir que lo estaba pasando muy bien y creía que él también.

Pero, además de todo eso, también estaba enseñándole a nadar. Se había tomado la molestia de invitarla a su fiesta. Quizá su tía le hubiera pedido que fuera amable con ella, pero seguramente Mary no esperara tanto. Y lo más importante de todo: la había llevado a casa estando sonámbula.

Se había quedado de piedra al oírselo decir. Cuando por fin había conseguido superar el asma resultaba que volvía a levantarse en mitad de la noche completamente dormida después de tantos años. Una cosa más que debía ocultarles a sus padres. No quería que empezaran a decirle que tenía que volver a casa con ellos.

-La verdad es que me gustaría mucho -admitió haciendo un esfuerzo por olvidarse de sus padres y del resto de sus problemas-. Pero no puedo tomarme toda la semana libre. Además de los proyectos, estoy escribiendo varios artículos para la revista de la sociedad y tengo que preparar una presentación para la semana que viene. Si no se lo hubiera prometido a la tía Mary…

-Espera un momento, ¿no estarás pensando en volver a casa? No puedes echarte atrás ahora que has empezado a perderle el miedo al agua.

-No voy a echarme atrás -aseguró ella-. Seguro que mañana consigo adelantar un poco de trabajo y supongo que, a partir del lunes, el barrio estará más tranquilo, todo el mundo estará trabajando en la ciudad.

-No si te refieres a mí -dijo él-. Yo trabajo mucho en casa y suelo reunirme con los clientes a última hora de la tarde. Pero nunca trabajo los domingos, aunque prometo no hacer ruido ni volver a usar la motosierra, si es eso lo que te preocupa.

-A ver si aclaramos esto. La tía Mary me advirtió de que intentarías cortar el árbol, pero es evidente que no es cierto, así que me gustaría saber qué te dijo a ti de mí -contuvo la respiración a la espera de lo peor.

-Sólo me dijo que necesitabas salir un poco más.

-Pero no se refería a que lo hiciera en mitad de la noche, ni que tuvieras que invitarme a tu fiesta.

-No, eso se me ocurrió a mí solo. Es de buena educación invitar a los vecinos cuando uno celebra una fiesta, así no se quejan del ruido. Al

menos ésa es la costumbre en mi tierra.

-¿Y cuál es tu tierra? -le preguntó al tiempo que se levantaba para hacer café. No le preguntó si quería, pero esperaba que fuera así porque, para su sorpresa, no quería que se marchase aún.

Ella, una solitaria empedernida, debía admitir que esa noche le estaba encantando estar acompañada, sobre todo por él. Max no se parecía a ningún otro hombre que conociera; bromeaba con ella y la trataba como si fuera una persona normal. Era una sensación completamente nueva porque siempre se había sentido diferente al resto. Pero eso era algo que prefería que él no supiese.

Estaba acostumbrada a hacerlo todo, no necesitaba a nadie cerca. En realidad, siempre le había gustado estar sola.

Hasta ahora. ¿Qué había cambiado? Todo había empezado con la llegada de la primavera, desde entonces se pasaba horas mirando por la ventana, soñando despierta, por lo que no era de extrañar que fuera tan atrasada con el trabajo.

Después había conocido a Max y se había despistado aún más. El sonambulismo no era más que el síntoma de que algo no era normal. Al menos no había sufrido ningún ataque de asma.

Puso la cafetera en el fuego mientras esperaba su respuesta.

-Soy de todas partes y de ninguna -dijo por fin con la mirada perdida en el jardín que se veía a través de la ventana de la cocina-. Mis padres y yo nos mudábamos mucho

-entonces la miró-. Sé lo que estás pensando. Crees que me hice abogado matrimonialista porque mis padres se divorciaron. No es así. Deberían haberse divorciado, eso sí, porque se pasaban el día peleándose, pero no lo hicieron, no sé por qué. Puede que porque eran demasiado pobres o puede que lo hicieran por mí, pero lo dudo mucho porque apenas sabían que existía. Seguramente habrían deseado que así fuera.

Sarah abrió la boca, horrorizada.

-Créeme, todo habría sido más fácil para mí si no hubiera tenido que soportar sus gritos y sus reproches y que además me hicieran creer que se sacrificaban por mí. Yo me moría de ganas de decirles que se separaran de una vez, que ésa no era manera de vivir, pero nunca lo hice y ellos siguieron casados y peleándose por todo y por nada.

-¿Por eso te hiciste abogado matrimonialista? -le preguntó volviendo a la mesa con el café-, ¿Para librar a otros de ese sufrimiento?

Max se echó a reír con amargura.

-Claro, lo hago sólo para ayudar a los demás -meneó la cabeza-. No, la verdad es que debo admitir que me metí en esto por el dinero. Por

supuesto que ayudo a la gente a salir de una situación muy complicada, pero también gano mucho dinero. Además de amor y cariño, en mi casa también faltaba el dinero cuando yo era niño. Por eso nos mudábamos tanto; cuando llevábamos varios meses sin pagar el alquiler, hacíamos las maletas y nos íbamos en mitad de la noche sin dejar ninguna dirección. Todo eso hizo que deseara ganar el dinero suficiente para no tener que volver a pasar por eso, para poder tener un lugar en el que vivir del que nadie pudiera echarme.

-Y evitar el matrimonio.

-Sí, eso también. Supongo que no se parece en nada a tu infancia.

-La mía fue todo lo contrario -admitió con la vista clavada en la taza de café-. Mis padres me mimaban y me cuidaban constantemente hasta el punto de que llegaron a tratarme como si fuera una inválida. No sé si cuando hablaste con mi madre lo percibiste, pero es el paradigma de la sobreprotección. Me sorprende que no llamara a la policía la noche que le contestaste al teléfono. Ellos no querían que viniera, igual que no querían que me fuera de su casa, a pesar de que sólo me alejé unos cinco kilómetros.

-La verdad es que no le di demasiadas explicaciones -admitió él-. Espero no haberla alarmado.

-No te preocupes. Tarde o temprano tendrán que darse cuenta de que ahora soy una mujer, que tengo un trabajo y que no tengo que llamarlos todas las noches para decirles que estoy bien. Incluso estoy aprendiendo a nadar.

-Parece que lo tienes muy claro -Max estiró el brazo y le agarró la mano. Sólo fue un gesto. No pretendía nada, sólo mostrarle su apoyo, pero sólo con notar el roce de sus dedos, Sarah sintió que se le aceleraba el corazón.

Le dio la vuelta a la mano y observó las líneas.

-Tienes la línea de la vida muy larga y definida -le dijo recorriéndola con el dedo-. Y ésta, ¿ves esta línea ondulada? ¿Sabes lo que es?

Sarah negó con la cabeza porque era incapaz de hablar. Se alegró de estar sentada porque le temblaban las piernas.

-Es la línea del amor -se respondió él mismo-. Es larga y muy profunda, lo que quiere decir que tus sentimientos son muy fuertes y apasionados. Tienes mucho amor que dar y, cuando lo hagas, será para mucho tiempo. O estás enamorada o lo estarás pronto. ¿Puede ser?

Sarah se aclaró la garganta.

-La verdad es que no. Pero… ¿cómo sabes todo eso?

-Lo leí en un libro hace mucho tiempo. En realidad ya te he dicho todo lo que sé; no es mucho, pero hasta el momento nunca me he equivocado.

Sarah retiró la mano y cambió de tema.

-Supongo que la mayoría de los abogados matrimonialistas habrán tenido que pasar por su propio divorcio.

-Es cierto, pero ése no es mi caso. No tengo intención de casarme. ¿Por qué obligarme a pasar por esa tortura? Lo he visto de cerca y no quiero experimentarlo. ¿Y tú? ¿Tienes algún novio?

-¿Yo? -¿cómo habían vuelto a hablar de ella tan rápido?-. No, y tampoco lo busco.

-Pues justo cuando no se busca es cuando aparece. ¿Estás segura de que no hay ningún hombre en tu vida? Me resulta difícil de creer después de ver esa línea del amor.

-Yo no he dicho que no hubiera ningún hombre. Hay uno, se llama Secundino Robles. Puede que hayas oído hablar de él.

Max negó con la cabeza.

-¿No? Su familia es muy conocida por esta zona. Secundino ha hecho que no tenga ojos para nadie más porque nadie puede comparársele siquiera. Es alto y tiene los ojos azules. Nació en Santa Cruz y es el mejor jinete de todo el estado de California. Se hizo rico gracias a la minería y fue propietario de todas las tierras que hay desde aquí a la bahía de San Francisco -vio la confusión reflejada en el rostro de Max, pero continuó con la broma con una sonrisa en los labios-. Pero me temo que no fui la única mujer de su vida -suspiró fingiendo resignación-. Sin embargo, él fue mi gran amor.

-¿Fue?

-Sí, está muerto.

-Lo siento. ¿Cuándo murió?

-Pues… en 1890.

CAPÍTULO 6

En 1890? -repitió Max, boquiabierto-. ¿No crees que has tenido tiempo más que suficiente para superarlo?

-No es tan fácil como parece -dijo ella con un suspiro-, Si lo hubieras conocido, lo entenderías.

-¿Es que tú sí lo conociste?

-Creo que sí. Al menos, puedo decir que lo conozco mucho mejor que ninguna otra persona de este siglo. Escribí una disertación sobre los primeros pobladores españoles, así que he estudiado su vida bastante a fondo.

-Sabía que eras una verdadera romántica. Las líneas de tu mano no mentían.

-Puede ser. Pero también podría querer decir que me niego a afrontar la realidad, que es lo que dicen mis padres y mi tía, y también mi jefa. A Trudy le encanta la Historia, pero está felizmente casada con un hombre estupendo y tiene una vida al margen del trabajo. Siempre intenta encontrar alguien para mí, pero nadie podría compararse con Secundino, con su chaqueta de raso, sus pantalones de terciopelo y sus botas de piel hasta la rodilla

-Sarah miró al infinito con gesto soñador, como si pudiera oír a lo lejos el galope del caballo de don Secundino.

No sabía si Max la creería. Lo cierto era que no mentía del todo al decir que estaba enamorada del pasado, especialmente de aquellos héroes de capa y espada. No podría culpar a Max si pensaba que estaba completamente loca, pero al menos había conseguido despertar su interés. Seguía sentado frente a ella, bebiendo café, con la mirada clavada en ella y sin hacer el menor amago de marcharse. Era divertido contarle aquellas historias a alguien que nunca las había oído. Además, a Max se le daba bien escuchar.

-Yo jamás habría sobrevivido en aquella época -admitió él-. No sé montar a caballo ni disparar, y jamás me he puesto una chaqueta de raso.

-Sin embargo, en otros aspectos encajarías a la perfección. Tienes muchas cosas en común con los rancheros. La fiesta de ayer, por ejemplo. A ellos les habría encantado porque, al igual que tú, eran muy hospitalarios. Siempre estaban celebrando cosas y haciendo fiestas en las que los invitados bailaban hasta el amanecer. ¿No me digas que no te habría gustado?

-Yo nunca digo que no a una fiesta. ¿Y tú?

-La verdad es que no sé si yo habría encajado bien. En aquellas fiestas las mujeres se reunían para coser y charlar. También bailaban, claro, y me temo que yo no soy buena bailarina y tampoco se me da bien coser.

-Pero sí eres muy buena conversadora -añadió él.

Sarah sintió que se ruborizaba.

-No estaré hablando demasiado, ¿verdad? No sé qué me ha pasado. La culpa es tuya por fingir tanto interés.

-No estoy fingiendo -aseguró Max.

Sarah lo miró, pero intentó no fijarse en los músculos perfectos que se escondían bajo la camiseta negra

que llevaba. Trató de imaginárselo con un sombrero de ala ancha y una camisa de raso, pero no pudo; era lo bastante masculino para parecer un ranchero tal cual estaba. Una prueba más de que estaba completamente fuera de su alcance, así que más le valía dejar de soñar para no acabar desengañada, abandonada o deprimida. Lo mejor que podía hacer era alejarse de los hombres como él.

Si alguna vez encontraba un hombre con el que compartir su vida, sería otro ratón de biblioteca como ella. Nunca podría interesarse por alguien que se dedicaba a ayudar a los demás a divorciarse. Sus padres le habían enseñado que el divorcio era algo malo, que cuando uno se casaba debía tomarse en serio los votos. Comprendía que Max hubiera sentido la necesidad de ganar dinero después de sufrir una infancia tan dura, pero podría haber encontrado una profesión más respetable.

No, por el momento se conformaba con enamorarse de personajes históricos que nunca llegaría a conocer. Los hombres de su generación, los que conocía en las reuniones de la sociedad histórica, no le despertaban el menor interés a pesar de tener muchas cosas en común con ella. Simplemente, no le resultaban atractivos. Estaban vivos, sí, pero tampoco demasiado.

-Quizá encajara en la vida social -siguió diciendo Max-, pero no sé cómo me ganaría la vida, porque no creo que hubiera divorcios en aquella época.

-Pues sí que los había. A veces las mujeres conseguían llegar a acuerdos muy beneficiosos. Así que quizá sí tuvieras futuro. Por otra parte, los rancheros de entonces solían tomar lo que deseaban sin demasíados miramientos; daba igual que se tratara de una tierra o una mujer.

Max se inclinó hacia delante apoyando los codos en la mesa y frunciendo el ceño.

-¿Me estás diciendo que te habría gustado vivir en un lugar así, sin ley ni orden? Sarah negó con la cabeza.

-No habría podido sobrevivir. Los hombres eran muy duros, pero las mujeres lo eran aún más. Además de cocinar y de coser, tenían un hijo casi cada año y cuidaban del ganado junto a los hombres. Y luego estaban los ataques; California fue una tierra muy disputada entre mexicanos y estadounidenses. Con lo cobarde que soy, seguramente estoy mejor donde estoy, atrapada en el siglo XXI, con mi coche, mi trabajo y lejos de los osos salvajes.

-Y también de Secundino -añadió Max riéndose.

Ella suspiró con gesto dramático, pero sonriendo también.

-Así es, pero bueno, ya me he resignado. No puedo tenerlo todo. Eso sí, si no puedo tener a Secundino, no tendré a nadie -de hecho, era cierto que había aceptado la idea de que nunca hubiera un hombre en su vida. Ni matrimonio, ni hijos, ni divorcio. Nada por lo que llorar.

Max se puso en pie y se estiró, lo cual dejó al aire su estómago perfecto. Sarah se puso en pie también para dejar de mirarlo, pero no podía dejar de sentir el increíble magnetismo de su presencia masculina.

-Tu tía tiene una vida social de lo más ajetreada -comentó Max observando el calendario que tenía Mary en la pared de la cocina-. La admiro por seguir teniendo una vida tan activa a su edad.

-Sí, yo también -Sarah miró también el calendario-. ¡Dios, la ópera! Lo había olvidado. Me dejó dos entradas de palco para el viernes por la noche y me pidió que se las regalara a alguien o las utilizara. Yo… ¿te gustaría ir? Seguro que a Mary le encantaría que te las quedaras tú. Podrías invitar a algún cliente o dárselas a alguna pareja que esté a punto de romper; quizá la música de Strauss vuelva a unirlos.

-Eres muy ingenua -le dijo con una sonrisa en los labios-. Ojalá fuera tan sencillo. Es cierto que la música de Strauss es muy alegre, pero no creo que eso baste para solucionar los problemas de una pareja a punto de divorciarse.

-Además, si volvieran, tú te quedarías sin trabajo, ¿no?

-Espero que no creas que me gusta que la gente se separe -después de decir eso, Max apretó la mandíbula y se dio media vuelta para marcharse-. Buenas noches y gracias por la clase de Historia.

-Gracias a ti por la cena -dijo ella, repentinamente incómoda.

No debería haber hecho aquel comentario sobre su trabajo; no había pretendido juzgar su profesión ni tampoco darle una clase de Historia. Había hablado sin pensarlo y lo lamentaba porque, hasta ese momento, le había dado la sensación de que Max había estado pasándolo bien. Pero quizá sólo hubiera estado haciendo lo que le había pedido su tía.

-No quiero que pienses que tienes que quedarte despierto por mí,

voy a cerrar la puerta con cerrojo. Además, seguro que esta noche no me levanto.

-Si lo haces, ya sé lo que debo hacer -dijo mirándola fijamente.

Sarah se fijó en que había bajado la mirada hasta sus labios y la miraba como si fuera a besarla. ¿Le importaría que lo hiciera? No sólo no le importaba, sino que deseaba que lo hiciera. Quería sentir el roce de sus labios. Pero él no la besó.

Se marchó sólo unos segundos más tarde y Sarah se quedó allí de pie en la cocina, sola, y se dio cuenta de que no quería estar sola. Después abrió la mano y se miró las líneas que él había seguido con sus dedos. ¿Lo habría dicho en serio? ¿Realmente sabría algo sobre quiromancia o se lo habría inventado todo? Aún podía sentir la yema de sus dedos en la mano y podía oír sus palabras: «Tienes mucho amor que dar. O estás enamorada o lo estarás pronto».

No significaba nada. Max no sabía de lo que hablaba, no era más que un juego, sólo eso. Aunque había conseguido que lo creyera por un momento, porque deseaba creerlo. Se arrepentía de haber dicho lo que había dicho. ¿Qué podría hacer para arreglarlo? ¿Insistir en que se quedara con las entradas para la ópera? Sí, eso haría.

Esa noche ató un cordel alrededor de la cama y a la puerta y cuando despertó por la mañana el cordel seguía ahí. Respiró aliviada, porque eso significaba que había dormido plácidamente toda la noche. No la había despertado ninguna llamada de teléfono, ni había tenido ningún tipo de ataque. Lo cierto era que le extrañaba que sus padres no hubieran llamado para comprobar que estuviera bien. Quizá hubieran entendido la indirecta.

Esa mañana no había ruido de motosierras, sino de pájaros, y el olor a rosas y a jazmín flotaba en el aire. Hacía un día precioso.

Sarah se recogió el pelo como lo hacía siempre y volvió a mirarse al espejo. Le habían salido más pecas. De pronto se acordó de las elegantes invitadas de la fiesta y, sin pensárselo dos veces, entró al baño de su tía y sacó una completa selección de maquillaje que habrían envidiado muchas tiendas de cosmética. Lástima que Sarah no supiera pintarse. Aun así se puso un líquido beige para cubrirse las pecas y después un poco de color en las mejillas. También se pintó los ojos.

Unos minutos después comprobó el resultado en el espejo. Estaba ridicula. Parecía una muñeca pintarrajeada. ¿Qué hacía pintándose a las nueve de la mañana? ¿Para quién lo estaba haciendo y, lo que era más importante, por qué? Max no era más que un seductor, un hombre que no se tomaba en serio nada excepto su trabajo, un hombre que no tenía intención de casarse ni de tener una relación seria con una mujer.

Y aunque la tuviera, esa mujer no sería ella. Sarah no era su tipo de mujer y, además, tampoco ella estaba preparada para tener una relación. Y si lo estuviera, ¿quién querría casarse con ella cuando supiera que nunca podría enfrentarse al estrés de un embarazo?

Volvió a mirarse al espejo y se quitó el maquillaje rápidamente. Era una tonta.

Finalmente se preparó un té y salió a trabajar a la terraza haciendo un esfuerzo deliberado por no mirar a la casa de al lado. Max había dicho que trabajaba en casa, por lo que seguramente estaría dentro. Sin embargo ella, que se había acostumbrado a trabajar en un despacho sin ventanas, había sentido la imperiosa necesidad de salir al aire libre y sentir el sol y la brisa.

Al abrir el ordenador y el archivo en el que había estado trabajando, no consiguió recordar qué iba a decir sobre las misiones de California que no se hubiera dicho ya. Había perdido toda la concentración. Algo la había distraído profundamente y había hecho que olvidara su ética de trabajo.

En medio de aquel frondoso jardín recordó todo lo sucedido en los dos últimos días. Cuando se hartó de analizar cada movimiento y cada frase, se puso en pie, descartando la idea de fingir que no sentía el menor interés por el hombre de la casa de al lado, y fue hasta la valla que separaba ambos jardines. Todo estaba tranquilo al otro lado.

Tuvo tiempo de admirar las plantas, los árboles y la magnífica piscina en la que apenas se había fijado el día de la fiesta ni durante la clase de natación, pues en ambas ocasiones se había sentido demasiado nerviosa. ¡Qué vidas tan diferentes tenían! A Max le gustaba estar rodeado de gente, pero ella prefería la soledad. Él no tenía miedo a nada, algo que, por mucho que deseara, ella no conseguiría nunca. Él había tenido una infancia llena de discusiones y peleas, mientras que los padres de Sarah siempre estaban de acuerdo en todo. Sobre todo en cómo tratar a su única hija.

Miró hacia la casa esperando que Max no estuviera viéndola desde alguna ventana y descubriera así lo desesperada que estaba. Si salía, le diría que estaba regando las plantas, pero antes tendría que encontrar la regadera.

De pronto oyó la puerta de un coche. Sarah se sobresaltó tanto que olvidó su excusa. Sí, la regadera. Se alejó de la valla y echó mano del objeto.

Lo siguiente que oyó fue que alguien llamaba a la puerta de Max.

-Abre la puerta, Max. Soy yo, Lila -dijo una voz- ¿Dónde estás? Sé

que estás en casa -la mujer parecía nerviosa, impaciente.

Unos segundos después apareció en la parte trasera de la casa. Era una mujer alta, pelirroja e indudablemente atractiva, con la piel clara pero sin pecas, claro que quizá se las disimulara con maquillaje.
-¿Lo has visto? -le preguntó a Sarah nada más verla.
-¿A Max?

-No, a la reina de Inglaterra -replicó con duro sarcasmo-, Claro que a Max. Tengo que verlo urgentemente.

-No, no lo he visto. ¿Estás segura de que no está en casa?
-No está, a no ser que pretenda esconderse de mí. Pero, ¿por qué iba a hacer algo así? Soy una de sus mejores clientes y estoy a punto de encomendarle mi cuarto divorcio. ¿Y tú?
-le preguntó la mujer observándola detenidamente-, ¿Eres su clienta o sólo su vecina?

-¿Yo? La verdad es que no soy ninguna de las dos cosas. No vivo aquí, sólo estoy cuidando la casa. Y nunca he estado casada.

-Pues si alguna vez das el salto, te recomiendo a Max. Como abogado, claro. Al margen de eso, es todo un rompecorazones. Pregúntaselo a cualquiera. Supongo que es lógico; después de todo lo que habrá visto en su trabajo, nunca querría tener una relación seria. Max lleva una coraza protectora que no han conseguido abrir ni las más avezadas seductoras. No es que yo lo haya intentado, pero lo he oído. No conozco a ninguna mujer que no se haya enamorado de él. Sobre todo sus clientas; llegan a él heridas y vulnerables y él hace que se sientan mejor. Debo decir en su defensa que Max jamás da pie a nada ni se aprovecha de la situación; siempre deja las cosas muy claras, pero ellas se niegan a comprenderlo. Su regla de oro es no salir con clientas. La segunda regla es no llegar a nada serio con ninguna mujer, por muy atractiva que sea. Cuando alguna le pregunta por qué, él siempre responde lo mismo: si hubiera menos matrimonios, habría menos divorcios. Max jamás querría hacer pasar a nadie por el infierno que es un divorcio, y menos a sí mismo.

CAPÍTULO 7

SARAH miró a aquella mujer sin creer lo que estaba oyendo. Jamás podría imaginarse a sí misma diciéndole a nadie las cosas que la clienta de Max acababa de decirle. No parecía necesitar que nadie la animara a hablar; de hecho, daba la sensación de que ni siquiera le importaba que Sarah estuviera allí. No paraba de hablar ni un momento y el mensaje que le estaba transmitiendo era tremendamente triste. Aunque no era ninguna sorpresa que Max no tuviera el menor interés en casarse; él ya se lo había dejado muy claro.

-Como ya te he dicho -continuó diciendo la mujer-, si alguna vez te divorcias, que espero que no, Max es el mejor. ¿Dónde estaría yo sin él? Seguramente arruinada. Mis ex maridos no comprendían nada. Pero, ¿sabes una cosa que se le da aún mejor que los divorcios?

Sarah parpadeó varias veces antes de responder.

-No -dijo mientras se preguntaba qué opinaría Max si la oyera analizar de ese modo sus métodos y sus reglas de comportamiento.

-Los acuerdos prematrimoniales. Si alguna vez te casas… ¿Me permites que te dé un consejo? No te enamores de tu marido. No es que yo haya cometido tal error, por supuesto.

-Lo tendré en cuenta.

-Por cierto, me llamo Lila -dijo mirando la hora-, ¿Dónde habrá ido? No suele levantarse temprano.

Sarah se encogió de hombros, aunque lo cierto era que ella también sentía curiosidad por saber dónde estaría Max.

-¿Has intentado localizarlo en el teléfono móvil?

Lila asintió.

-No responde, pero le he dejado un mensaje. Creo que voy a esperarlo aquí -se sentó en una silla del jardín, estiró las piernas, se sacó un paquete de tabaco del bolso y encendió un cigarrillo.

Sarah se apartó el humo de la cara con la mano y volvió a mirar a la mujer. Parecía tan segura de sí misma y era tan guapa y rica… Aquella mujer lo tenía todo, incluyendo al mejor abogado matrimonialista que el dinero pudiera comprar. Lo tenía todo excepto amor. ¿Por qué no habría podido encontrar la felicidad junto a ningún hombre? Ése era el tipo de gente con la que Max trataba a diario. ¿Cómo podía soportarlo?

Sarah jamás podría aguantar tanto cinismo ni por todo el dinero del mundo.

-¿Qué fue mal? -preguntó Sarah dejándose llevar por la curiosidad, pero sabiendo que lo normal era que aquella mujer le dijera que no era asunto suyo.

Pero lo que hizo fue enarcar las cejas con sorpresa. Quizá se hubiera olvidado de que seguía allí.

-¿Mal? ¿Con mi último marido? -no parecía ofendida, ni siquiera extrañada por la pregunta-. Lo normal. Me engañó.

-Es horrible -debía de ser terrible descubrir que la persona en la que una confiaba la había traicionado.

-Sí.

Sarah se apartó de la valla. Ya había oído suficiente, más que suficiente. Todo aquello era demasiado sórdido.

-Buena suerte -dijo, a falta de algo mejor que decir.

Lila se despidió de ella con la mano y Sarah volvió a su ordenador. Pero no podía concentrarse, una y otra vez se encontraba con la mirada clavada en aquella valla, deseando que volviera Max y que hiciera algo con su cliente. Que le dijera que afrontara sus propios errores y no fuera tan ambiciosa.

Cuando por fin apareció se le hizo aún más difícil concentrarse mientras abogado y cliente hablaban. Sarah no sabía si Max podía verla, porque en ningún momento miró hacia donde ella estaba, pero ella sí lo veía y oyó todo lo que le dijo a Lila.

Lo primero que vio fue cómo aquella mujer se tiraba en sus brazos. La imagen le provocó una punzada de dolor, como si le hubieran clavado un puñal entre los omóplatos. No podía estar celosa, no tenía motivos para estarlo; Max no era nada suyo, ni siquiera su vecino. Pero el dolor no hizo más que aumentar cuando vio que él le daba unas palmaditas en el hombro y le decía:

-Todo va a salir bien -y después le preguntó lo mismo que le había preguntado Sarah-: ¿Qué ha pasado?

Lila rompió a llorar y Sarah no pudo comprender lo que decía hasta que Max se apartó de ella y le dijo:

-¿Qué?

-Sí, lo engañé. ¿Qué querías que hiciera, que me quedara en casa llorando mientras él se iba con otras mujeres?

-Lo que tenías que hacer era no darle ningún motivo para desconfiar de ti. Por el amor de Dios, Lila, ya has pasado por todo esto antes, conocías las reglas. Además, Norm es amigo mío, fui yo el que te lo presenté. No puedo representarte.

-Pues eso es precisamente lo que quiero que hagas.

-No, esta vez no.

Sin decir nada más, Lila le tiró una maceta a Max con planta y todo. Sarah tuvo que taparse la boca con la mano para no gritar. Max se agachó y el tiesto se estrelló contra la pared de la casa. Como no había podido darle, Lila comenzó a gritar.

-¡Cerdo, sinvergüenza! No volveré a confiar en ti y no pienso recomendarte a nadie. Hombres, sois todos iguales.

Unos segundos después salió del jardín y Sarah oyó el ruido que hicieron las ruedas de su coche derrapando mientras se alejaba.

Todo quedó en silencio. Sarah no se movió; tal vez, si no hacía ruido, Max no se diera cuenta de que estaba allí.

Pero entonces oyó su voz llamándola.

-¿Lo has oído?

-Me temo que sí -respondió ella. Se levantó de la silla y se acercó a la valla. Max tenía un aspecto inusualmente triste-. Así que así se gana la vida un abogado matrimonialista.

-Nadie dijo que fuera fácil.

-¿Qué se supone que debe hacer un abogado cuando conoce a las dos partes que se enfrentan?

-Se retira y deja que se encargue otro. Lo siento mucho por Norm, pero se lo advertí, le dije que Lila no era para él, pero estaba enamorado y no me hizo caso -Max meneó la cabeza con tristeza-. Ahora mismo vengo de verlo. Tenía un aspecto horrible, dice que no puede dormir ni comer y que la quería de verdad.

-¿Y tú no lo crees?

-Creo que creía que la quería -respondió categóricamente.

-Si no te dedicaras a esto…

-No viviría en una casa como ésta -miró a su alrededor, al magnífico jardín y a la piscina-. ¿Qué haría los fines de semana, jugar al golf? Qué aburrido. Eso no es para mí. Es cierto que de vez en cuando ocurren cosas como ésta, pero no puedo dejar que me afecte. Lo que realmente

me molesta es que mis clientes no hagan caso de mis consejos. No firman un acuerdo prematrimonial o no esperan a que estén firmados los papeles del divorcio para salir en busca del siguiente marido o de la siguiente mujer. No saben estar solos. Aunque me dedicara a otra cosa, no creería en el amor. ¿De qué sirve?

Sarah no tenía respuesta para eso. ¿De qué servía enamorarse? Nunca lo había hecho, por lo que no podía hablar por experiencia. Por lo poco que sabía, Max tenía razón; el amor no existía salvo en las canciones y en los cuentos.

-¿Realmente la engañó? -preguntó ella.

-El dice que no. Hasta que ella lo engañó a él.

-Qué horror.

-Puede que ahora comprendas por qué no quiero casarme nunca.

-Pero no todo el mundo es como ellos -aseguró Sarah sin saber muy bien por qué.

No podía culparlo por sentir lo que sentía hacia el matrimonio. Primero la terrible relación de sus padres, que no le había dado precisamente un buen ejemplo de lo que debía ser un matrimonio, y después sus clientes. Si todos eran como Lila, no era de extrañar que opinara así.

Max la miró detenidamente, sin decir nada durante varios minutos durante los que Sarah sintió cómo aumentaba la tensión. ¿Qué estaría pensando? ¿Estaba deprimido porque Lila y su marido fueran a divorciarse? ¿O porque no hubiesen seguido sus consejos? O quizá estuviese deprimido por el estado en el que se encontraba la institución del matrimonio en general.

Por fin habló:

-¿Sabes que eres una de las pocas mujeres que conozco que nunca han estado casadas ni se han divorciado?

-¿De verdad? No sé si es algo de lo que deba estar orgullosa o no.

-Claro que debes estarlo. Es una prueba de tu fuerza, de tu independencia y de tu capacidad para vivir por tus propios medios y disfrutar de tu soledad. Ni siquiera buscas pareja, no sales de bares ni miras los anuncios de contactos. ¿O sí lo haces?

Sarah se echó a reír.

-No. Pero no sé si todo eso que has dicho es merecido; a veces me aburro de estar sola y desearía… nada.

-¿Lo ves? Eres fuerte, tienes una vida propia y, lo mejor de todo, no estás enfadada ni amargada.

Sintió que se sonrojaba, aunque no estaba del todo segura de que realmente fuera un cumplido teniendo en cuenta el ambiente en el que se movía él. Si su idea de lo que era una mujer era alguien como Lila, desde luego ella era un bicho raro. Pero, para ser sincera, ella no había rechazado a muchos hombres; era fácil ser soltera e independiente cuando no se tenía otra opción.

-Por cierto -dijo entonces, tratando de parecer relajada-. ¿Quieres esas entradas para la ópera?

-Sólo una.

-¿Vas a ir solo?

-No, me gustaría ir contigo. ¿No crees que eso es lo que tu tía quería?

-Supongo que sí. Muy bien -Sarah se sentía contenta, pero también preocupada. No era una cita, así que no había motivo para ponerse nerviosa.

-Ahora, ve a ponerte el bañador -le pidió Max con total normalidad.

¿Por qué iba a estar preocupado él? Sólo tenía que ponerse un traje y disfrutar de una noche de ópera sin más. Porque eso era, una oportunidad para escuchar buena música desde los mejores asientos del teatro.

Sarah titubeó unos segundos. ¿Cambiaría su opinión de ella si le decía que quería dejar las clases de natación? Sí, claro que cambiaría. Pero, ¿cómo iba a concentrarse en nadar teniendo tan cerca el cuerpo medio desnudo de su profesor? Quizá esa vez no tuviera que agarrarla tanto, quizá se limitara a quedarse en un extremo de la piscina para que ella nadara hasta él.

Finalmente respondió con un suspiro de resignación.

-Está bien.

Max la vio alejarse apoyado en la valla y con el ceño fruncido. No podía quitarse de la cabeza la imagen del rostro de Lila, descompuesto por la rabia, ni la imagen del pobre Norm, que se había enamorado de ella a pesar de todos sus consejos.

No pudo evitar preguntarse qué hacía trabajando para unas personas que eran incapaces de manejar sus propias vidas. ¿No estaría contribuyendo sin saberlo a esa manera de vivir? Porque él conseguía que divorciarse y volver a casarse fuera algo fácil. Sus clientes sólo tenían que darle una buena cantidad de dinero y se acababan todos sus problemas. Todos excepto el vacío que quedaba en sus vidas entre un matrimonio y otro, un vacío que intentaban llenar sustituyendo a una persona por otra.

Se frotó la frente con la mano con la esperanza de que eso mitigara el dolor de cabeza que tenía. No era la primera vez que le asqueaba el comportamiento de sus clientes, pero sí era la primera que le preocupaba estar incentivando dicho comportamiento.

Miró a la casa de al lado y pensó en lo diferente que era la mujer que acababa de entrar allí. El había aceptado la invitación a la ópera, pero no sólo porque quisiera escuchar la obra, también lo había hecho porque estaba deseando ver a Sarah arreglada.

¿Qué tenía aquella mujer flaca y estudiosa que había despertado tanto interés en él? Era tal su interés que esa noche había soñado con ella. No iba a decírselo porque no tenía ninguna importancia y seguramente haría que se sintiese avergonzada. Se ruborizaría y miraría a otro lado. Claro, lo que despertaba su interés era el contraste que había entre Sarah y las mujeres como Lila.

Max sonrió al recordar el sueño. Era una locura. Se había visto a sí mismo vestido con una chaqueta de raso y montando a caballo por las colinas de California.

Sarah lo esperaba detrás de las cortinas de una casa de adobe, con el camisón blanco que había llevado la primera noche y el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Era ella. Estaba completamente seguro de que era ella.

El se detenía frente a la casa, en mitad de la noche, ella salía a toda prisa y se subía al caballo junto a él. Después se alejaban galopando. Sentado detrás de ella a lomos del caballo, Max la agarraba con fuerza mientras sentía el aroma embriagador de su pelo. Había sentido incluso la respuesta de su cuerpo ante la proximidad de Sarah.

Sabía perfectamente qué era lo que había provocado aquel sueño. Sin duda había sido todo lo que Sarah le había contado sobre la historia de California; lo había relatado con tanta pasión que también a él le había resultado interesante.

Sentía la tentación de contárselo porque sabía que le gustaría saber el efecto que había tenido en él el relato, pero no iba a hacerlo. Aquel sueño no cambiaba nada, sólo aumentaba su deseo de conocerla mejor.

Bien era cierto que la había besado aquella primera noche y que había soñado con ella, pero Sarah ignoraba ambas cosas e iba a seguir haciéndolo. Ella era la persona ideal para alegrarle el verano porque era completamente diferente a sus clientes, sobre todo a Lila..

Sarah no se tomaría en serio lo que pudiera pasar entre ellos. No buscaba pareja; en realidad no buscaba nada excepto seguir investigando en la historia de California. Eso era lo único que se tomaba en serio, su trabajo. Igual que él. Pero tenía la impresión de que el trabajo de Sarah era mucho más satisfactorio que el suyo. Un pensamiento muy peligroso para un hombre que dependía de sus ingresos profesionales para mantener un ritmo de vida que quería conservar. Después de cinco años trabajando en eso, si quisiese dedicarse a otra cosa, tendría que empezar de cero.

Sarah se puso el bañador mientras se repetía una y otra vez que no debía desaprovechar la oportunidad de aprender a nadar y ser como cualquier otra mujer que dejaba a un lado el trabajo y pasaba el verano en compañía de algún hombre.

Entonces pensó en la ópera. En lugar de ir sola o con algún compañero de trabajo, lo haría junto a un hombre verdaderamente guapo que parecía sentir cierto interés por ella. Y no sólo por su inteligencia, también por su cuerpo.

Seguramente era un poco tarde para la transformación. Debería haber empezado mucho antes, en el instituto, como hacían la mayoría de las adolescentes, pero así era su vida. Si su madre no le hubiese dicho por teléfono que no podía nadar, Sarah no se habría empeñado tanto en aprender. Eso era todo, no era más que una cuestión práctica. Nada que ver con Max.

Debía admitir que, si volviese a ser la Sarah sensata de siempre, se alejaría de él. Insistiría para que se quedara con las dos entradas de la ópera. Era el hombre más sexy que había conocido en toda su vida y eso la asustaba. Era como si la hubiese hechizado con sus ojos grises y esos brazos fuertes que la habían rodeado y levantado del suelo sin el menor esfuerzo. Sólo con tenerlo al otro lado de la valla sentía que le temblaban las rodillas y la cabeza le daba vueltas.

El problema era que el atractivo de Max no era sólo físico; también era cariñoso, amable y divertido. Había confiado en ella, le había hablado de su trabajo y de su familia y eso había hecho que Sarah tuviera la sensación de conocerlo bien, pero en realidad no era así. En realidad apenas lo conocía.

Lo mejor de todo era que parecía sentir interés por la Historia, algo muy poco habitual, casi extraordinario. Mucha gente fingía sentir interés, pero Sarah veía sus miradas aburridas y su deseo por largarse cuanto antes. Incluso sus padres estaban cansados de escuchar la historia de California.

La unión de la personalidad y el atractivo físico de Max conformaban un hombre al que resultaba muy difícil resistirse. Lo único que Sarah tenía que hacer para no caer rendida a sus pies era recordar quiénes eran cada uno. Él era su vecino, pero sólo lo sería durante una semana, después seguiría siendo un cínico abogado matrimonialista a cuyo corazón no conseguía llegar ninguna mujer. Muchas lo habrían intentado, pero ella debía recordar que, por muy atraída que se sintiese hacia él, nunca podría ser más que un amigo. Lo cual era perfecto. Eso era lo único que quería.

Al menos eso fue lo que se dijo a sí misma cuando estaba a punto de salir por la puerta con la toalla en la mano. Entonces sonó el teléfono.

Sarah dudó unos segundos. Si era su madre, no quería hablar con ella, no quería oír sus advertencias. Así que se quedó allí de pie y esperó a que saltara el contestadór. Era Trudy, su jefa, por lo que corrió a levantar el auricular.
-Sarah, siento molestarte un domingo.
-¿Qué ocurre, Trudy? Tienes una voz muy rara.
-No sé… me siento fatal. No sé si es la gripe. Quería saber si podrías sustituirme en la excursión que tengo mañana con los niños de primaria. No quería pedírtelo porque sé que te has tomado la semana libre.
-No, no estoy de vacaciones. Estoy trabajando.
-Es verdad, lo había olvidado.
-No te preocupes, te sustituiré encantada. ¿A qué hora y dónde tengo que estar?
Sarah anotó todos los datos.

-El traje está en el armario y los profesores estarán allí con los niños, así que no tendrás ningún problema para controlarlos. No sabes cuánto te lo agradezco, Sarah. Te debo una.
-No seas tonta. No me cuesta nada. ¿No crees que deberías ir al médico? Al oírla respirar tuvo la sensación de que estaba llorando.
-No, estoy bien. Sólo necesito… bueno, tengo que dejarte.
-Cuídate.
Sarah colgó el teléfono frunciendo el ceño. No era propio de Trudy derrumbarse de ese modo, sólo esperaba que no fuera nada importante.

-Siento haber tardado tanto -dijo cuando por fin salió al jardín.
Encontró a Max sacando hojas de la piscina, pero se detuvo al oírla llegar y la miró detenidamente. ¿Por qué? Ya la había visto antes en bañador. No entendía por qué sonreía de ese modo, estaba más que acostumbrado a ver mujeres mucho más guapas y exuberantes que ella. Aun así, Sarah sintió cómo su cuerpo reaccionaba a la atenta mirada.
-¿Qué pasa? -le preguntó con cierta incomodidad-. ¿Es que me he puesto el bañador del revés?

-No -murmuró él-. Me parece que te estás poniendo morena -dejó de recoger hojas y se acercó a ella-. Aquí -dijo poniéndole una mano en la mejilla y luego en el hombro-, Y aquí.
Allí donde la tocaba su piel empezaba a arder, y no por el sol precisamente. Quizá se hubiese equivocado. No podía recibir clases de natación de un hombre como Max, tenía que marcharse cuanto antes. Pero al mirarlo a los ojos tuvo que admitir que estaba atrapada y que no iría a ninguna parte. No mientras siguiera tratándola como si fuese

una mujer capaz de despertar el deseo de un hombre.
-Pues… esta vez me he puesto crema protectora -dijo tartamudeando-. Así que espero no quemarme.
¿Quemarse? Estaba a punto de arder por culpa del roce de su mano. Necesitaba alejarse, así se metió en el agua por el lado que no cubría. Él se lanzó por el otro extremo y fue nadando hasta ella.
-¿Alguna vez podré nadar así? -le preguntó cuando volvió a tenerlo cerca.

-Claro. Te lo garantizo y, si no es así, te devuelvo tu dinero. Pero para eso tendrás que quedarte el tiempo suficiente.

-Sólo tengo una semana.

-Después puedes venir de vez en cuando, ¿no te parece? No creo que a tu tía le importe.
-No lo había pensado.
-Pues piénsalo.
En el momento en que empezaron la clase, Sarah no pudo pensar en nada. Sentía sus manos por todas partes, bajo los brazos, alrededor de la cintura, sujetándole la cabeza. El agua estaba templada, por lo que resultaba muy agradable estar sumergida. Incluso metió la cabeza sin tragar ni una gota. Sonrió y se rió al ver las muecas de Max debajo del agua. Se sentía como una tonta, como una niña que se bañaba en una piscina por primera vez.
Siguió sintiéndose así hasta que él se puso de pie frente a ella con las manos en sus hombros y mirándola a los ojos.

-Eres increíble -le dijo-. La mejor alumna que he tenido.
Automáticamente dejó de sentirse como una niña. Era una mujer hecha y derecha, una mujer que corría el peligro de enamorarse de su profesor de natación. Una mujer sin defensas con las que protegerse de tan masculinos encantos.
Las palabras de Lila retumbaban en su mente una y otra vez. No podía perder la cabeza por un hombre al que jamás podría tener. Se sentía atrapada en una red de la que no podía escapar.
-Ya -se limitó a decir.
El sonrió. Después se acercó un poco más y la besó suavemente en los labios. Sarah sintió que le temblaban las rodillas y las manos. Cuando quiso darse cuenta, ya había pasado.
¿Qué podía hacer? ¿Besarlo? ¿Salir corriendo? ¿Fingir que no había pasado? ¿Cómo iba a hacerlo? Podía soltarse de él y dejarse hundir.

Max podría salvarla de ahogarse, pero no de perder la cabeza por él. ¿Y si se estaba enamorando de él? Ya le habían advertido: aquel hombre huía de todas las mujeres que se enamoraban de él. ¿Quién la salvaría entonces?

CAPÍTULO 8

SARAH respiró hondo e hizo un esfuerzo por pensar de manera racional. Cuando estuvo segura de su autocontrol, no dijo nada del beso, prefirió volver a lo que Max había dicho.

-Espera un momento, soy la única alumna que has tenido, ¿no es cierto?

-Bueno, sí. El secreto de tu éxito es que te has relajado -le dijo él-. El primer día estabas muy nerviosa.

-Sigo estándolo ahora -admitió ella, que sentía miles de mariposas revoloteándole en el estómago. Pero no era la clase de natación lo que la tenía tan nerviosa, era él-. Es como si estuviera viviendo la adolescencia ahora, después de tantos años. He pasado todos los veranos de mi vida metida en casa; oía a los otros niños jugando fuera, pero nunca podía salir por si sufría un ataque de asma.

-Pobre -dijo acariciándole la mejilla.

No, no, no debería haber hecho eso. Aquel gesto no hacía más que acelerarle el corazón, no podía ser. Sarah se mordió el labio inferior.

-Pero estoy recuperando el tiempo perdido. Lo estoy pasando muy bien -dijo con total sinceridad, esperando que pudieran así recuperar el tono normal de la conversación.

Pero no fue así.

-Yo también -susurró Max con una enorme sonrisa en los labios.

Una sonrisa que brillaba más que el sol y que hizo que también ella sonriera. Allí estaban los dos, con el agua por la cintura y sonriendo como dos tontos. Esa vez Sarah no se sorprendió cuando Max la besó. Esperaba y deseaba que lo hiciera.

Su boca sabía a sol y brisa fresca, a todos esos veranos al aire libre que ella se había perdido. No la habían besado muchas veces, casi nunca en realidad, pero sabía que aquel beso era diferente a cualquier otro, un beso cargado de promesas. Un beso que la dejó sin aliento y llena de deseo.

¿Qué era lo que prometía? Nada, se dijo a sí misma con firmeza, obligándose a ser realista. Se dio media vuelta y salió de la piscina. Quizá fuese algo brusco después de haberse besado, pero no quería darle más importancia de la que tenía. Sabía que para Max aquel beso no significaba nada. Sin embargo, para ella era algo increíble, algo con lo que soñaría.

-¿Dónde vas? -le preguntó él, que parecía confundido.
Sarah no se dio media vuelta.
-A secarme. Ha estado genial -sintió que le ardían las mejillas-. La clase, quiero decir.

-Ya lo sabía -respondió enseguida, con una voz que denotaba que estaba sonriendo-, ¿Hasta mañana entonces?

Ahora sí se volvió a mirarlo. Seguía en la piscina, con el cabello mojado y con un aspecto tan sexy que Sarah sintió ganas de volver al agua y besarlo. Pero no tenía la menor experiencia en aquel campo y Max lo notaría en cuanto intentara dar el primer paso. Así pues, sería mejor dejar que fuera él el que la besara cuando quisiera, Sarah se limitaría a disfrutar de ello.
-Seguiremos donde lo hemos dejado -dijo él con una traviesa sonrisa. Sarah se envolvió en la toalla.
-Me refiero a la clase -matizó él.

-Ya lo sabía -respondió ella antes de dirigirse a la puerta-. Espera un momento, creo que no voy a tener tiempo para la clase. Mañana tengo que llevar a un grupo de niños a hacer una visita al viejo almacén de Woodside.

-¿El que está en la esquina de Tripp Road? Siempre he tenido curiosidad por saber qué era. ¿Se puede entrar?

-Si estás en quinto y te lleva tu profesor, sí.

-Me temo que eso es un poco difícil -bromeó él-, ¿Y si conozco a la guía de la visita? ¿Eso no sirve?
-Pues…
-Olvídalo, no pinto nada allí.

Sarah sonrió al imaginar a aquel bombón de más de metro ochenta rodeado de niños inquietos mientras ella explicaba cómo era la vida en el siglo xix vestida con un traje de la época. ¿Se fijarían en él los demás? Claro, ¿quién podría no hacerlo? ¿La distraería su presencia allí? Claro, ¿cómo no iba a hacerlo? ¿Por qué quería ir?

-No es eso.

-¿Qué es entonces? Ha sido tú la que has despertado mi interés por la historia de California. Es una buena oportunidad para aprender más cosas y ver cómo era todo. Porque ese almacén es de verdad, ¿no?

-Tuvieron que arreglar la estructura de madera, pero ayuda a hacerse a la idea de cómo era la vida de la gente normal en aquella época. Si quieres venir, puedes hacerlo, pero no creo que…

-¿A qué hora?
-La visita es a las diez. Yo había pensado salir de aquí a eso de las nueve para tener tiempo de ponerme el traje y practicar el discurso.

-¿Un traje y un discurso? Esto cada vez promete más.

-Es una cosa muy simple. Los niños están acostumbrados a la televisión y los videojuegos, así que tenemos que intentar que sea interesante, pero es muy duro competir con la tecnología. No quiero que creas que es un espectáculo; soy sólo yo con el decorado, no hay efectos especiales, ni caballos ni nada.

-Qué lástima -dijo Max-, De todas maneras, quiero ir. Me quedaré en un rincón y no diré una palabra. Sólo quiero ver el almacén y lo que haces para ganarte la vida.

Sarah no parecía muy convencida, parecía sobre todo sorprendida por su entusiasmo. Pero si a ella le sorprendía, más le había sorprendido a él. ¿De verdad era la historia de California lo que le interesaba? ¿No sería ella, una mujer que no se parecía a ninguna otra?

Después de que ella se marchara, Max se quedó nadando un poco para quemar algo de energía y pensar en lo sucedido. No sabía qué le había pasado. Quizá fuera el contraste entre Lila y Sarah lo que había hecho que Sarah pareciera tan inocente y encantadora y lo que lo había impulsado a besarla dos veces. Lo único que sabía con seguridad era que no debía volver a ocurrir.

Sarah no había sabido cómo reaccionar ante la situación y lo cierto era que él tampoco. Le gustaba que fuera su vecina, aunque sólo fuera durante una semana. Le gustaba tenerla como amiga; era tan sincera y tan encantadora… El entusiasmo que sentía por su trabajo resultaba contagioso.

Pero si quería que siguiera siendo su amiga, no podía volver a besarla, por muy suaves y tentadores que le resultaran sus labios. Aquella visita al viejo almacén no tendría ningún peligro siempre y cuando estuvieran rodeados de una multitud de niños. Tampoco estaba mal que fuera con ella a la ópera; allí no podría besarla por mucho que lo deseara porque habría mucha gente a su alrededor. Ésa era la clave, evitar situaciones en las que estuvieran a solas.

¿Significaba eso que debían dejar las clases de natación? De eso nada. Ya estaba deseando que llegara la siguiente clase, era la excusa perfecta para estar cerca de ella y abrazarla sin que se asustara. Sabía que era tímida, por lo que debía tener cuidado. No quería cambiarla, le gustaba que fuera tan inocente, tan natural. No quería que se convirtiera en una de esas duras divorciadas con las que tenía que tratar a diario. Desde luego, no había posibilidades de que eso sucediera porque Sarah estaba casada con su trabajo y, como ella misma había dicho, ningún hombre podría competir con ese héroe suyo.

Amigos. Serían amigos, nada más. Y nada menos. Max tenía algunas

amigas, la mayoría de ellas eran dientas a las que había representado en sus divorcios, pero cuando las cosas no salían como ellas querían, la amistad llegaba a su fin. No le sorprendía que fueran tan codiciosas, pero siempre suponía una decepción.

Sarah y él, sin embargo, podrían ser verdaderos amigos, siempre y cuando Max consiguiera controlar su libido. Lo cual no debería serle difícil.

Sentado junto a ella en el coche camino del almacén de Woodside, Max no podía dejar de pensar lo encantadora que estaba con aquellos pantalones de verano, aquel suéter blanco y aquellas sandalias. Habría deseado ponerle la mano en el muslo mientras conducía, pero no lo hizo. Habría querido apartarle el pelo de la cara, pero no lo hizo. Se limitó a ofrecerle que practicara su discurso con él.

Parecía algo inquieta y no paraba de mirar sus notas mientras hablaba. Max se preguntó si realmente estaría nerviosa por el discurso, pues le resultaba extraño que no estuviese preparada y ansiosa por compartir todo lo que sabía con aquellos niños.

Una vez en el almacén, volvió a ser la misma Sarah tranquila y segura de sí misma de siempre. Le enseñó el viejo edificio de madera con olor a humedad.

-Este almacén servía para varios usos. Aquí estaba la tienda del pueblo, la oficina de correos y la consulta del dentista, el doctor Tripp; así que podías venir a quitarte una muela, comprar harina y, si eras buscador de oro, un pico y una pala y despés recoger las cartas que te mandaban tus familiares del este.

-Un multiservicios -comentó Max.

-Exacto. Tripp y sus socios del aserradero eran de Massachussets, pero vinieron a California a hacer fortuna. Como muchos otros, Levi Strauss, Leland Stand, Ford y otros que vinieron en busca de oro, pero ganaron más vendiendo sus productos a los mineros de lo que ganaban muchos de esos mineros. La fiebre del oro provocó que en San Francisco hubiera una enorme demanda de material de construcción, por lo que los empresarios como Tripp se encargaron de llevar los troncos por el río hasta la ciudad.

-Ese Tripp servía para todo, lo mismo sacaba muelas que transportaba madera -dijo Max.

-Así es. En aquella época uno tenía que hacerlo todo -echó un vistazo a su reloj-. Voy a ponerme el traje antes de que lleguen los niños.

Si le había resultado difícil controlarse en el coche, más le resultó cuando la vio con aquel vestido que se le ajustaba al cuerpo como un

guante. Era largo y sin escote, pero la tela de flores le marcaba la cintura y los pechos. Max no pudo evitar observar aquellos pechos pequeños y perfectos.

-Este vestido no me vale. No puedo respirar -dijo, ruborizada y nerviosa-. Y ni siquiera me he abrochado los botones aún.

-Yo creo que te queda muy bien -opinó él tratando de ocultar su lujuriosa sonrisa-. Deja que te ayude.

Antes de que ella pudiera protestar, Max se colocó a su espalda y le abrochó el vestido con dedos temblorosos, como si fuera un adolescente en su primera cita. Se fijó en que no llevaba sujetador, aunque antes sí lo había llevado con su ropa normal.

-¿Qué tal ahora? -le preguntó dándole la vuelta para mirarla.

-Bien -dijo ella casi sin aliento.

Max dio un paso atrás para admirar el vestido y, sobre todo, a la mujer que lo llevaba. El cabello le colgaba en mechones alrededor del rostro, tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Si hubieran estado en 1847 y él hubiera sido un leñador que acudía a la tienda en busca de provisiones, habría intentado llevársela también a ella. Pero también lo habrían intentado el resto de hombres de la ciudad y a Max le habría resultado difícil competir con los aguerridos comerciantes y buscadores de oro. Aunque sin duda lo habría intentado.

-¿Ese vestido es auténtico? -le preguntó aprovechando la oportunidad para observarla detenidamente, pero sólo por puro interés histórico.

-No es antiguo, pero se hizo siguiendo las ilustraciones que tenemos de la época. Aunque es evidente que está hecho para una mujer más pequeña que yo.

-Yo creo que te está perfecto. Y… ¿las mujeres de entonces llevaban ropa interior? Sus mejillas ya sonrojadas adquirieron un color púrpura.

-Claro. Llevaban corsés y… ¿por qué lo preguntas? Ya entiendo, porque yo no llevo. ¿Se nota? -cruzó los brazos sobre el pecho.

-No, es que cuando te estaba abrochando no he podido evitar fijarme en que no… no llevabas nada. Pero por delante no se nota -mintió y, con gran esfuerzo, trató de mirarla a la cara y no dejó que sus ojos bajaran más del cuello para no hacer que se sintiera incómoda. Pero cuanto más lo intentaba, más deseaba mirarle los pechos.

-Supongo que estará mejor si me pongo el sombrero -echó mano a un estante lleno de latas de judías y bolsas de azúcar del que bajó un polvoriento sombrero que se puso en la cabeza-. No te rías -dijo apartándose el velo para poder verlo.

-No me he reído -aseguró él-. Te queda muy bien, de verdad.

En ese momento aparcó frente al edificio un autobús amarillo del que bajaron treinta niños, dos profesores y algunos padres y madres que no tardaron en entrar. Max se quedó impresionado por la maestría con la que Sarah los manejaba a todos ellos; su nerviosismo desapareció de inmediato y se hizo con los mandos de la situación sin el menor esfuerzo. Hablaba con tal naturalidad y entusiasmo que atrapó la atención de niños y mayores por igual.

Desde un rincón del almacén, apoyado en los estantes cubiertos de polvo, Max observó con verdadera admiración cómo Sarah se convertía en una mujer de otra época. No era sólo el traje y el sombrero, también su voz y su modo de moverse contribuían a la transformación. Con sus palabras conseguía que la historia cobrara vida. Era increíble. Y él no era el único hipnotizado por el relato.

Los niños que la rodeaban le hicieron mil y una preguntas a las que ella respondió con paciencia y buen humor. Parecía realmente interesada en lo que le preguntaban, por tonto que fuera.

-¿Vendían caramelos en la tienda?

-¿Los niños tenían que ir a la escuela?

-¿Todo el mundo tenía caballo?

-¿Cuánto costaban los sellos?

-¿Está casada?

Esa última pregunta la hizo sonrojar y bajar la mirada a las botas de época que llevaba. Después cambió de tema con elegancia.

Se metió de lleno en la historia de algunos de los personajes del pueblo, como el capitán John Greer, que había explorado a fondo la bahía de San Francisco, o Juana Briones, la mujer más famosa de su tiempo. Los niños habían oído su nombre porque había una escuela que se llamaba como ella, pero no sabían por qué era famosa.

Habló también de los hombres y mujeres que habían cruzado todo el país en busca de una nueva vida y contó divertidas historias sobre los propietarios y los clientes del almacén.

El relato llegó a su fin y los niños le dijeron al unísono:

-Gracias, señorita Jennings -y salieron del viejo edificio para comer al sol.

Sarah lanzó un suspiro de alivio en el momento en que Max cerró la puerta detrás del último niño. Después se acercó a ella y le quitó aquel enorme sombrero. Sus dedos le rozaron la mejilla y Sarah sintió que volvía a sonrojarse. Entonces la abrazó. Sarah miró por la ventana con nerviosismo para comprobar que los niños no podían verlo.

-Lo has hecho genial -le dijo mirándola con ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

Ella también estaba satisfecha con cómo había ido todo. Satisfecha

y aliviada. Sintió el deseo de rodearlo con sus brazos y bailar con él por aquel viejo almacén, como había hecho Juana Briones, pero Sarah no se parecía en nada a la valiente pionera. Ella no era más que una sobria y estudiosa historiadora.

Así que, en lugar de ponerse a bailar, se retiró a cambiarse de ropa. Cuando salió vestida con su propia ropa y pudiendo respirar con normalidad, Max la esperaba al sol.

-Estabas muy convincente como mujer de la frontera -le dijo-. Parecías de otra época. Te has metido en el papel y a los niños les ha encantado.

-¿De verdad? -le preguntó con alegría. Max hacía que se sintiera como una estrella de Broadway cuando lo único que había hecho había sido contar aquellas historias que tanto la apasionaban-. ¿Sabes? He dado charlas muchas otras veces, pero nunca aquí y nunca a un grupo de niños, y la verdad es que estaba nerviosa. He visto cómo lo hace Trudy y me daba miedo no estar a la altura.

-Es imposible que lo haga mejor que tú. Ya has oído todas las preguntas de los niños, estaban realmente interesados. Puede que hayas servido de fuente de inspiración a varios futuros historiadores.

-Sería estupendo, pero me conformo con que haya servido para que se hagan a la idea de lo dura que era la vida en aquellos tiempos y lo fácil que es ahora.

-Bueno, ¿y ahora qué? -preguntó Max-, Los niños han traído bolsas de picnic, pero nosotros no. ¿Qué te parece si hacemos un picnic junto a la bahía, por donde pasaban los troncos camino de San Francisco? Sólo por amor a la Historia, por supuesto. Todavía no estoy preparado para volver al siglo xxi. Podríamos comer pan de masa fermentada como hacían los mineros.

Sarah estaba eufórica. Había hecho bien su trabajo, lo habría sabido aun sin las alabanzas de Max, y no quería volver a casa a sentarse frente al ordenador.

-¿Sabes que había granjas lecheras en las colinas? Así que podríamos comprar queso y comer como lo hacían ellos.

-Y vino. También tenían vino, ¿verdad?

-Claro. También tenían ganado, podemos comer algo de pollo o de cerdo.

-Pero, ¿no tendríamos que criar antes al animal? -preguntó él.

Sarah frunció el ceño.

-Bueno, si queremos ser fieles a la historia…

-Era broma. Vamos a la tienda y veamos qué tienen. La lección de Historia me ha abierto el apetito.

-¿Estás seguro de que no tienes que trabajar? -se le pasó por la cabeza que estaba pasando mucho tiempo con ella. ¿Tan interesado estaba en la Historia, o…? ¿Por qué iba a estar interesado en ella a menos que creyera que se lo debía a su tía?

Ella no era su tipo y lo sabía. Se había tomado muy en serio las advertencias de Lila. No le importaba que Max no buscara una relación seria, tampoco ella iba en busca de amor, sólo de un poco de diversión que le alegrara la vida. El problema era que no sabía cómo se coqueteaba. Pero él sí. Quizá eso fuera suficiente.

-Tengo que preguntarte algo -anunció ella de camino al coche.

Max se detuvo y la miró. Sarah tomó aire y se dispuso a hablar. Tenía que saberlo, aunque supiera que corría el riesgo de que respondiera que sí.

-¿Estás siendo amable conmigo porque se lo debes a mi tía?

CAPÍTULO 9

POR supuesto que no -respondió Max de inmediato.
-Pero ella te ha hecho muchos favores, ¿verdad?

-Sí, no sé qué habría hecho sin ella al principio. Siempre que tenía que venir alguien a instalar algo, era ella la que les abría la puerta. Me ha hecho cientos de favores. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

-Porque si estás haciendo todo esto sólo porque…

-¿Te refieres a estar contigo, hacer el tonto en la piscina y compartir las sobras de la fiesta?

-Y venir aquí conmigo -añadió ella-. Si es así, no tienes por qué hacerlo. Ya has cumplido con tu obligación.

-¿Tú crees? -dijo Max con gesto dubitativo-. Tendré que consultarlo con tu tía, pero como no está, me temo que tendrás que seguir aguantándome -diciendo eso le abrió la puerta del coche y luego se metió él también-. Quizá yo también deba preguntarte algo

-murmuró unos segundos después, mientras sacaba el coche del aparcamiento-, ¿Me ofreciste la entrada de la ópera sólo porque tu tía te pidió que fueras amable conmigo, o realmente quieres ir conmigo?

-Las dos cosas -dijo sin pensarlo.

-Muy bien, aquí van unas cuantas preguntas más.¿Estás cansada de que te distraiga del trabajo? ¿Preferirías que no llamara a tu puerta cada dos por tres o que no hubiera venido aquí contigo? Puedes decirlo, no me ofenderé. Si es así, lo superaré, no sería la primera vez.

-No te creo. No creo que nadie te haya dicho nunca que está harto de ti y menos una mujer.

Max la miró sin comprender.

-¿Por qué dices eso? Espero que no hablaras con Lila, porque tiene una visión un tanto distorsionada de mí.

-No se puede decir que hablara con ella, aunque ella desde luego sí que habló conmigo.

-Sobre mí -dijo él con tristeza.

-Pues sí -admitió Sarah, que empezaba a arrepentirse de haber empezado aquella conversación-. Pero no tienes por qué preocuparte, no era nada personal -vaya mentira. Claro que era personal-. Sabes

mucho más tú de mí que yo de ti.
-¿Te refieres a lo que vi al leerte la palma de la mano?
Sarah lo miró de reojo y le alivió ver que estaba sonriendo.

-Fue toda una demostración de tu talento. No tenía la menor idea de que mi vida entera estuviera reflejada en mi mano.

-Escucha, Sarah -le dijo entonces, repentinamente serio-. No sé qué te dijo Lila de mí, pero yo no soy de los que se queda en un sitio cuando le han dejado claro que no lo quieren allí. ¿Tan difícil te resulta comprender que no necesito una excusa para querer estar contigo? Claro que le debo mucho a tu tía, pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

Sarah parpadeó varias veces después de oír aquello. «¿Nosotros?» No había ningún «nosotros».

-Imagina que eres mi vecina -continuó diciendo Max-. Supongamos que no te debo nada ni tú a mí. Me gustas y lo paso bien contigo. ¿Y tú? -la miró sólo un momento.

-¿Yo?

Sarah no estaba acostumbrada a hablar de sí misma y mucho menos a que alguien la mirara como lo hacía Max, como lo había hecho cuando la había visto embutida en ese vestido tan estrecho. Tampoco estaba acostumbrada a que la besaran, pero seguro que él ya se había dado cuenta de eso porque debía de ser muy obvio que no tenía la menor experiencia con los hombres. Especialmente con hombres como él.

-Sí, tú -alargó la mano y se la puso en el muslo.

Podía sentir el calor de su piel a través de la tela de los pantalones. Se pasó la lengua por los labios e intentó respirar con normalidad.

-Eres encantadora y divertida. Eres diferente.

¿Encantadora? ¿Divertida? Normalmente la describían como inteligente, interesante o trabajadora, pero nunca nadie le había dicho que fuera encantadora y divertida.

-¿Quieres decir que soy diferente a tus clientas? Si son como Lila, desde luego espero serlo.

En lugar de responder, Max se acercó a ella y le dio un beso en la

mejilla. Sarah tragó saliva. Nunca sabía qué era lo que iba a hacer aquel hombre.

-Me alegra que digas eso.

Aparcó frente a una tienda de alimentos selectos frecuentada por los ejecutivos de Silicon Valley que vivían en aquel barrio residencial.

-Dijiste que podíamos comer algún producto del cerdo -dijo Max observando la cámara llena de comida-. ¿Qué te parece un paté al oporto?

Sarah asintió mientras escogía también un poco de queso que acompañaron con una baguette recién hecha, unos tomates, una cesta de fresas y una botella de vino tinto.

-Por suerte llevo una navaja en el coche -dijo él mientras conducía hacia la bahía-, Y una manta.

-Parece que no es la primera vez que improvisas un picnic -respondió ella con tono relajado a pesar de la punzada de celos que sentía.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué no podía aceptarlo tal como era, un abogado matrimonialista con aversión al compromiso que, como él mismo había dicho, disfrutaba de su compañía?

Lo cierto era que Max la hacía sentirse como si fuera otra persona. Hacía que se sintiera guapa e incluso actuaba con más seguridad en sí misma, excepto cuando se ponía celosa, claro. De pronto lo había imaginado en aquel mismo coche con otras mujeres con las que comería tumbado en el suelo, sobre la manta que llevaba en el maletero. Dándose fresas el uno al otro.

-La verdad es que éste es mi primer picnic desde que vivo aquí -dijo él-. Pero puede que no sea el último si todo sale como tengo pensado.

-¿Qué?

-Pienso sentarme en la hierba con una botella de vino, una barra de pan y tú a mi lado

-dijo lanzándole una mirada medio en broma medio en serio.

Una mirada que hizo que Sarah se agarrara con fuerza al asiento de cuero del coche. Una cosa era ser amable con ella porque su tía se lo

hubiera pedido o porque ella se hubiera tomado unos días libres en el trabajo, o porque la historia de California fuera fascinante. Pero aquello era un coqueteo en toda regla y Sarah no sabía bien cómo reaccionar.

De pronto se dio cuenta de que no era divertido que el coqueteo fuera unidireccional, era mucho más interesante si participaban ambas partes. Ella no sabía coquetear y ni siquiera sabía si debía hacerlo, pero finalmente decidió dejarse llevar un poco y pasarlo bien antes de tener que volver a su vida real.

-¿Cuántos abogados matrimonialistas son capaces de citar de memoria a Khalil Gibran? -preguntó Sarah.

-¿Estás impresionada? Espero que sí, porque era lo que pretendía. Ya ves, no eres la única que vive en el pasado; siempre he pensado que me habría encantado ser un califa.

-¿Para poder tener un harén?

Max negó con la cabeza.

-Me cuesta enfrentarme a las mujeres de una en una, así que no quiero ni pensar en un harén.

Sarah no pudo encontrar una respuesta ingeniosa, así que se quedó en silencio y continuaron así hasta llegar a la bahía. De vez en cuando lo miraba, admiraba su perfil, su mandíbula firme, su boca y sus manos fuertes sobre el volante. Aún podía sentir el roce de sus labios en la mejilla. Recordó el tacto de sus manos en la espalda cuando le había abrochado el vestido y se preguntó cómo sería sentir aquellas manos sobre el cuerpo desnudo.

Si hubiera sido una de esas seductoras californianas con decenas de pretendientes, habría dejado caer el vestido al suelo y se habría dado media vuelta para ofrecerse al hombre al que amaba. Él habría tomado sus pechos en las manos, le habría acariciado los pezones y después habría hundido su rostro entre ambos senos. ¿Y si hubiera sucedido así esa mañana? ¿Y si hubieran estado solos en el viejo almacén, sin niños a punto de llegar? ¿Qué habría pasado después?

Se le aceleró el corazón al pensar en todo aquello, aunque sabía que no era más que una fantasía que jamás se haría realidad.

Por primera vez en su vida admitió ante sí misma que eso era lo que deseaba, incluso lo que necesitaba. Quería sentir sus manos sobre la piel, su boca acariciándole los labios y sus brazos rodeándola y apretándola contra sí. Sabía que lo haría bien. Según lo que le había dicho Lila, Max tenía años de experiencia con muchas mujeres a las que siempre había acabado abandonando. Eso era lo que ella necesitaba, un hombre con experiencia que le enseñara cómo se hacía todo.

Cuando por fin se paró el coche, Sarah tenía la respiración

entrecortada y la mirada clavada en el exterior mientras trataba de recuperar la compostura.

Finalmente salieron del coche y Max extendió la manta junto a una charca llena de patos. Ambos se movían con normalidad, como si acostumbraran a irse de picnic, pero en realidad a Sarah estaba a punto de salírsele el corazón del pecho. No era más que un picnic, o al menos, eso se decía a sí misma una y otra vez. Estaban en un lugar público. ¿Qué podía pasar? ¿Qué deseaba ella que pasara?

Había algunos niños dando de comer a los patos con sus padres, pero se fueron yendo poco a poco hasta que se quedaron solos. Max cortó un trozo de pan con la mano y se lo dio con una porción de queso. Después abrió la botella de vino con el sacacorchos de la navaja y se la pasó. Sus manos se rozaron y Sarah tuvo la sensación de que él lo había hecho a propósito.

«Una botella de vino, una barra de pan y tú a mi lado».

-No hay vasos, lo siento -le dijo él.

Ella se encogió de brazos y bebió el vino directamente de la botella. El líquido fresco y afrutado se deslizó suavemente por su garganta, dejando a su paso un rastro de calor. Las copas de los arces se extendían sobre sus cabezas. Un par de tragos más y Sarah empezó a sentirse mareada y temeraria.

Agarró un tomate y lo mordió. Estaba dulce y maduro y sabía como si acabaran de arrancarlo de la mata. Al mirar a Max lo encontró mirándola también.

-¿Qué? ¿Tengo la cara llena de tomate? -se limpió con una servilleta.

-Lo que tienes en la cara es una maravillosa expresión de felicidad. ¿Por qué no hacemos esto más a menudo? -le preguntó.

Sarah se echó a reír.

-Tú puedes hacerlo siempre que quieras, ya que dices que trabajas por las noches -le dijo con voz desenfadada-. Pero desgraciadamente yo trabajo durante el día. De hecho, ahora mismo debería estar trabajando.

-Has estado trabajando hasta hace un rato. Te mereces un descanso para comer, ¿no crees?

-Sí, claro -respondió, pero en realidad pensaba que una cosa era descansar para comer y otra muy diferente irse de picnic con un hombre guapo y seductor.

Tenía la sensación de estar metida en una película: un paisaje precioso, una comida deliciosa y un acompañante con el aspecto de una estrella de cine. ¿Qué pintaba ella en todo eso? Si realmente fuera una película, Sarah habría sido la asesora técnica que se encargaba de que los detalles históricos encajaran. Pero nunca la protagonista. Si pasaba

más tiempo con él, acabaría pensando que era posible.

En ese momento sonó el teléfono de Max, que frunció el ceño y miró el número. No era nadie que conociera, así que apagó el aparato. No quería acordarse del trabajo, de sus clientes ni de su vida. Estaba pasándolo demasiado bien con Sarah como para preocuparse por si acababa de perder un nuevo cliente. En aquel momento no le importaba.

Realmente se preguntaba por qué no podía hacer aquello más a menudo. Claro que podría. ¿Por qué ella no? El que su tía regresara en menos de una semana no quería decir que no pudiera volver a ver a Sarah. Como amigos, por supuesto. No tenía intención de intentar nada con ella. Aquel beso no significaba nada. Ni para él, ni para ella. Sarah no era de las que coqueteaba ni tenía romances pasajeros. No parecía que saliera con hombres a menudo y, si lo hacía, se lo tomaría en serio. Max estaba seguro de ello.

En realidad lo que debía hacer era olvidarse de ella cuando aquella semana tocara a su fin. Sabía, o debía saber, que la amistad entre un hombre y una mujer era algo muy difícil, si no imposible. Pero sólo con mirarla y ver cómo su pelo se movía con la brisa, se dio cuenta de que no podría despedirse de ella para siempre.

Tomó un trago de la botella y sintió el sabor de sus labios en ella, pero eso no bastaba. Quería más. Quizá fuera por el sol o por la brisa. No, era ella. Max se inclinó sobre la manta y le agarró el rostro con ambas manos. Sarah abrió los ojos de par en par, unos ojos llenos de preguntas para las que Max no tenía respuesta. Él también tenía preguntas, deseaba preguntarle cientos de cosas:

«¿Qué tiene de malo besar a una amiga? ¿De verdad quieres que pare? ¿Por qué no podemos relajarnos y ver adonde nos lleva todo esto? ¿Lo estás pasando tan bien como yo? ¿Acaso sería tan horrible que tuviéramos una aventura?».

Sí, ésa era la respuesta a esa última pregunta. Claro que sería horrible, sería malo para todos. Su tía no tardaría en enterarse y se haría ilusiones al respecto, después querría saber por qué no podían seguir juntos y acabaría culpando a Max de engañar a su sobrina. Max se sentiría culpable y le resultaría muy incómodo seguir siendo su vecino y no saber qué decirle.

Pero lo peor de todo sería que Sarah descubriría lo maravillosa y atractiva que era y no tardaría en encontrar a otro hombre después de él. Porque tarde o temprano romperían, no había dos personas más diferentes que Sarah y él. Ella creía que se ganaba la vida de una manera algo indigna, que se aprovechaba de la debilidad de los demás. Y quizá tuviera parte de razón.

Si bien era cierto que había conseguido despertar su interés por la Historia, Max era consciente de que Sarah vivía demasiado inmersa en el pasado. Él no tenía intención de casarse y quizá ella tampoco lo hubiera pensado, pero probablemente acabaría haciéndolo. ¿Por qué no habría de hacerlo? Algún día haría muy feliz a un hombre con sus historias y su entusiasmo por probar cosas nuevas como nadar o coquetear. Sarah sería una magnífica compañera, esposa, amante y amiga.

A pesar de todos los motivos que tenía para retirarse no podía dejar de ver esos ojos tan abiertos que le decían que siguiera adelante, que diera el siguiente paso. De pronto se olvidó de todos los pensamientos negativos, de toda precaución y la besó. Un beso, sólo eso.

Pero esa vez no fue un beso suave y tierno. Sólo disponían de una semana, así que debían aprovecharla. Esa vez Max inclinó la cabeza y la besó con fuerza, con tanta fuerza que Sarah acabó tumbada sobre la manta y él encima.

Y respondió a su beso. La tímida e introvertida historiadora respondió a su beso e incluso se atrevió a abrir los labios y rozarle la lengua con la suya.

-¿Sarah? -murmuró él como si no estuviera seguro de que fuera ella realmente.

Su única respuesta fue abrazarse a su cuello y tirar de él para hundir el rostro en la curva de su cuello. Max la besó debajo de la oreja y cubrió su rostro con mil y un besos hasta que sus labios volvieron a encontrarse.

Teniéndolo completamente encima, sintiendo su cuerpo masculino apretándose contra ella, Sarah se dio cuenta de que nunca se había sentido tan femenina y tan sexy. Tampoco se había sentido nunca tan viva, era como si todo su cuerpo ardiera de deseo. Deseaba acercarse aún más a él, no le importaba nada más. Sólo sabía que nunca había sentido nada semejante.

Rodaron sobre la manta hasta que ella quedó encima. Max la miró sonriendo y Sarah sintió el calor de su cuerpo y de su respiración. Así que era eso lo que había estado perdiéndose. Ojalá lo hubiera sabido antes…

No podía creer que estuviera haciendo lo que estaba haciendo. Jamás habría imaginado que pudiese provocar tal deseo en nadie. Se sentía hermosa y todo era gracias a él. Tenía veinticinco años y estaba enamorándose por primera vez. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado en sólo tres días? No podía ser, aquello era sólo deseo, no amor.

Max volvió a besarla y ella a él. Una y otra vez. Cada vez más rápido y con más fuerza. A Sarah ya no le preocupaba su falta de experiencia, lo único que le preocupaba era que dejara de besarla. Sólo le importaban él y el presente. Sólo podía pensar en lo que sentía mientras él colaba la mano por debajo de su suéter y le acariciaba el estómago para después ir subiendo hacia los pechos.

Se le escapó un gemido de los labios y Sarah se preguntó qué era ese ruido. No podía ser ella. La puritana y virginal Sarah ahora gemía de placer mientras retozaba sobre la hierba con un hombre al que apenas conocía. Su cuerpo ardía y pedía más y más. Deseaba arrancarle la ropa y quitársela ella también, pero no lo hizo. No podía hacerlo, pero lo deseaba con todas sus fuerzas.

Todo era perfecto. El olor a hierba fresca, el aroma de las flores y el brillo del sol filtrándose entre las copas de los árboles. Era una fantasía hecha realidad. A lo lejos podía oír un pájaro picoteando un árbol igual que su corazón daba golpes contra su pecho mientras una vocecilla le pedía a gritos que siguiera adelante, que diera un paso más.

Hasta que unas risas de niños acallaron esa voz. Max también los oyó. Sarah se separó de él y se quedó tumbada boca arriba en la hierba con la mano sobre los ojos. El estaba a su lado, jadeando igual que ella.

Se sentó y se colocó el suéter justo a tiempo, porque un segundo después aparecieron los niños junto a la charca. Era una excursión de una guardería, unos niños que se habrían quedado de piedra si hubieran visto a dos adultos rodando por la hierba y arrancándose la ropa. Sarah sintió un escalofrío al pensarlo. ¿Qué habría pasado si esos niños no hubieran aparecido?

¿Qué habría pensado su jefa? ¿Y sus padres? ¿Qué habría dicho su tía Mary si se hubiera enterado a lo que había dado lugar un simple gesto de amabilidad entre vecinos? Claro que quizá fuera eso justamente lo que ella había pretendido que sucediera.

Los niños empezaron a dar de comer a los patos sin prestarles la menor atención a ellos dos. No les importaba lo más mínimo lo que estuviesen haciendo aquellos dos adultos rodeados de restos de picnic. Sarah apoyó la barbilla en las rodillas y miró hacia los niños sin verlos realmente, pues estaba concentrada en respirar hondo y tratar de volver a la normalidad. Aunque no era eso lo que deseaba hacer.

Le daba miedo mirar a Max.

-Deberíamos irnos -dijo con una voz que esperaba pareciera normal.

Él no respondió, sólo se puso en pie y empezó a guardar los restos de comida en la bolsa de la tienda. Sarah no tenía la menor idea de lo que estaba pensando o si lamentaría haber ido allí. Quizá se arrepintiera de haber perdido la cabeza de ese modo en mitad de un

parque público.

Ya en el coche, Max condujo muy despacio y sin hablar. Tampoco ella dijo nada. El silencio resultaba muy doloroso, pero por mucho que lo intentaba, a Sarah no se le ocurría nada que decir.

-Sarah -dijo él por fin-. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 10

El timbre del teléfono impidió que Max dijera lo que iba a decir. Pasó el resto del camino de vuelta hablando con una clienta. Sarah no quería escuchar los problemas de aquella mujer; Max, sin embargo, era todo oídos y amabilidad; la trató con increíble dulzura y le prometió que tendría todo lo que merecía. Realmente era bueno en su trabajo, tanto que resultaba deprimente.

Por lo que pudo oír, Sarah dedujo que el marido de aquella señora acababa de abandonarla y ella estaba desesperada. Debía de ser muy duro. Afortunadamente, tenía dinero suficiente para contratar a un abogado tan caro como Max.

Si no hubiera tenido dinero, ¿habría aceptado Max un caso así? ¿Alguna vez aceptaría un cliente sin saber si podría cobrar?

Al final lo oyó concertar una cita para esa misma tarde en su casa. Colgó justo cuando estaban llegando. Por una parte Sarah agradeció aquella llamada porque así no tuvo que oír lo que Max iba a decirle. Pero imaginaba lo que habría sido:

«No pretendía que pasara lo que ha pasado».

«Ha sido culpa mía. No debería haberte besado, ni siquiera debería haber propuesto este picnic».

«Eres muy atractiva, pero…».

«No deberíamos volver a vernos, creo que las razones son obvias».

«Tenías razón sobre lo de tu tía. Sólo lo estaba haciendo porque ella me lo pidió». Sarah sólo quería salir del coche y correr a meterse en casa.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Cuando se volvió a mirar atrás, ya en la puerta, lo vio de pie junto al coche, mirándola con una expresión extraña en el rostro. Una expresión que podría haber significado un millón de cosas, pero que Sarah interpretó como un gesto de alivio. Sabía lo que sentía porque ella sentía lo mismo.

Se sentó frente al ordenador y observó las imágenes de las casas de adobe y de las misiones de California, todas ellas construidas a un día de distancia la una de la otra. Muchas de ellas seguían intactas y habían sido transformadas en museos y recibían miles de turistas al año. Ella las había visitado todas, había tomado fotos y se había empapado de ellas hasta el punto de poder imaginar lo que debía de haber sido ser una misionera española o una india obligada a servir, a trabajar en los campos o a huir de una cultura que le era completamente ajena.

Normalmente aquellas imágenes bastaban para despertar su interés. Pero aquel día no fue así. Por mucho que supiera que debía escribir un capítulo antes.de que terminara la semana, no podía escribir ni una palabra. No podía hacer otra cosa que pensar en Max y en el aspecto que había tenido tumbado sobre ella a la luz del sol.

Si no hubiera sido por esos niños, Dios sabía lo que habría pasado. Seguramente ella habría recuperado el sentido común y habría puesto fin a la situación. O quizá no. ¿Tan hechizada estaba con ese hombre, que habría puesto en peligro su reputación haciendo el amor con él sobre la hierba? Claro que no. Jamás haría el amor con nadie a menos que estuviera segura de que se trataba de algo serio, y Max Monroe jamás iría en serio con ella ni con nadie.

Se levantó de la silla y empezó a caminar por la casa intentando alejarse de las ventanas que daban a la propiedad de Max. Sabía que se estaba comportando como una tonta. No había pasado nada, sólo un picnic y un pequeño coqueteo. Cualquier otra mujer habría salido a tumbarse al sol y habría saludado al vecino de al lado con total naturalidad.

Ella, sin embargo, iba de un lado a otro de la casa como un león enjaulado. Necesitaba una excusa para dejar de trabajar. Estaba cansada de estar allí sentada, de mirar a la pantalla y de no sentirse ya la misma mujer que se emocionaba leyendo y escribiendo sobre acontecimientos históricos.

¿Qué había sido de esa mujer? Se había transformado en una zombi enloquecida por el deseo y enamorada de un hombre al que no podría tener. ¿Por qué no deseaba así a alguno de sus compañeros de trabajo, con los que podría comunicarse a un nivel intelectual?

Porque eran unos aburridos. Lo que no comprendía era por qué no le gustaba charlar de Historia con ellos, con todas las cosas que tenían en común. Hablar de Historia con Max era completamente diferente. Aunque decía que no sabía nada sobre el tema, actuaba como si sintiera verdadero interés por todo lo que ella le contaba.

Parecía un interés real y eso hacía que Sarah se esforzara aún más por que sus relatos resultaran apasionantes. Pero, ¿y si todo aquello había sido obra de su tía Mary? ¿Y si ella le había dicho a Max cómo debía seducirla? No, tendría que haber sido muy buen actor para fingir aquella sonrisa y aquella mirada tan atenta.

Además, no tendría por qué haber llegado tan lejos; sólo habría tenido que ser amable, no darle clases de natación y mucho menos besarla.

El sonido del teléfono la sacó de su ensimismamiento y Sarah

agradeció la interrupción.

-Sólo quería saber qué tal había ido la presentación -le dijo Trudy después de saludarla.

Sarah le dijo que todo había salido perfectamente, que los niños se habían portado muy bien y que ella también lo había disfrutado.
-Todo excepto el vestido -añadió-. Me estaba tan estrecho que apenas podía respirar.
-¿De verdad? Lo mandé a la tintorería, así que puede que haya encogido -le dijo su jefa con voz temblorosa.
-¿Estás bien? -le preguntó Sarah, alarmada.
-La verdad es… No quería decírtelo, pero…
-¿Qué ocurre? -ahora estaba realmente preocupada.
Trudy nunca había faltado al trabajo por estar enferma. De hecho, parecía tener una salud de hierro, tanto física como mental. Nunca le había contado nada sobre su vida fuera del trabajo pero Sarah había visto las fotos que tenía sobre la mesa de su despacho, en las que aparecía con su marido y con su perro. Una familia perfecta.
La oyó llorar al otro lado de la línea.
-Dime qué te ocurre, por favor.
-Es Graham… me ha pedido el divorcio.
-¿Qué? Pero yo pensé…
-Que éramos la pareja perfecta. Yo también lo creía, pero parece que Graham no. Ha conocido a otra persona -Trudy no pudo seguir hablando, lloró desconsoladamente durante varios minutos-. Después de veintisiete años… No sé qué hacer ni qué decir. Nunca había sentido nada semejante. Lo siento mucho, Sarah, no debería estar contándote todo esto.
Sarah estaba atónita. Llevaba años trabajando con Trudy y pensando que era el paradigma del control y la profesionalidad. Y, sin embargo, allí estaba ahora, llorando y contándole sus problemas más íntimos. Quizá le resultara más fácil desahogarse con ella que con alguien más cercano. No sabía qué decirle excepto que lo sentía.
Tenía muchas preguntas que hacerle. ¿Tendría un buen abogado? Eso podía y quizá debiera preguntárselo.
-Todavía no he hablado con ningún abogado -le dijo su jefa con voz débil-. Todo ha sido tan repentino… No quiero complicar aún más las cosas con un abogado, ya sabes cómo son.
Sarah sólo conocía uno y no podía ser muy objetiva. Para ella era un hombre interesante y atractivo que la hacía sentirse atractiva también. Pero, ¿cómo sería realmente como abogado? Sin duda sería duro, si no, no habría tenido tanto éxito.

-En cuanto una de las dos partes contrata un abogado, se convierte en una guerra
-aseguró Trudy-, Se empiezan a exigir cosas y se pierde el control de la situación. Tengo la esperanza de que podamos solucionarlo. Podríamos seguir juntos y si no, quiero que seamos amigos, aunque ocurra lo peor, aunque… -no pudo seguir hablando.
-Te comprendo, Trudy, pero tienes que protegerte. El vecino de mi tía es abogado y parece muy bueno. Podría preguntarle, sólo para pedirle consejo. Si Graham contrata un abogado, estarías en desventaja -¿de verdad era ella la que hablaba? Más bien parecía Max.
-No te molestes -murmuró Trudy-, Estoy bien, de verdad.
Esas palabras confirmaron que debía intentar ayudarla.
-Veré lo que puedo averiguar y te llamaré para contarte -le prometió Sarah.

-Llámame al móvil porque estoy en casa de mi hermana. Tenía que irme de allí, no podía dormir sola en nuestra cama mientras Graham dormía abajo.

-Claro.

Por suerte tenía una hermana. Entonces, ¿por qué estaba desahogándose con Sarah? Seguramente en un momento así no todo el mundo podía pensar con claridad. Sin duda necesitaba ayuda, la ayuda de un abogado.

De pronto se le pasó por la cabeza si no se habría ofrecido a preguntarle a Max por egoísmo. Si no habría corrido a su casa porque quería verlo más que por ayudar a Trudy. Prefirió no analizar los motivos y siguió caminando hacia la valla que separaba los jardines.

Estaba a punto de llamar a la puerta cuando oyó unas voces. Había olvidado que Max tenía una cita con una dienta. Se quedó allí de pie con la mano en el aire.

-No sé qué hacer -decía una mujer dentro de la casa-. Me siento tan sola… Eres el único con el que puedo contar, Max.
-Vamos, Arlene, eso no es cierto. Tienes a tus amigos y a tu familia…
-Pero no tengo a Charlie -los sollozos se oían desde el patio.
-Yo no puedo devolvértelo.
-Lo sé. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido ocurrir?
-No lo sé. ¿Quieres que hable con él?

-No te escuchará. Sabe que estás de mi parte. El también ha contratado un abogado. Es horrible.

-Sí que lo es -dijo Max-. No llores, Arlene, voy a hacer todo lo que pueda.

Hubo un largo silencio y Sarah se preguntó si Max estaría abrazándola, consolándola. ¿Sería así como trabajaba? Besaba muy bien, eso era evidente. ¿Acaso creía que era la única mujer a la que abrazaba? Por supuesto que no.

-Gracias, Max. Eso es todo lo que te pido porque sé que puedes hacerlo mejor que nadie.

La voz de la mujer parecía temblorosa y apagada. ¿Tendría la cara apoyada en el pecho de Max? ¿Estaría él secándole las lágrimas y besándola suavemente?

No podía ver nada desde donde estaba y no sabía dónde estaban ellos, porque no conocía la casa por dentro.

No sabía si quedarse o marcharse. Finalmente decidió esperar, por Trudy. Al fin y al cabo, aquélla era una visita de negocios; quizá Trudy contratara a Max. Si aquellas mujeres decían la verdad y era tan buen abogado, su jefa debía contratarlo.

Esperó hasta que oyó un coche que se alejaba de la casa y entonces llamó a la puerta trasera.

-¡Sarah! -exclamó Max nada más abrir la puerta, descalzo y en pantalones cortos. Ella también se sorprendió de verlo así vestido. ¿Así recibía a sus dientas?

-Pasa. Acaba de irse una dienta y estoy un poco alterado. Pero me alegro de que hayas venido. Quiero hablar contigo.

-Y yo contigo -dijo ella recordando lo último que le había dicho en el coche. «Tenemos que hablar», unas palabras que nunca presagiaban nada bueno. Pero, fuera lo que fuera lo que quisiera decirle, Sarah no quería oírlo-. Quiero hablarte de negocios -añadió.

-¿De negocios? -repitió él-. ¿Quieres hablarme de un divorcio?

-Sí, del de mi jefa. Su marido le ha pedido el divorcio y ella no quiere contratar un abogado porque cree que… -miró a su alrededor-. ¿Podemos sentarnos?

-Sí, vamos al patio. Traeré un té con hielo.

Sarah se sentó frente a la mesa de hierro que había a la sombra de un manzano y apretó las manos con nerviosismo. Sabía que podía estar segura de que le daría buenos consejos. Todas esas mujeres no podían estar equivocadas.

-Cuéntame -le dijo dejando ambos vasos sobre la mesa.

Sarah se sintió mejor sólo con mirarlo a los ojos.

-Trudy acaba de llamarme. Su marido le ha pedido el divorcio -repitió.

-¿Tú lo conoces?

-No mucho, sólo lo he visto un par de veces. Pero no comprendo que quiera dejarla; es una mujer magnífica, amable e inteligente.

-Pero necesita un abogado. No te preocupes, Sarah, yo la representaré. Cualquier amiga tuya…

-El problema es que ella no quiere contratar a nadie. Al menos por ahora. Cree que eso haría que la situación fuera más incómoda.

-¿No están incómodos ahora?

-Supongo que sí, pero ella está en estado de shock. Aún no puede creer lo que le está pasando después de tantos años. Dice que espera que puedan solucionarlo, así que supongo que la idea de separarse fue sólo de él.

-A veces uno de los cónyuges se niega a ver que hay problemas en la relación -opinó Max.

-Trudy no es así, puedo asegurártelo. Ella siempre afronta los problemas de cara.

-Puede que consigan solucionarlo yendo a terapia de pareja.

-Pero tú eres abogado. Ganas dinero con los divorcios, no con las reconciliaciones.

-¿Es que crees que pondría impedimentos a que una pareja se reconciliara? -le preguntó apretando los labios-. Todo lo contrario. Un divorcio es una experiencia terrible y muy dolorosa. Si hubieras oído a la mujer que acaba de marcharse… -hizo una pausa para tomar aire. Parecía realmente preocupado-. Escucha, ya tengo más trabajo del que me gustaría, así que si ella no quiere un abogado y aún hay esperanzas de que vuelvan a estar juntos, creo que tu jefa no me necesita.

-No quería decir eso -¿por qué no podía mantener la boca cerrada?-. Lo que ocurre es que tengo miedo de que él se aproveche de ella y, por lo que he visto, tú no dejas que eso les ocurra a tus clientes.

-Claro que no. ¿Por qué no la invitas a venir o le sugieres que nos veamos en algún otro sitio? ¿Cómo se llama?

-Trudy Stewart.

Max frunció el ceño.

-Su marido se llama Graham, ¿verdad?

-Sí. ¿Lo conoces?

-Lo conocí hace unos días. Hablé con él por teléfono y acepté representarlo. Sarah empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

-No.

-Lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, habría preferido representar a tu amiga.

-No es mi amiga, sólo es mi jefa. Pero no merece que la abandonen.

¿Qué te dijo? ¿Por qué lo ha hecho?
-No puedo contártelo.
-¿No puedes decirme si hay alguna esperanza de que se reconcilien?
-No. No me lo preguntes, Sarah. Tengo que respetar las normas de confidencialidad.

-Claro. Siento habértelo preguntado. No debería haberme metido en todo esto. Hagamos como si no te lo hubiera preguntado.

-Me parece bien. Dile a tu amiga que se busque un abogado, hazle ver que es lo único que puede hacer.

Por una vez, Sarah se mordió la lengua y se contuvo de hacer un comentario negativo sobre los abogados. Aquel divorcio no era asunto suyo. Pero odiaba tener que decirle a Trudy que su marido había contratado al mejor abogado matrimonialista y que no tendría nada que hacer.

Tendría que olvidarse de la reconciliación o de llegar a un acuerdo. Fuera quien fuera su abogado, nunca sería tan bueno como Max Monroe.

-Lo siento -dijo Sarah tratando de conservar la calma.

-Yo también. Y quiero que sepas que no tengo ningún interés personal en este caso. Puede que pienses que no tengo escrúpulos, pero no es así. He aceptado el caso, así que ese hombre es mi cliente.

Sarah sintió cómo se le enrojecían las mejillas por la rabia. Se dio media vuelta y volvió a casa de su tía a toda prisa. Se sentía como una tonta por haberle ofrecido a su jefa los servicios de Max para después descubrir que ya lo había contratado su marido. Bueno, tendría que asegurarse de que Trudy recibía todo lo que merecía". Quizá Max fuera muy bueno, pero ¿realmente sería el mejor? Lo que estaba claro era que no era el único. Sarah iba a encontrar a alguien que luchara por los derechos de su jefa y ganara. ¿Escrúpulos? ¡Iba a demostrarle a Max Monroe lo que era tener escrúpulos!

CAPÍTULO 11

-¡Tía Mary! ¿Qué haces aquí? -Se suponía que su tía no regresaría hasta final de semana, pero allí estaba, en mitad del salón rodeada de equipaje, bronceada y sonriente.

-Alguien agarró un virus en el barco y se extendió rápidamente -explicó Mary al tiempo que abrazaba a su hija-. Pero no te preocupes, yo no me contagié.

-¿Por qué no me llamaste? Habría ido a buscarte. ¿Cómo has venido desde el aeropuerto?

-Tomé un taxi. Te llamé, pero no contestaste, así que pensé que habrías salido y no quería molestarte. Fue todo muy repentino; la gente empezó a ponerse enferma y tuvieron que cancelar el crucero y traernos desde Puerto Rico. Ya sabes que no tengo teléfono móvil y, con tantas prisas, no me puse a buscar un lugar desde el que llamar. Espero que no te importune que haya vuelto. Y no pienses que tienes que marcharte; tenías pensando quedarte toda la semana y espero que lo hagas. Nos vendrá bien pasar algún tiempo juntas.

¿Importunarla? No, Sarah sintió alivio al ver a su tía. Ahora podría utilizar las entradas de la ópera y ella ya no tendría que ir con Max. Había llegado el momento de alejarse de él porque cada vez que lo veía, la situación se complicaba un poco más.

No tenía derecho alguno a criticar su trabajo o sus criterios para elegir clientes. No tenía derecho a pedirle ningún favor. Tampoco debía besarlo ni dejar que él la besara. Ella no era de las que tenía romances de verano. Antes de conocerlo era feliz y se había sentido satisfecha con su vida. Bueno, quizá estuviera un poco inquieta, pero su vida le había parecido completa. Lo que debía hacer ahora era regresar a la ciudad cuanto antes para que todo volviera a la normalidad. El verano desaparecería de su memoria como si hubiera sido un sueño.

Su tía no podría haber vuelto en mejor momento. Debía volver a casa antes de enamorarse del todo, porque iba directa al desengaño.

-¿Qué tal todo por aquí? -le preguntó su tía al ver que Sarah no decía nada. Puso los brazos en jarras y observó a su sobrina-. Parece que te ha dado el sol.

Sarah salió de su ensoñación.

-Sí. Ha hecho un tiempo estupendo.

-Me alegro. Razón de más para que te quedes a disfrutar de la casa y

del verano fuera de la ciudad. Tienes que quedarte el resto de la semana como tenías pensado.

-Creo que debería volver -murmuró Sarah-, Mi jefa ha estado enferma -aunque ahora sospechaba que Trudy nunca había estado enferma realmente, sólo había estado destrozada por sus problemas matrimoniales. ¿Quién no lo habría estado en tales circunstancias?

-Te mereces unas vacaciones y estoy segura de que pueden arreglárselas sin ti unos días más. Además, había pensado que quizá pudieras acompañarme a comprarme un ordenador. En este viaje me he dado cuenta de que tengo que ponerme al día; sólo por ser vieja no tengo por qué comportarme como tal. Quiero un ordenador portátil como el tuyo y un teléfono móvil. He estado jugando al bridge con un hombre de mi edad que sabía mucho de tecnología. Y tampoco bailaba mal. Además, aún tienes que utilizar las entradas de la ópera.

-Ahora que has vuelto, puedes ir tú -dijo Sarah con esperanza.

-No, no, yo estoy muy cansada del viaje, me quedaría dormida en el primer acto. Ve tú con algún amigo.

Sarah abrió la boca para protestar, pero enseguida se dio cuenta de que no había nada que hacer cuando su tía tomaba una decisión.

-Bueno, parece que lo has pasado muy bien -dijo finalmente, olvidándose por el momento del tema de la ópera.

-Sí, lástima que terminara tan pronto. Pensé que podríamos… no importa. Me he divertido mucho, más de lo que se podría esperar a mi edad. Pero, volviendo a mi falta de conocimientos tecnológicos, si tuviera un ordenador, podría mandarle algún e-mail a mi nuevo amigo, a mis amigos, quiero decir.

Sarah tuvo la sensación de que su tía se estaba ruborizando.

-Podríamos ir de compras si tienes tiempo -le sugirió Mary.

-¿De compras? Creí que estabas cansada del viaje.

-No me refiero ahora. Claro que estoy cansada, pero podemos ir mañana, si no te importa, claro -se dirigió hacia la escalera, pero antes de subir el primer escalón, se volvió a mirarla-. ¿Has tenido oportunidad de conocer a mi vecino Max?

Sarah se puso en tensión. Ahí estaba la pregunta del millón de dólares.

-Sí.

-¿Y?

-Es muy amable. Creo que nunca ha tenido intención de talar tu árbol, si es eso lo que te preocupaba.

-Entre otras cosas, sí -dijo su tía en voz baja.

-¿Tienes hambre? ¿Quieres que prepare algo de cena?

-No, no, he comido algo en el avión -sonrió antes de bostezar-. Estoy agotada. Voy a echarme un rato, luego seguimos hablando. En cuanto a la ópera…
-¿Sí?
-Si aún no has invitado a nadie, podríamos decirle a Max que vaya contigo.
-Claro -respondió Sarah débilmente. ¿Qué otra cosa podía decir?

Su tía no sabía que ya se lo había pedido y que ahora ya no podía echarse atrás. Pero después de que ella hubiera vuelto a San Francisco, ¿qué le diría Max a su tía? ¿Qué le diría ella a su tía sobre Max? Nada.

Deambuló por la casa con inquietud, sin querer salir al jardín para no verlo, ni subir a la habitación de invitados para no molestar a su tía. Además, sabía que no sería capaz de dormir, sólo daría más y más vueltas en la cama.

No podía volver a la ciudad todavía por mucho que lo deseara. Su tía había decidido disfrutar de la vida, no hacerse vieja antes de tiempo, y Sarah debía animarla a hacerlo. Así pues, se quedaría y la acompañaría a comprarse el ordenador y el teléfono que quería.

Se estaba preparando un té cuando sonó el teléfono. Era un hombre preguntando por Mary y se echó a reír cuando Sarah le dijo que su tía se había acostado un rato. El hombre dijo que era lógico que necesitara descansar después del crucero. Sarah apuntó su nombre y su número de teléfono y, cuando colgó, pensó que debía de ser el hombre con el que su tía había estado jugando al bridge y bailando. El mismo que la había animado a ponerse al día con las nuevas tecnologías. Sarah sonrió.

Esa noche Max salió a pasear por el jardín y no pudo dejar de mirar furtivamente a la casa de al lado. Había oído voces en el interior, pero no tenía la menor idea de con quién hablaba Sarah. Sólo sabía que deseaba que saliera al jardín. No quería llamar a su puerta otra vez, aunque quizá le tocara a él tomar la iniciativa.

Quería gustar a Sarah y no entendía por qué. ¿Qué importaba lo que pensara de él? En sólo unos días se marcharía de allí para siempre y no volvería a verla nunca más. No comprendía por qué le importaba tanto, pues no tenían ningún futuro juntos, y sin embargo así era. No dejaba de imaginar aquellos enormes ojos azules que lo miraban mientras le contaba historias. Recordó lo que sentía cuando la tenía en sus brazos en la piscina, sabiendo que confiaba en él, en que no la soltaría.

¿Y ahora qué? Irían juntos a la ópera y después ella volvería a su vida de siempre mientras que él se quedaría donde estaba, donde quería estar. Esperaba que Sarah comprendiera lo que hacía y por qué lo hacía y que supiera que jamás se aprovechaba de nadie, ni pretendía sacarle los ojos a nadie. Sólo trataba de que sus clientes obtuvieran el mayor beneficio en un acuerdo que fuera justo. ¿Qué tenía eso de

malo?

Lo que tenía de malo sin duda era que siempre había alguien que resultaba herido. A veces ambas partes salían heridas, él mismo lo había visto. Ese mismo día sin ir más lejos. Había visto las lágrimas, el dolor que provocaba el sentirse traicionado. A veces sus clientes tardaban años en superarlo. Por muy valientes y optimistas que parecieran, en el fondo todos sufrían. Max lo sabía pero, ¿qué podía hacer?

Caminó por el jardín con inquietud, la cabeza le daba vueltas de tanto buscar una salida a aquella situación. Fue hasta los eucaliptos donde había visto a Sarah la primera vez, hacía tan sólo unas noches, aunque parecía que hubiera pasado mucho más tiempo. Deseó que apareciera otra vez en camisón para poder tomarla en sus brazos y decirle… ¿Decirle qué?

Que no quería que se marchara, que le gustaba tenerla cerca y que deseaba que se quedara. Acababan de empezar a conocerse. Max tenía la sensación de que entre ellos podría haber algo más que un breve romance o una buena amistad. Eso no quería decir que desease algo más permanente. Sería necesario algo más que un par de besos para que se plantease la idea de casarse.

¿Casarse? ¿De dónde había salido eso? Tenía que dejarle claro que entre ellos no había nada más que unos momentos de diversión. Eso era lo que debería haberle dicho después del picnic. No quería que se hiciese una idea equivocada. Sarah era una mujer vulnerable y con poca experiencia en el terreno sentimental.

Agarró unas cuantas semillas de eucalipto del suelo y las apretó en su mano. El olor le recordaba a ella.

La recordó dormida en la cama aquella primera noche, el rostro pálido enmarcado por el cabello, una imagen que nunca olvidaría.

Dio un par de vueltas más por el jardín pensando en todos los clientes que había tenido a lo largo de los años, los ricos y los no tan ricos, los traidores y los traicionados, los esperanzados y los desesperados y se preguntó cuál era la respuesta. ¿La respuesta? Si ni siquiera sabía cuál era la pregunta.

Vio cómo se apagaban todas las luces de la casa de al lado y después esperó unas horas más por si Sarah salía a caminar dormida, pero no fue así. No estaba decepcionado, sólo quería estar allí para ayudarla a volver a casa.

A la mañana siguiente salió al jardín nada más levantarse. Quería hablar con Sarah y explicarle cómo funcionaba la ley y por qué hacía lo que hacía; quería hacerlo antes de que se le olvidaran todos los

argumentos que había pensado durante la noche. Pero la mujer que vio en el jardín no era Sarah, sino Mary.

-Has vuelto antes de tiempo, ¿no? -le preguntó después de saludarla. ¿Qué significaba que Mary estuviera allí? ¿Se iría Sarah también antes de tiempo? De pronto se le pasó por la cabeza la posibilidad de que ya se hubiese marchado y se le encogió el estómago. Le dolería que se hubiera ido sin despedirse siquiera.

-Sí, volví ayer por culpa de un virus que se extendió en el barco -le explicó Mary amablemente-. Tengo entendido que has conocido a mi sobrina Sarah.

¿Qué le habría dicho de él?

-Sí, es una mujer muy interesante -dijo con precaución.

-¿Verdad que sí? -respondió ella con una luminosa sonrisa de satisfacción-. Debo reconocer que es mi preferida. Tiene mucho mérito que sea como es después del modo en que la criaron, algo con lo que yo nunca estuve de acuerdo. Pero lo importante es que se ha convertido en una joven encantadora e inteligente. Lo único que necesita es… nada, nada. ¿Te he dicho que vamos a ir de compras juntas? Va a acompañarme a comprar un ordenador y un teléfono móvil para ayudarme a ponerme al día con las nuevas tecnologías. En este viaje me he dado cuenta de que ya es hora de hacerlo.

-Entonces Sarah no va a marcharse todavía -dijo con el corazón acelerado pero haciendo un esfuerzo por parecer tranquilo. Quizá aún tuviera una posibilidad de redimirse, de hablar con ella y decir algo, aunque no sabía qué ni cómo.

-No, claro que no -aseguró Mary-. Entre otras cosas, tiene unas entradas para ir a la ópera el viernes por la noche.

-Lo sé. Me ofreció una de ellas.

Mary abrió los ojos de par en par.

-¿De verdad? Me alegro de oírlo, es una idea estupenda. Será mejor que vuelva a casa y me asegure de que tiene algo adecuado que ponerse. Me he fijado que su ropa a veces es demasiado informal.

Max intentó no sonreír.

-Sí, yo también me he fijado.

Estupendo, pensó Max. No había manera de que Sarah no fuera con él a la ópera ahora que contaba con la aprobación de su tía.

No volvió a verla hasta entonces. Estuvo muy ocupado reuniéndose con clientes, llamando a otros abogados para convencerlos de que aceptaran algunos de sus casos. No sabía si podría deshacerse de todos ellos, lo único que sabía era que el trabajo de abogado matrimonialista le hacía sentirse vacío e insatisfecho. ¿De quién era la culpa? ¿Sería por Lila? ¿O quizá por la acumulación de Lilas a lo largo de los años?

No tenía respuesta. ¿Cuándo había empezado a sentirse así? Lo que

sí sabía con total seguridad era que cada vez que se había sentido mal con respecto al trabajo, se había dicho a sí mismo que era mucho mejor que ser pobre. Se encontraba entre la espada y la pared. No quería seguir representando a clientes codiciosos, pero tampoco quería tener que vender aquella casa. Tenía que haber otro modo de ganarse la ida. ¿Y si cambiaba de especialidad? Tendría que empezar desde lo más bajo de cualquier bufete.

Pasó aquellos días luchando en los tribunales por lo que creía que merecían sus clientes, por lo que consideraba justo. No todos quedaron satisfechos, pero así era el juego. Él hacía todo lo que estaba en su mano y lo cierto era que se sentía más motivado que nunca. El conocer a Sarah y ver lo diferente que era a los invitados de su fiesta lo había sacado de la rutina. Ella era feliz consigo misma, sus clientes no. Ella no necesitaba a nadie para que su vida estuviese completa, ellos sí.

Max no sabía adonde lo llevaría aquel cambio, pero era evidente que algo iba a ocurrir. Se matriculó en varias clases de Psicología, pensando que quizá allí encontrase la respuesta.

El viernes por la mañana le dejó un mensaje a Sarah diciendo que pasaría a buscarla a las cinco de la tarde para ir a cenar y luego a la ópera. Se alegró de que no contestara porque no se sentía con fuerzas de oír su voz.

No quería que protestara por que fueran a ir a cenar en lugar de ir sólo a la ópera, o que le dijera que no podía ir, o que no tenía nada que ponerse.

Pero no fue así. Sarah le abrió la puerta y Max pudo comprobar que había encontrado algo que ponerse. ¡ Y vaya si lo había encontrado!

Llevaba un vestido negro que marcaba su esbelta figura y dejaba que se le vieran las piernas. Max se quedó mirándola boquiabierto hasta que ella le preguntó si se encontraba mal.

-¿Mal? No, no, todo lo contrario. Pareces diferente. Quiero decir que estás preciosa. Nunca te había visto con un vestido así.

-Es nuevo -dijo Sarah con las mejillas sonrojadas. No parecía ella misma ni se sentía ella misma, pero la mirada de Max le decía que había elegido bien-. La tía Mary me acompañó a comprarlo -se hizo a un lado para dejarlo pasar-. Tú también estás diferente

-dijo ella cuando en realidad debería haberle dicho que estaba impresionante con la camisa blanca y el traje ne- gro-. Nunca te había visto con un traje.

-No me lo pongo muy a menudo.

Sarah se echó el chai por los hombros. Se sentía rara y no era sólo el

vestido, había algo en aire, algo había cambiado en su relación. Era como si tuvieran una cita, pero en realidad no era una cita realmente. Estaban a punto de salir cuando apareció su tía.

-Pasadlo muy bien -les dijo con entusiasmo.

Sarah habría deseado que su tía no hubiese puesto tantas expectativas en ella; era evidente que deseaba que pasara algo entre ellos, se lo había dejado muy claro con los comentarios que había hecho los últimos días. Pero Sarah se iría pronto y su tía tendría que hacerse a la idea de que había fracasado como celestina.

Sarah creyó que se quedarían callados en cuanto estuvieran solos en el coche, pero no fue así. Max parecía tener muchas preguntas que hacerle sobre la historia de San Francisco y, cómo no, Sarah conocía todas las respuestas. Se rieron juntos con las historias sobre los personajes que habían vivido en aquella ciudad; algunos famosos, como Mark Twain, y otros no tanto. Como siempre, a su lado Sarah se sintió ingeniosa y divertida. Y cada vez que él la miraba, se sentía también hermosa.

Fueron a cenar a un pequeño restaurante francés que Max conocía. Era el tipo de lugar al que Sarah jamás había ido, un lugar romántico pero con sutil elegancia.

Durante la cena, fue Sarah la que hizo las preguntas y Max le contó un sinfín de anécdotas sobre su trabajo, pero sin decir nunca los nombres de los clientes de los que hablaba. Aquellas historias le dieron una perspectiva de la naturaleza humana que no había tenido antes. También la ayudó a hacerse a la idea de las dotes de reconciliador de Max.

-No sé cómo lo haces -dijo después de tomar un trago del delicioso vino blanco que habían pedido-. Cómo consigues que todo el mundo quede satisfecho.

-No lo consigo -respondió él, muy serio-. Ya no puedo seguir haciéndolo.

-¿Qué? No irás a dejarlo, ¿verdad?

-No puedo dejarlo, pero…

La llegada de los postres interrumpió la conversación y cuando Sarah trató de recordárselo después, Max respondió:

-Nada. Aún no tengo respuestas, sólo un gran dilema.

Después cambió de tema sin explicar en qué consistía dicho dilema.

Cuando llegaron al teatro de la ópera, Sarah tuvo la sensación de estar entrando en un mundo extraño, que le era completamente ajeno.

Mientras hacían cola para entrar, oyeron a una pareja de jóvenes que intentaron comprar dos entradas de las más baratas, con las que tendrían que ver la obra de pie. Cuando les dijeron que ya no quedaban entradas de cinco dólares, la chica se dio media vuelta y pudieron ver

que tenía los ojos llenos de lágrimas; su novio la abrazó para consolarla. Max y Sarah se miraron y asintieron al tiempo.
Sarah se acercó a la joven pareja.
-¿Queréis nuestras entradas? -les ofreció.
La chica la miró como si acabara de decirle que había ganado la lotería.
-Pero… no tenemos dinero para comprárselas.
-Son un regalo. De mi tía Mary, a ella le encantará que las disfrutéis vosotros. El chico sonrió encantado.
-¿Están seguros de que no las quieren?
-Claro -dijo Max-, Ya vendremos en otra ocasión. Además, tenemos mucho de que hablar y nos sería difícil hacerlo durante la representación.

Max agarró a Sarah del brazo y se alejaron de allí dejando a la pareja con aspecto confundido pero feliz.

-Ojalá mi tía hubiera podido ver la cara que han puesto -dijo Sarah, encantada con lo que acababan de hacer-. Nunca olvidaré esas caras.
-Nosotros se lo contaremos a tu tía -dijo él-. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?
-Nunca he estado en el muelle treinta y nueve.
-Yo nunca he montado en tranvía -añadió Max.
-Tengo la sensación de que acabaran de darnos la noche libre -se sentía eufórica y tonta. Se dijo que era por el vino, pero sabía que era por Max.
Montaron en el tranvía, en la parte de fuera, agarrándose bien a la barra, rieron, charlaron y pasearon por el muelle agarrados de la mano. Cuando se metieron en el coche para volver a casa después de tomar un café irlandés, era más de medianoche.
-Menos mal que tengo que volver a trabajar pronto, porque podría acostumbrarme a esta vida de niña mimada -dijo Sarah, que apenas podía pensar en que aquellos días no tardarían en llegar a su fin.
-¿Cuándo será eso?

-Dentro de unos días -respondió ella, invadida de pronto por una profunda tristeza. Tenía que volver antes de enamorarse del todo de un hombre al que nunca podría tener.
Después de horas sin parar de hablar, de repente Sarah no tenía nada que decir. Max también estaba inusualmente callado; parecía haberse quedado sin preguntas y sin historias sobre sus clientes.
Aparcó frente a la casa de su tía y la acompañó hasta la puerta. Allí la besó suavemente en los labios.

-Espero que no te dé lástima no haber entrado a la ópera -le dijo mientras le acariciaba la mejilla.

Sarah sintió un escalofrío en la espalda que no tenía nada que ver con la temperatura nocturna.

-En absoluto. Lo he pasado muy bien.
-Yo también. El que vayas a volver a trabajar no quiere decir que no podamos seguir viéndonos. Me gustaría conocerte mejor, Sarah.
-Ha sido divertido -dijo ella.
Sabía que no era eso lo que Max quería oír pero, ¿qué podía decir? ¿Que tema miedo de conocerlo más? ¿Que estar con él hacía que deseara cosas que no podía tener? Sabía que eran dos personas muy diferentes y que no tenían ningún futuro. Él trataba de protegerse alejándose de cualquier relación seria, sin embargo ella era una persona seria. Después de una noche como aquélla, habría querido decirle que había sido fantástico y que quería más noches así. Pero, ¿de qué serviría?
-¿Divertido? -repitió él-, ¿Es eso todo lo que se te ocurre?
-Max, seamos realistas. Vivimos en mundos distintos y no sólo geográficamente. Queremos cosas muy diferentes de la vida. Tú eres abogado, un soltero empedernido con un estilo de vida que no tiene nada que ver con el mío.
-Y tú eres una académica empedernida. ¿Por qué no podemos juntar ambos mundos?
-le preguntó al tiempo que le retiraba un mechón de cabello de la cara-, ¿Por qué no seguimos como estamos? Podríamos seguir pasándolo bien en la ciudad y pasar alguna noche juntos -añadió en tono seductor.
Sus caricias resultaban muy cálidas, pero sus palabras le provocaron un frío helador. Max quería que tuvieran una aventura, pero ella quería algo más. Él había hecho que desease que su vida fuese algo más que trabajar e investigar. Había hecho que desease amor y quizá también casarse.
-Tú no me conoces -le dijo ella.
-Yo creo que sí, pero quiero conocerte mejor. ¿Qué tiene eso de malo?
-Que no lleva a ninguna parte.
-¿Cómo puedes estar tan segura sin intentarlo?
-Lo sé. Has sido muy claro sobre lo que opinas del amor y del matrimonio -ya lo había dicho.
Si tenía un poco de sentido común, se daría cuenta de que ella no era de las que tenían aventuras. No tenía ninguna experiencia con los hombres, él era el primero del que se enamoraba. Había tardado años en bajar la guardia y, cuando todo aquello acabara, ¿cuánto tiempo

tardaría en recuperarse? No, no merecía la pena. Tenía que acabar con todo ello cuanto antes, ahora que aún podía ver las cosas con claridad.

-¿Es eso lo que quieres? ¿Promesas?

-Yo… no estoy segura -por suerte, Max no podía ver lo ruborizada que estaba con la poca luz que había en el porche-. No quiero que me malinterpretes. Lo único que digo es que lo hemos pasado bien, pero no puede durar. Cada uno tenemos nuestra vida, es mejor que volvamos a ellas.

-¿Y ya está? -le preguntó apretando los labios.

-Sí -Sarah se sintió orgullosa de parecer tan segura cuando por dentro estaba a punto de romperse en pedazos.

-Puede que eso sea lo que quieres -dijo él-. Pero no pienso aceptar un no por respuesta

-añadió antes de darse media vuelta y marcharse.

Sarah entró a la casa y se derrumbó en el salón. Afortunadamente su tía ya se había ido a la cama y no pudo verla llorar. Hundió el rostro en un almohadón y sollozó desconsoladamente. Cuando por fin se calmó, se dijo a sí misma que por muy acostumbrado que estuviese Max a conseguir todo lo que se proponía, ella debía ser firme. Tenía que protegerse y buscar su propia felicidad y tranquilidad.

¿Cómo podía haber dos personas tan diferentes? Había llegado el momento de poner fin a la relación, si podía llamarse así. Era el momento de dejar de soñar y volver a la vida real. Sarah se secó las lágrimas, se quitó el vestido y se fue a la cama. Pero no pudo dormir, se quedó despierta planeando su vuelta a la ciudad.

Al día siguiente, después de comprar el ordenador y el teléfono, Sarah consiguió reunir el valor necesario para decirle a su tía que tenía que volver a casa. De inmediato.

Mary la miró, sorprendida y triste.

-¿Es por algo que yo haya hecho? -le preguntó.

-Claro que no -consiguió esbozar una sonrisa-. Me encanta estar aquí contigo, lo que ocurre es que…

-¿Tiene algo que ver con Max?

Sarah se quedó en silencio unos segundos; le ardían las mejillas.

-Me gusta mucho, tía -dijo por fin, harta de ocultarlo-. Me temo que demasiado.

-Qué tontería. ¿Por qué va a ser demasiado?

-Porque yo no estoy hecha para un romance sin importancia.

-Claro que no. ¿Es eso lo que quiere él?

Sarah asintió.

-Eso me temo. Me ha dejado muy claro que no piensa casarse nunca y no lo culpo después de todo lo que ha tenido que ver en su trabajo.

De todas maneras, aunque tuviese intención de casarse algún día, no sería conmigo. Apenas lo conozco. Fui a su fiesta, cené con él una noche, otro día fuimos de picnic y vino a una presentación que hice, también me dio algunas clases de natación y salimos juntos a la ópera.

-Vaya -murmuró su tía-. No sabía que hubierais pasado tanto tiempo juntos.

-No ha sido tanto como parece. Pero ha hecho que me diera cuenta de que su trabajo ha hecho que vea el mundo de una manera determinada y yo lo veo de otra.

-¿Entonces piensas marcharte y no volver a verlo jamás? -le preguntó su tía con evidente preocupación.

-Sólo pretendo hacer lo que es mejor para los dos. ¿Por qué está tan mal? Después de dejar todo lo que acababan de comprar en el maletero del coche, Mary le dio un abrazo a su sobrina.

-No es que esté mal, querida. Haz lo que tengas que hacer. Lo entiendo perfectamente, pero me siento un poco responsable.

-No, no debes culparte.

-Yo pensé que…

-Lo sé. Olvida todo lo que te he dicho. Espero que le expliques a Max que me he ido por el trabajo, no por él.

Su tía asintió solemnemente y no volvió a decir nada en todo el camino de vuelta a casa. Pasaron la tarde instalando el ordenador y programando el teléfono y después Sarah hizo las maletas. Se marchó a primera hora de la mañana sin mirar a la casa de al lado ni siquiera una vez. Lo que no pudo controlar fueron las lágrimas que le cayeron por la cara nada más poner el coche en marcha.

Se dijo a sí misma que lloraba porque había acabado un pequeño periodo de su vida, no porque se hubiese enamorado de un hombre que no podía tener. Lo que sentía no era amor. No podía serlo. No se podía amar a un hombre al que apenas se conocía.

Pronto llegaría a casa, allí nadie le recordaría a Max.

Max oyó el motor del coche esa mañana y la vio marcharse desde la ventana del dormitorio. Se alejó de él antes de que pudiera decirle lo especial que era, lo diferente que era a cualquier otra mujer que él hubiera conocido en su vida. Le encantaban sus historias y ver cómo se sonrojaba cuando se emocionaba o se avergonzaba por algo. Y nunca se cansaba de mirarla.

La idea de no volver a verla le provocó un intenso vacío. ¿Por qué? Antes de que ella llegara a su vida Max era feliz y volvería a serlo ahora que se había marchado. Sólo tenía que acostumbrarse otra vez a estar sin ella. No sabía qué le ocurría, nunca había sentido nada parecido, como si estuviera perdiendo algo esencial.

Ya no volvería a verla en bañador, ya no estaría frente a su ordenador en la casa de al lado, completamente concentrada en su trabajo. No volvería a ver el brillo de su mirada cuando hablaba de personajes históricos ni volvería a sentir su entusiasmo al explicarle cómo había sido la vida en California. Ya no podría llamar a su puerta siempre que le apeteciese.

¿Qué tenía de malo verla en la ciudad? Se había hecho ilusiones de ir a verla y de visitar las viejas misiones con ella, de escuchar sus explicaciones. San Francisco estaba lleno de lugares históricos que deseaba ver junto a ella.

También podrían ir de picnic al parque Golden Gate; él ya lo conocía, pero nunca había estado con Sarah. Allí podrían tumbarse en el césped y comer queso y fruta. Había todo un mundo que quería descubrir con ella. Pero ya le había dicho que se había acabado, que no quería volver a verlo. Se lo había dicho muy claro, pero él no estaba dispuesto a aceptarlo. Le había dicho que no iba a aceptar un no por respuesta y no iba a hacerlo. No había llegado hasta donde estaba rindiéndose a la primera de cambio.

CAPÍTULO 12

SARAH estaba trabajando mucho en su discurso para la sociedad histórica. Pero si había creído que le resultaría fácil concentrarse una vez volviera a la ciudad, estaba muy equivocada. Habían pasado ya dos semanas y seguían apareciendo en su mente constantes imágenes de Max.

Casi se alegraba de tener tanto trabajo porque al menos eso conseguía distraerla del recuerdo de los días que había pasado con él. No había recibido noticias suyas, tampoco esperaba hacerlo. Había hablado con su tía un par de veces, pero ninguna de las dos había mencionado al guapísimo vecino. ¿Qué iban a decir? Sarah no quería que su tía pensase que se había enamorado de un hombre que no le convenía en absoluto. No quería que se sintiese mal, culpable incluso, por haberle pedido que le cuidase la casa y por pedirle a él que cuidara de ella.

En cualquier caso, ni siquiera sabía si estaba enamorada realmente. ¿Cómo iba a saber lo que se sentía? No sabía qué era lo que hacía que a veces se sintiera eufórica al recordar a Max y todos los buenos momentos que había pasado con él y otras, sin embargo, sintiera que se hundía en la desesperación al pensar que esos buenos momentos ya no volverían y que había sido ella la que había decidido ponerles fin.

Una semana después estaba todo lo preparada que podría estar para dar un discurso sobre la fiebre del oro. Era un tema que conocía bien y del que le gustaba hablar, un tema que además resultaba atrayente para el público en general, mucho más desde luego que el periodo de la misiones. La charla había sido anunciada en varios periódicos de la ciudad, por lo que el salón de actos de la sociedad histórica se llenó por completo aquel sábado.

Sarah colocó sus notas en el atril y comprobó que las fotografías que quería proyectar para ilustrar la charla estaban preparadas. Su jefa fue a buscarla sólo unos minutos antes de tener que presentarla al público.

-Sarah, tenemos que hablar -le dijo Trudy agarrándola del brazo.

-¿Va todo bien? -le preguntó Sarah observándola detenidamente.

Llevaba semanas sin verla, pues Trudy la había llamado para decirle que iba a tomarse algún tiempo libre y para preguntarle si podría hacerse cargo del trabajo mientras ella no estaba. Sarah le había asegurado que no habría ningún problema y después había tenido que darle la mala noticia de que Max no podría aceptar su caso. Cuando le había ofrecido otro abogado de renombre, Trudy había rechazado la idea tajantemente.

Lo cierto era que en su rostro no había rastro de lágrimas ni tenía ojeras. Trudy parecía la misma de siempre, por lo que Sarah llegó a la conclusión de que debía de haber encontrado otro abogado sin su ayuda.
-Te lo explicaré más tarde -le dijo su jefa en voz baja.

Sarah tuvo tiempo de echar un vistazo a los asistentes y sonrió al ver todas las caras conocidas. Una de ellas era su tía, que estaba sentada en la tercera fila y la miraba con orgullo. También estaban allí sus compañeros de trabajo y sus amigos. Sus padres estaban en la última fila. Apenas había hablado con ellos desde que había regresado de casa de Mary, había conseguido librarse de sus llamadas diciéndoles que tenía mucho trabajo. No quería hablar con ellos de las clases de natación, ni de ninguna otra preocupación que pudieran tener sobre su salud.

Acababa de empezar con la introducción al tema, contando el primer descubrimiento de oro en Sutter's Mili, cuando levantó la vista y vio a Max al fondo de la sala. El corazón se le subió a la garganta y tartamudeó un par de veces hasta que consiguió recuperar el control. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Le habría dicho su tía que fuera?

Se obligó a mirar a otro lado, a cualquier otra cosa que la ayudase a concentrarse. No fue fácil, pero lo consiguió y cuando por fin llegó al final del discurso, recibió una larga y sonora ovación. Respiró hondo y se dispuso a contestar las preguntas del público. Intentó no buscar la mirada de Max, pero no pudo evitar encontrarse con ella. Fue sólo una vez y enseguida apartó los ojos de él.

Quería verlo, hablar con él, volver a oír su voz, pero no podía acercarse a él. No sabría qué decirle y tenía miedo de derrumbarse, algo que no podía hacer después de pasar todo un mes intentando olvidarse de él. Intentó recordar los motivos por los que había decidido que no podían seguir viéndose. Ah, sí… no tenían ningún futuro. Eran demasiado diferentes. Su trabajo y su actitud hacia el amor y el matrimonio. Él le había dicho que no aceptaría un no por respuesta, pero era obvio que lo había hecho.

Después de las preguntas acudieron a saludarla todos sus amigos y compañeros, que la felicitaron por el discurso. Cuando volvió a levantar la vista ya no pudo ver a Max. Se le encogió el corazón. Se había ido. No volvería a verlo. ¿Por qué había ido entonces si no quería hablar con ella?
-Tía Mary, te agradezco muchísimo que hayas venido -le dijo dándole un abrazo.
-No me lo habría perdido por nada del mundo. Has estado genial.
-Me ha parecido ver a Max al fondo del salón.
Mary se volvió a mirar.

-No me extrañaría. Yo le conté que ibas a dar un discurso.

«Pero, ¿dónde está ahora? ¿Por qué no se ha quedado? Si no quería hablar conmigo, ¿por qué ha venido?».

Cuando ya se había marchado la mayor parte de los asistentes, Sarah se acercó a saludar a sus padres, que esperaban ansiosos para hablar con ella. Max no había vuelto a aparecer.

-¿Qué tal estás, querida? -le preguntó su madre con gesto nervioso-. Estábamos preocupados por ti. No estarás haciendo nada peligroso, ¿verdad, hija?

-En absoluto -respondió Sarah firmemente-. He mejorado mucho en las clases de natación.

-Pero yo creí que… -empezó a decir su madre mordiéndose el labio inferior.

-Creías que no podría hacerlo, pero sí que puedo. Llevo casi un mes yendo a clase aquí en la ciudad. Os sorprendería ver lo que he avanzado. De espaldas aún me siento un poco insegura, pero a braza… seguramente no querríais verlo. El profesor dice que pronto estaré preparada para nadar en la bahía.

Su madre se quedó boquiabierta. Su padre abrió la boca para protestar, pero Sarah no le dejó que lo hiciera. Siguió hablándoles de sus planes hasta que finalmente se rindieron y dijeron que tenían que irse. Se despidieron de ella, de la vieja Sarah que nunca corría el menor riesgo, que tenía miedo al agua, pero mucho más al amor.

Pero ya no. Animada por las alabanzas que había recibido su discurso y por que Max hubiera ido a verla, aunque hubiera desaparecido tan rápido, Sarah decidió actuar por fin contra todo lo que no le gustaba en su vida. Quizá no fuera de las que tenían aventuras con un hombre, pero ahora sabía que lo amaba y tenía que hacer algo al respecto. ¿Pero qué?

Mientras terminaba de recoger las notas sobre el discurso se dio cuenta de que Trudy estaba esperándola en la puerta del salón.

-Sarah, siento haber estado tanto tiempo fuera. Has tenido que hacer tu trabajo y el mío.

-No me ha costado nada -aseguró Sarah-. Quizá no debería preguntártelo pero, ¿qué tal va todo entre Graham y tú?

-Mucho mejor. No es que vayamos a volver juntos, pero desde que me marché de casa he logrado aclararme un poco las ideas. Me he dado cuenta de que las cosas llevaban mal mucho tiempo y casi ha sido un

alivio separarme de él. Es una persona muy crítica y quizá yo ya estaba cansada de que me juzgara. Ahora puedo hacer lo que quiero y cuando quiero. Supongo que por teléfono te pareció que estaba destrozada, es que estaba todavía en estado de shock. Una vez superé el golpe me di cuenta de que podía vivir sin él. Lo que quería decirte es que Graham despidió a su abogado y estamos tratando de llegar a un acuerdo con la ayuda de un mediador.

Sarah dejó su maletín en una silla.

-¿Qué? ¿Cómo funciona eso?

-Pues por de pronto nos estamos ahorrando un montón de dinero. Pero lo más importante es que no hay recriminaciones y es mucho más justo porque el mediador no se pone de parte de nadie.

-Debe de ser un santo -murmuró Sarah.

-No. Es un hombre muy atractivo, deberías conocerlo. ¿O estás saliendo con alguien?

-No, la verdad es que ahora no.

Sarah sintió que le temblaban las piernas y tuvo que sentarse en una silla. ¿Qué había pasado? ¿Acaso Max la culpaba por que Graham lo hubiera despedido? ¿Sería por eso por lo que no se había quedado después de la charla? ¿Y por lo que no la había llamado?

-¿Estás bien, Sarah?

-Sí, sólo un poco cansada. Estaba nerviosa por el discurso y ahora que ya ha pasado me he quedado sin energías. Es hora de volver al trabajo.

-No trabajes demasiado, Sarah. Eso es lo que he aprendido en estas semanas. Volveré el lunes y podrás tomarte unos días libres.

-Pues… sí, puede que lo haga. Hay algo que tengo que hacer.

Sarah se levantó para marcharse, estaba contenta por Trudy, pero triste por Max. Pero apenas había dado dos pasos cuando él apareció a su lado.

-Ha sido un discurso magnífico, aunque sabía que lo sería -le dijo con gesto tranquilo. Ella sonrió.

-Me alegro de que te quedaras. Pensé que… creí que te habías ido.

-Tenía que felicitarte.

-Quiero decirte algo. ¿Tienes un minuto?

Max asintió.

-También yo tengo algo que decirte.

-He cambiado de opinión -¿qué importaba si él no quería casarse? Aceptaría lo que quisiera darle; fuera lo que fuera, sería mejor que

nada.
-¿Qué?
-Que quiero conocerte mejor. Quiero ver si…

-Si hay algo entre nosotros. Claro que lo hay, Sarah, yo lo sé. Te he echado mucho de menos -la abrazó con tanta fuerza que a ella se le cayeron las notas y el maletín, pero ninguno de los dos se dio cuenta-, ¿Cuándo podemos empezar a conocernos? Porque no tengo mucho tiempo. Tengo treinta y cinco años y quiero compartir el resto de mi vida contigo.

-¿Qué? -volvían a temblarle las piernas.

-No quiero presionarte para que me des una respuesta, sólo quiero advertirte que voy en serio.
-¿Qué ha pasado? -preguntó Sarah sin salir de su asombro-, ¿Qué ha pasado con tu armadura y tu decisión de alejarte de cualquier compromiso?
-Tú, eso fue lo que pasó.

-¿Entonces qué te parece si empezamos ahora mismo? -tenía ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

El se echó a reír y la besó, un beso con el que se lo dijo todo: «te quiero, te deseo». Después le quitó las notas y el maletín y se los llevó mientras salían a la calle. Mientras tomaban café, Sarah le dijo que Trudy le había contado que Graham había despedido a su abogado.

-Y ése eras tú, ¿no?

-Lo era, pero esta semana he estado en la ciudad estudiando técnicas de mediación. Ahora soy Max Monroe, mediador.
Sarah dejó la taza en la mesa de golpe.
-No me lo puedo creer. ¿Eres mediador?

-Es mucho menos estresante -dijo él-. Y así puedo ayudar a ambas partes en lugar de tener que tomar partido por uno o por otro.

-¿Y qué hay del dinero?

-Gano lo suficiente -respondió-. Parece que hay una gran demanda de mediadores y es lógico. Aún no tengo la licencia, me faltan dos semanas y, mientras esté aquí, quiero verte todos los días y todas las noches. ¿Qué te parece?

-Veamos, trabajo durante el día y tengo clases de natación por las tardes, pero tengo las noches libres.
-¿Clases de natación? ¿Tienes otro profesor?
-Sólo estoy tratando de mejorar la brazada para poder presumir.

-Estoy deseando verlo -dijo él con una enorme sonrisa en los labios.

Tres semanas después

Una vez más brillaba la luna llena sobre la casa de Max Monroe, en el tranquilo barrio residencial de Portolla Valley, California. Una vez más Max salió al jardín a fumarse un puro y a pensar en el pasado y en el futuro. Un futuro que, debía admitir, le preocupaba.

Muchas cosas habían cambiado en su vida en el último mes, pero seguía habiendo una incógnita. Después de dos semanas en la ciudad viendo a Sarah cada noche, cada vez estaba más seguro de que estaba en el buen camino, tanto profesional como personalmente.

Las clases iban bien y, lo que era más importante, Sarah y él cada vez estaban más unidos. Cada noche la recogía del trabajo en la sociedad histórica e iban juntos a algún lugar diferente; a dar un paseo por el barrio chino o subían las escaleras hasta la torre Coit y otras veces compraban comida y cenaban en su casa.

Se reían y charlaban sobre todo. Max se sentía tan seguro de la relación que había comprado un anillo y lo tenía en el bolsillo en su última noche en San Francisco. Habían ido a cenar a un pequeño restaurante italiano en North Beach y él había pedido champán.

-¿Champán? -preguntó ella con las mejillas sonrojadas-. Ah, es para celebrar tu cambio de carrera -adivinó brindando con él.

-No sólo eso. Hay otra cosa que me gustaría celebrar. Te quiero, Sarah, y quiero casarme contigo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

-Pero, Max…

-Lo sé, lo sé -le tomó la mano entre las suyas y se la apretó con fuerza para que no pudiera escapar-. Todo eso que te dije de que huía del matrimonio para huir del divorcio, eso era el Max de antes. El nuevo Max cree en el amor y en el matrimonio… pero sobre todo en ti. Si no te hubiera conocido, seguiría peleándome con otros abogados y con cónyuges despechados.

-Max, yo… No sé qué decir.

-Di que sí. Dime que tú también me quieres y que quieres pasar el resto de tu vida conmigo. Dime que quieres que tengamos hijos; tú les enseñarás historias y yo les enseñaré a nadar y…

-Espera -lo interrumpió ella con voz temblorosa-. Pensé que te había dicho que no sé si puedo tener hijos por culpa del asma.

-Pero si estás bien. ¿Hace cuánto tiempo que no tienes un ataque?

-Varios años. Lo sé, pero es que he tenido mucho cuidado.

-¿Cuidado? Estuviste a punto de ahogarte, trabajas como loca y ahora también vas a clases de natación y aun así no has tenido ningún ataque.

-Tienes razón, pero un embarazo es algo muy hormonales que pueden afectar al sistema respiratorio. He leído mucho sobre el asma y sé lo que puedo hacer y lo que no. Por eso no sé si quiero correr el riesgo de quedarme embarazada. El asma puede causar complicaciones muy serias en un embarazo, incluyendo un parto prematuro.

-Entonces adoptaremos, no me importa. Te quiero, Sarah. Si no sientes lo mismo, si no me quieres, díme- lo ahora.

La miró con el corazón en un puño y vio como se le llenaban los ojos de lágrimas.

-Claro que te quiero, Max. No puedo negarlo. Nunca había sentido nada parecido. Tú has cambiado mi manera de ver el mundo y a mí misma. Quiero casarme contigo y pasar contigo el resto de mi vida, pero no sería justo para ti. Tienes derecho a tener hijos, unos hijos que se parezcan a ti…

diferente. Hay muchos cambios

-Para. Eso no me importa.

-Puede que ahora no, pero algún día te importará. Por favor, no lo hagas más difícil de lo que ya es.

Max apretó los labios para no decir algo de lo que después podría arrepentirse.

-Está bien -dijo por fin-. Ya sabes lo que siento. Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme.

Sarah asintió mientras se secaba las lágrimas. Ninguno de los dos dijo nada de vuelta a casa. Max se despidió de ella con un beso y esa misma noche se fue de San Francisco. Desde entonces no había vuelto a verla ni a saber de ella.

Así que seguía esperando. ¿A qué? A que ella tomase una decisión, a que se diera cuenta de cuánto la amaba y la necesitaba. Max estaba dispuesto a esperar, pero no eternamente.

Últimamente no había podido dormir y quizá fuese el cansancio lo que hizo que viera aquella misteriosa figura entre las sombras de los árboles. Apenas podía creer lo que veía, así que cerró los ojos y se los frotó con la palma de la mano. Cuando volvió a abrirlos, la figura seguía allí.

No podía ser. No podía ser ella. No, sin duda era un producto de su imaginación. Apagó el puro y caminó lentamente hacia la visión. Al acercarse sintió que el corazón se le detenía.

Era Sarah y estaba tan increíblemente bella que Max pensó que estaba soñando. Tenía el pelo oscuro y suave y la piel tan pálida que

parecía de alabastro. El camisón era transparente, por lo que Max podía ver la curva de sus pechos y la silueta de su cuerpo sin ropa interior. Era un sueño hecho realidad.

Tenía miedo de hablar porque no quería romper el hechizo, así que le puso las manos en los hombros y la besó.

Con sólo rozarle los labios, Sarah se sobresaltó, pero él siguió besándola suavemente, tan suavemente que ella creyó morir de felicidad. Ni siquiera había hecho falta que dijera lo que había ido a decirle.

El beso se hizo más intenso y Sarah se abrazó a él para responder con más besos.

-Sarah, Sarah -murmuró él contra su boca-. No estás dormida. Has vuelto.

La abrazó con fuerza y ella se aferró a él como si no quisiera soltarse nunca. Era tan cálido, tan fuerte, tan real…

Max se separó sólo lo suficiente para mirarla, para asegurarse de que no era un sueño. Le acarició la mejilla y después fue bajando la mano por el cuello hasta llegar a los pechos. Ella asintió, demasiado emocionada como para hablar. Sus caricias eran lo único que deseaba.

-He venido a decirte que lo siento. Tenías razón y yo estaba equivocada. He estado investigando y es cierto que algunas mujeres asmáticas han tenido problemas durante el embarazo, pero muchas que no tienen asma también y eso no impide que se queden embarazadas y tengan hijos. Hay todo tipo de cuidados que pueden prevenir dichos problemas. Ahora la mayoría de las pacientes de asma superan la gestación con normalidad. No puedo preocuparme por todo. Tú me has enseñado que hay que arriesgarse. Voy a llevar una vida normal, mucho mejor que normal si tú estás conmigo -se abrazó a él con fuerza, esperando que no hubiera cambiado de opinión.

Max la agarró por los hombros y la miró fijamente a los ojos, después le agarró la mano y se la llevó al corazón.

-¿Lo oyes?

Sarah lo oía y a la vez veía el amor que había en su mirada, una mirada que le dio valor para hacerle la pregunta que había ido a hacerle.

-¿Quieres casarte conmigo, Max?

Él se echó a reír.

-Me casaría contigo aquí mismo, en el jardín en el que te conocí, mi bella durmiente.

-Pero he cambiado mucho desde entonces -le recordó sin apartar la

mirada de sus ojos-. He aprendido a nadar y a aceptar los riesgos. Si quieres tener hijos, los tendremos.

-Yo también he cambiado. He aprendido a aceptar el pasado. Crecer con unos padres que debían haberse divorciado no es razón suficiente para renunciar al amor y al matrimonio. Sabía que no quería ser tan infeliz como ellos, ni tan pobre, pero cuando gané el dinero suficiente me di cuenta de que no bastaba. Me faltaba el amor y nunca pensé que pudiera encontrarlo hasta que te conocí.

Sarah tenía un nudo en la garganta.

-No voy a decepcionarte, Max. Siempre te querré.

Después de un largo beso, Sarah se alejó de sus brazos un momento.

-Quiero enseñarte algo -le dijo quitándose el camisón. Después caminó hacia la piscina, su cuerpo desnudo brillaba bajo la luna.

Max observó la imagen maravillado.

-A ver quién gana -dijo ella antes de lanzarse al agua.

-¡Sarah! -Max corrió al borde dispuesto a tirarse a rescatarla, pero enseguida la vio aparecer con una enorme sonrisa en los labios.

Max se echó a reír y no dejó de hacerlo mientras se quitaba la ropa para unirse a ella.

-Eres una caja de sorpresas -le dijo abrazándola en el agua-. Mi pequeña historiadora se ha convertido en una nudista.

-Sólo aquí, contigo.

-¿Y qué hay de tu héroe, Secundino?

Sarah esbozó una sonrisa que podría haber sido la de una seductora del siglo xvm.

-Ahora mi único héroe eres tú. Ahora y siempre, Max. Te amo -y selló sus palabras con un beso cálido y húmedo.

EPÍLOGO

Hacía un día fresco. Los invitados se reunieron en el patio de la casa del novio, donde se habían colocado varias docenas de sillas. El agua de la piscina estaba llena de gardenias que flotaban en la superficie y llenaban el ambiente con su fragancia.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar y los invitados ocuparon sus lugares. En ese momento apareció en la puerta de la casa de al lado la novia, esplendorosa con su vestido de raso blanco y el pelo recogido con una tiara de perlas. Caminaba del brazo de su padre y bajo la atenta mirada de todos los presentes.

La sencilla ceremonia se celebró entre los árboles del jardín. No hubo poemas, ni odas a los novios. Sólo los votos que hombres y mujeres llevaban siglos pronunciando. Cuando los novios se besaron, la tía de la novia se secó varias lágrimas de alegría de los ojos.

-Bueno, Mary, supongo que lo tenías todo planeado -le dijo la madre de Sarah a su hermana.

-¿Quién, yo? -preguntó Mary inocentemente, pero con un brillo travieso en la mirada-. Si hay algo que he aprendido en mi vida, es que uno no puede planear el amor. Te encuentra cuando menos te lo esperas -añadió agarrándole la mano al caballero de pelo gris que estaba junto a ella-, Ruth, creo que no conoces a Henry -le dijo a su hermana-. Es un amigo que conocí en el crucero. Está aquí de vacaciones. Vamos a cuidar la casa de Max mientras ellos están de luna de miel.

-¿Dónde van? -preguntó la madre de Sarah-. Creo que no me lo han dicho.

-Yo les recomendé un crucero -dijo Mary-, No puede haber nada más romántico.

-¿A pesar de lo que sucedió en el tuyo? -preguntó Ruth, horrorizada.

-A pesar de todo. Pase lo que pase, sé que Sarah podrá afrontarlo con la misma fuerza con la que cuidó de mi casa, de mi árbol y de mi vecino cuando estuvo aquí.

Trudy, la jefa de Sarah, felicitó a los recién casados.

-Ha sido una boda preciosa -les dijo-. Como un cuento de hadas.

Max miró a su flamante esposa y le apretó la mano.

-Me parece que sé a qué cuento te refieres.

Y, al igual que el príncipe y la bella durmiente, Max y Sarah vivieron felices para siempre.

Fin